This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

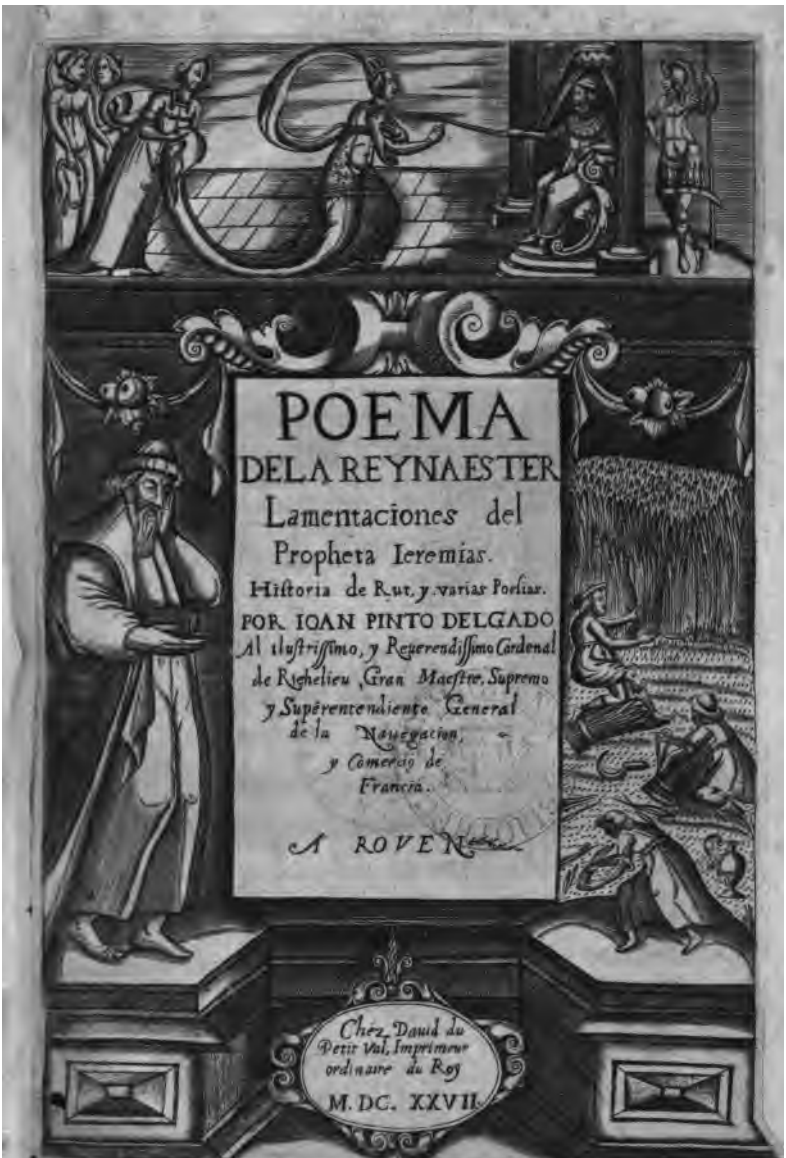
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



POEMA
DELA REYNA ESTER
Lamentaciones del
Propheta Ieremías.
Historia de Rut, y varias Poesías.

POR IOAN PINTO DELGADO

Al Illustrissimo, y Reuerendissimo Cardenal
de Richelieu, Gran Maestre, Supremo
y Superintendiente General
de la Nauegacion,
y Comercio de
Francia.

A ROVEN

Chez Dauid du
Petit Val, Imprimeur
ordinaire du Roy
M. DC. XXVII.

285. o. 152.

BIBLIOTHECA·BODLEIANA·

AL ILVSTRISSIMO Y REVERENDISSIMO CARDENAL DE RICHELIEV, Gran Maeſtre, Supremo, y ſuperentendiente General de la Nauegacion, y comercio de Francia.

DOs cauſas, entre las muchas, me obligaron a dedicar a V. S. Iluſtriſsima eſte trabajo de mis años, y fruto de mi humildad; ſi por el ſujeto de los mayores que el mundo generalmente reſpeta. La primera fue conſiderar que los eſpiritos más generoſos ſe emplearon en amparar los peregrinos, animandoles para ſe occupar en ſervicio de ſus Reyes, unos por armas, y otros por letras; imitando aquellos Patriarcas ſantos, que en aquel primer ſiglo los procuravan, para executar en ellos aquel zelo, de que ſe adornavan ſus

virtudes. La segunda es conocer que no se alla, entre los ministros de la Real magestad, y Rey nuestro señor, cuya vida el cielo guarde, quien manifieste mayores señales de ser peregrino en todas sus acciones, que V.S. Ilustrissima, governando esta nave como advertido piloto, este exercito como sabio capitan, y alfin sustentando este edificio con las colunas de sus admirables virtudes, por las quales los contrarios temen, los amigos respetan, los vassallos sirven, grangeando en los coraçones aquel amor respectiuo, que eterniza los reynos. Viendo, pues, la obligacion que V.S. Ilustrissima tiene a si mismo en aventajarse en el credito deste honroso titulo, y amparar a los que se emplean en alguna obra, quando no para detener la velocidad de los años, por lomenos para dilatar despues de la muerte su memoria, me atreui a offrecerle estas flores de las diuinas letras, la historia de la Reyna Ester, las lamentaciones del Propheta Ieremias, y Rut, cuya luz siempre resplandece en el alma, aunque lo defienda el velo de la humildad de palabras humanas, que el mundo llama adorno, tan differente de aquella simple, y misterioſa textura, la qual dexandose entender luego, nunca se dexa totalmente pene-

ser, por la incapacidad de nuestra vista. Alfin, señor, si es assi que el mundo no es patria al hombre, y su patria es solo aquella, donde el tiempo con variedades no se alterna, queda obligado qualquiera a creer que es peregrino en el. Esto lo muestra bien claro el Levitico 25. quando no concediendose a ninguno vender su heredad más que asta el Iubileo dize ¶ y la tierra no se venda totalmente, porque vosotros peregrinos, y moradores mios sois. Cuyo passo confrontado con el Ps. 113. y el Hebreo 115. parece encontrarse, diziendo ¶ El cielo, cielo del Señor, y la tierra dio a los hijos de los hombres. Pues si la tierra es suya, concedida con este privilegio, como se les niega en ella la ultima, y total possession? que es esto? sino mostrarse que aunque el hombre diga. Esta es mi patria, esta la heredad de mis mayores, conosca que no la deve llamar suya, porque no offenda a la propriedad de la que espera. Animado con estos motivos me amparé de tan alto protector, admirable en prudencia, nobilissimo en genealogia, perfecto en los cargos, excelente en los consejos, y alfin quien tiene en si mismo un vivo exemplo donde puede imitar, y aun aventajar, a quantos fueron assombro al mundo.

Si mereſco el animo grato, que eſpero, y el cielo me concediere vida, deſcrivire (deſpues de cantar del ſol de Francia, y ſus reſpetadas Lyzes) los loores, que la fama publica de V. S. Iluſtriſsima, cuyo eſtado el cielo aumente; dilatando ſu vida en largas edades, para que de dia en dia más reſplandeſca ſu virtud, y prudencia; allando yo un puerto ſeguro, refugio de mis naufragios, de que no eſtá libre ningun hombre en el mar procelloſo, donde navega.

De vueſtra Iluſtriſsima y Reverendiſsima, S.ra

Servidor, que ſus manos beza

IOAN PINTO DELGADO.

AL LECTOR.

Lector amigo, eſte nombre, aunque general, particularmente procuro alcanſar de ti, o grangeado ſi me conoces, o eſperado ſi me conocieres. No me dilataré en eſcuſadas razones, por no enfadarte, y porque la brevedad te obligue a leer lo que no hazen muchos, por el faſtidio de prolongadas queſtiones. Yo te offreſco lo mejor, que e podido ſacar de mi trabajo, el aſumpto es tal que no puede deſagradarte, porque milagros, lagrimas para comover el cielo a piedad, y converſion, ſon tres coſas que en el mundo más nos ſuſpenden; ellos por verdaderos, y admirables; ellas porque ſon eſcalas; por donde ſe ſube al premio eterno; y ella por la certidumbre de la bienaventuranſa que merece. Conſidera que no ſin mucho cuydado, y dificultad ſe puede acomodar a la poeſia humana, de que el mundo ſe agrada, el ſagrado texto, que lleno de tantos miſterios, ſe deve recelar no ſolo una palabra, mas una letra demaſiada; y en lo que conſiente, ſe ſiguieron las metaforas proprias, y neceſſarias, y contraposiciones; como luz del pecho, aliento de los ojos, y en la hiſtoria de Rut copia 10. Errado el conſonante de voluntad, y Moab, en moſtrarſe el yerro de Elimelec por ſalir del culto divino a las tierras de la gentilidad, no por pobreza, mas a lo contrario, como ſe ve; y alfin lo que más notares no à ſido por deſcuydo, que hará mayor la culpa quando la alles. Recibe mi offrenda con la voluntad, que de ti confio, para que me ſea nuevo animo en continuar ſemejantes impreſas, y a otros motivo para empeçarlas. El cielo te guarde.

SONETO DE VN AMIGO.

Dichoſo tu, que con ardiente zelo
En grave, y dulce canto as retratado
El fruto, que ſe coge del peccado, (lo.
Y el bien, que alcanſa quien impetra el cie-

Del Angelico Coro es un modelo;
Si ſufre ſer al mundo comparado.
Bien puedes, en tus verſos confiado
Salir a luz ſin el comun recelo.

Tan alto eſtilo en la divina hiſtoria
No permite faſtidio; ni ſe olvida;
Pues, Delgado, eternizas tu memoria.

Siendo tu obra ſanta dirigida
Al alto Ser, de ſus milagros gloria,
Y exemplo al hóbre de enmendar ſu vida.

SONETO DEL MISMO.

Canta David, y con ſu voz auſenta
De Saul el eſpirito malino,
Cantas, Delgado, y el loor divino
Al que es más tibio nuevo eſprito auméta.

Si en lo de Ieremias ſe exprimenta
En que viene a parar el mal camino,
En lo de Eſter como el Señor benino
Con la oracion, y ayuno ſe contenta.

En eſtos dos eſtremos dividida
Anda la vida: buena, o mala ſuerte,
Segun los paſſos conque va ſiguida.

Conſiſte eneſto. O tu, lector, advierte
En la muerte alcanſar eterna vida,
O en la vida la perpetua muerte.

Y para que deſpierte
El peccador de ſueño tan profundo
Cantas en verſo el bien, y mal del mundo.

SONETO DE UN AMIGO
de Roan.

Ganó con ſu oracion Eſter la eſpada,
Que amenazava, con terrible eſpanto,
A ſu nacion, y Rut con zelo ſanto
Por ſu eſpoſo a Booz, que humilde agrada.

Dio Ieremias a ſu patria amada
(En fee de tanto amor llorando tanto)
Vn libro de memoria de ſu llanto,
Donde dexó la ſuya eternizada.

La tuya quedará de polo a polo
(Por eſtas tres hiſtorias milagroſas,
Que en metro cantas con divino accento)

Eſtendida, ô Delgado: donde ſolo
El lauro de vigilias trabajoſas
Remito al premio del eterno aſſiento.

SONETO DE VN AMIGO
aſsiſtente en Madrid.

Mientras el tiempo en ſus velozes años
Roba del hombre al hombre la memoria,
Y al cierto fin la rueda tranſitoria
Lleva la edad, que liſongea engaños,

Canta milagros, llora deſengaños,
De Rut eſcrive la piedoſa hiſtoria,
Darás al cielo, ô Pinto, el alta gloria,
Motivo al mundo de evitar ſus daños.

Si donde el ſol ſus rayos manifieſta
Sujeto iluſtre el de tu pluma à ſido,
Y a ſu verdad el credito grangea.

Llegue tu fama al plazo, que merece,
Y el curſo vario, vida del olvido,
Siendo tu vida a ti, ſu muerte ſea.

POEMA DE LA REYNA ESTER, LAMENTACIONES DEL PROPHETA Ieremias, Hiſtoria de Rut, y varias poëſias.

Deſcriueſe la Monarchia de Aſſuero, la grandeza de ſu opulencia, y caza, el banquete de ſus llamados, como mando llamar à la Reyna Vaſty, y ella deſobedecio, El voto de ſu repudio, y ley eſtablecida generalmente ſobre el caſo.

SEñor, que obraſte, en milagroſo eſpanto
Altos diſignios de tu ſanta Idea,
Ati lleuanta, como tuyo, el canto,
Porque a tu gloria el inſtrumento ſea:
Y aunque, atrevida, en ſu labor preſuma
Será trompeta de tu voz mi pluma.

El alma mia en extaſi reſuelve,
Que con tu fuente refrigére el labio,
O con la braza de tu ardor, que buelve
Iuſto el inmundo, el ignorante ſabio:
Confiado dire de alto ſujetõ,
En mi nueuo loor, tu antigo efeto.

Que ſi tu llama en mi tibieſa reyna,
Si anima el coraçon tu voz ſagrada,
Será mi canto la piedoſa Reyna,
Que à Iacob libertó de fiera eſpada;
Quando el bolver de ſus beninos ojos
Negó ſu ſangre al mũdo por deſpojos.

En Suſan la Metrópoli reynaua
El Monarca Aſſueros, cuya ſilla,
Heredada de Cyro, gouernaua
Climas diuerſos, que ſu ſcetro humilla;
Y dellos el tributo, en larga copia,
Deſde la India offrece la Etiopia.

Gouierno abraça de prouincias ciento,
Que ueynte y ſiete auméta con ſu Imperio,
Los años tres, que confirmó ſu aſſiento,
Y de Iudá ſetenta al cautiuerio,
Quando Nabuc, para mundano exemplo,
Hizo materia de ſu llama el Templo.

Del arbol de ſu fauſto ſumptuoſo
Ramos, y flores brota ſu grandeza,
A cuya ſombra forma, delicioſo,
De arrogante poder ſoberbia meza:
Y la jactancia, que ſu honor prouoca,
De Perſia y Media Principes convoca.

Divulga al mundo en publica apparencia
De la humana delicia el gran teſoro,
Y por ſus piedras pierde, en competencia,
El ſol los rayos, quando uence el oro;
Y el reſplandor, que ſu hermoſura embia,
La noche aclara, eſcureciendo el dia.

El blanco parto, que la concha offrece,
Y engendra el ſol, fecundo en el rocio,
Artificioſa en ſu labor parece,
Mas al engaño lo deſmiente el brio,
Porque a la viſta, que a ſu eſpanto llega,
Concede el luſtre lo que el cuerpo niega.

Seis cazas corre el ſol, viendo la luna,
En vezes ſeis, ſu claridad preſtarle,
Que manifieſta el Rey, en ſu fortuna,
Quanto ſu gloria pudo dilatarle;
Ala fama offreciendo ſu ornamento
Sujeto iluſtre de ſus lengoas ciento.

Sublime en cantidad, ſublime en modo,
Prodigo, al mundo ſu combite aplaza,
A ſu meza convoca el pueblo todo
En los balcones de ſu huerta y caza:
Siete vezes tendio la noche el velo,
Y ſiete el ſol hizo ſu gyro al cielo.

Adorna el oro, en quadros diferentes,
De exquiſita labor altos dozeles,
Pintados jaſpes, marmoles luzientes
El porfido remata en chapiteles:
Y en los eſtremos dos el arco ſube,
Qual no formó para el ſeñal la nube.

Rugen las puertas, donde el artificio
Rubio metal en laminas deſcriue,
Grauadas armas mueſtra el frontiſpicio,
Que con el mundo en la memoria viue;
Las ventanas, do el ſol ſu luz dilata,
Criſtales ſon en circulos de plata.

Incorruptible cedro ornando el techo,
La obra enreda lazo artificioſo,
Granadas de oro, y de rubi ſu pecho,
Son a la viſta obieto deleitoſo;
Y los racimos, que el deſeo incitan,
Con dulce engaño el miſmo fruto imitan.

Labrada plata enloſa el pauimento,
Que broſlado tapiz, cubriendo, offende,
Entre colunas ſube el alto aſſiento,
Y un cielo de ſaphyras ſe ſuſpende:
En trono de marfil, con arte obradas,
Varias, ſe miran, piedras engaſtadas.

El texido guzano, entre las hebras
Hijas del ſol, y más que el ſol luzientes,
Forma ciudades, montes, rios, quiebras,
Prados alegres, criſtalinas fuentes;
Y en la batalla el campo diuidido,
El uno vencedor, y otro vencido.

El leño alado rompe los criſtales,
Y en las eſpumas largo ſurco imprime,
En campo igual las ondas deſiguales
Parece una que baxa, otra que oppime;
Y, porque el viẽto entre ſus liẽços prueue,
El ayre finge eſpirito que mueue.

En mezas, que dilatan ſu deſtrito,
Y en hevano formó pintura el diente,
De manjares el numero infinito,
Deſde el Occaſo offrece el Oriente:
Y en aureo vaſo, que el licor concede,
Obra prolixa a la materia excede.

Aue no ſulca el ayre con ſu buelo,
Ni exquiſito animal la tierra cria,
Ni fruto offrece el más templado cielo,
Ni ſuaue licor la caña embia;
Que no ſirua en deſpojo a ſu grandeza,
Tributo alegre de abundante meza.

En nubes de humo ſuben los olores,
Que produze Sabá, que Arabia offrece,
Y el denſo cuerpo niega, en ſus uapores,
La luz al ſol, que el rayo le eſcurece;
Y entre las brazas, donde aliento exala,
Lo eſparze el viento, ſacudiendo el ala.

Hiere las cuerdas la maeſtra mano,
Que al cielo imita en buelras de ſu eſphera,
Y en armonico labio el ciſne humano
Tal vez ſigue el compaz, tal vez le eſpera;
Y el ſon, que roba el alma a los oyentes,
Vno ſe eſcucha en bozes diferentes.

Eſte el cauallo en la carrera adieſtra,
Y con ſu lanſa enel amigo enbiſte,
Eſte, atrevido, ſigue la paleſtra,
Y, con furor, otro furor reſiſte,
Ayroſo el otro, porque el ſon no pierda,
El paſſo imita de templada cuerda.

En concauo metal el graue eſtruendo,
Que al alma infunde un horrido deſmayo,
Al ſon parece, de ſu golpe horrendo,
Ecco del trueno, y emulo del rayo:
Y otro, que, el ayre penetrando, hiere,
Sube violento, y con ſonido muere.

Ley era al hombre, que el licor guſtado
Libre dexaſſe el vaſo, y libre ordena
El alvedrio el Rey, que entodo eſtado
Queda por ley la voluntad agena:
Ni premio, como un tiempo, merecia,
Quien proprio daño, vencedor, bebia.

Con pompa igual en meza ſumptuoſa,
Vaſty la Reyna ſu combite offrece,
Luzen eſtrellas como en noche hermoſa,
Y el ſol humano en ellas reſplandece:
Y entre los dias, que a ſu guſto entrega,
Paſſado el ſexto, el ſetimo ſe llega.

Alegre el Rey en amoroſa llama,
Que el vino aumenta, y el diſcurſo obliga,
La Reyna, al punto, a ſu preſencia llama,
Porque ſu voto la ápparencia diga:
Y el gran deſeo, que en la buelta agrada,
Por ſiete Eunuchos forma ſu embaxada.

Niega a ſu peticion la Reyna efeto,
Más atrevida, en ſu rigor, que ſabia,
El perdiendo el amor, ſi ella el reſpeto,
Arde en las llamas, que encendió ſu rabia:
Y como el daño en ſu paſſion reſulta,
Sabios del tiempo enel dolor conſulta.

A los cautiuos de Iudá refiere
(Ayrado el Rey) la traça de ſu intento,
Mas nadie el cargo, temeroſo, adquiere,
Si tiempo breue muda el penſamiento;
Y lo que un punto en premio ſe reſuelve,
Otro en la pena, ſin piedad, ſe buelve.

Si el Rey (dizian) a morir condena
La Reyna, agora enel licor turbado,
Pacifico el furor, dará ſu pena
El injuſto caſtigo al no culpado;
Y ſi ſu afrenta, al fin, no reſtituye
El domínio Imperial ſe diminuye.

Qual iuſta ley (les dize) en tanto agrauio
Dará a mis ojos juſta recompenſa?
Viendo offendido, y caſtigando, ſabio,
Contra inmenſo poder la culpa inmenſa?
Que ſi a ſilencio mi deſprecio obligo,
Mi caſtigo ſerá negar caſtigo.

Dizen. Quando, ſeñor, nos fue contrario
El dia, que en Sion el fuego vimos,
Aſſolado por tierra el Santuario,
Nueſtra ſciencia de juſgar perdimos;
Moab y Amon, que nunca vio deſtierro,
Iuſgue la cauſa de ſu pena y yerro.

Ati no ſolo (Memucan reſponde,
Conſultado del Rey) la Reyna offende,
Mas agravio comun la offenſa eſconde,
Que con ſu exemplo divulgar pretende;
Que al hõbre humilde, aquiẽ reſpeto deve,
Se atreuerá quien a ſu Rey ſe atreve.

En duro yugo, en fiera competencia
Olvidará, con el temor, ſu nombre,
Perdiendo el dueño el alta preminencia,
Por la ley concedida al primer hombre;
Y quien podra, de offenſa diferente,
Mudar el mal, que tu valor conſiente?

De oy mas ſe guarde, como eterno fuero,
Porque tu fama al tiempo ſe dilate,
Que, ô ſea al mundo eſte el error poſtrero,
O de ſu agravio la venganſa trate;
La que, atrevida, niegue la obediencia,
Vea humilde repudio en ſu licencia.

En Mediá y Perſiá, como ley, ſe eſcriua,
Que enel juizio ſiempre eſté preſente,
La Reyna dexe ſu corona, y viua,
Y en trono altiuo otra mejor ſe ſiente;
Verá tu ſcetro, con honroſo efeto,
Su gloria miſma enel comun reſpeto.

Grãde es tu Reyno, y ſiẽdo igual tu Imperio,
A tu grandeza tu temor ſe iguale;
Y, lo que ſirue al hombre en vituperio,
Honra ſerá, quando tu honor ſeñale;
Que en tu valor, y en tu poder contemplo
Del olvidado amor eterno exemplo.

Con el aplauſo, conque el Rey le eſcucha,
La cabeça inclinó, mirando graue,
Y la paſſion, que entre las ondas lucha,
Alcanſa el puerto, como en mar la naue;
Y de ſu intento efetos aperciue,
Y como lengoa de ſu Reyno eſcriue.

Porque pueda el varon con dulce yugo,
En la razon, executar ſu fuero,
Pues ſu libre poder al cielo plugo,
Quando de tierra lo formó primero;
Que ſiendo parte de ſu mundo interno,
Amada, al fin, ſe humille a ſu govierno.

Laſtimaſe el Rey por la auſencia de Vaſty, à conſe-janle que buſquen por todas las prouincias Virgines hermoſas, para que ſe eſcoja la que ade Reynar; a-pruevalo el Rey, mueſtraſe la deſcendencia de Mar-dochay tio de Eſter, ſu virtud y hermoſura: como fue eſcojida, y reynó, el aviſo de Mardochay à la Reyna por los que querian matar al Rey: verifica-cion, pena dellos, y lealtad del eſcrita enel libro.

Miraua el Rey de la paſſion el fuego
Buelto en ceniza, quando ſu memoria
Ardia en dulce amor, que admite ciego
Viuos diſcurſos de ſu muerta gloria;
Preſente llora lo que mira auſente,
Amando, al fin, lo que olvidó preſente.

Donde la viſta ſu cuydado inclina
La imàgen de ſu bien le repreſenta,
Y ſi talvez ayrada la imagina,
Tal que el perdon concede de ſu afrenta;
Y como el alma en extaſi ſuſpende,
Su miſma accion de ſus acciones pende.

Buſca la ſoledad, ama el deſierto,
Y triſte ſuelta a ſu paſſion la rienda,
En cierto mal mira el remedio incierto,
Viendo, no ſuya, la que fue ſu prenda,
Y en el deſeo la razon confuſa
Más, que el delito, ſu conſejo accuſa.

Entre las ramas amoroſo el canto,
Que biuda la tortola deſpide,
Suaue al coraçon incita el llanto,
Que en dos corrientes ſu dolor diuide:
Y los ſuſpiros, que en aliuio eſpera,
Mouiendo, el ayre, y ſuſpendiendo, altera.

Mas ſi el accento alto ſilencio opprime,
Y boz, ſupena, articulada niega,
Su miſmo fuego, ſin licencia, exprime
Llamas del cétro, en que el rigor ſoſſiega;
Y el coraçon, a ſu poder rendido,
El ecco brota, que formó el gemido.

Que importa,dize,accumulando el oro,
Rendir humilde a mi valor el mundo,
Si triſte ſiento, y laſtimado lloro
La pena graue de mi amor profundo?
Que en fiera ley de ſu deſtierro injuſto
Llamé mi daño,y deſterré mi guſto.

Do viue el ſol, que dexa en noche eſcura
De triſte auſencia, eterno mi Occidente?
Corona fue la luz de ſu hermoſura,
Que con ſus rayos adornó mi frente;
Alternando ſu gloria mi alegria,
Su fee mi fee, ſu voluntad la mia.

Maculó, por ventura, el caſto lecho,
Diſſolviendo, atreuida, el ſanto ñudo,
Por que,afrentado, fueſſe mi deſpecho,
Con el caſtigo al deshonor mi eſcudo?
Y mi piedad diſſimular pudiera
Ligero error de voluntad ligera.

A que

A que grandeza mi valor se estiende,
Si el alma veo a la passion rendida?
Vassallo soy deste dolor, que offende,
En la dura prision, mi propria vida;
Qual libertad de mi corona herèdo?
Que puedo, alfin, si mi querer no puedo?

Dichoso aquel, que humilde en libre estado,
No le opprime violento señorio,
Su misma execucion es su cuydado,
Y el deseo sujeto a su albedrio;
Ni le detiene, entre su gloria, el freno
De fiera obstinacion de gusto ageno.

Mientras el Rey, con apparente engaño,
De occulto fuego brota las centellas,
Y, de su mal dissimulando el daño,
La pèna misma representa en ellas;
Tratan, que el bien de nueuo amor nacido
Vença el dolor con armas de su olvido.

Miniſtros dizen que ſu reyno vea
Virgines bellas de prouincias todas,
Y, la que agrade al Rey, primera ſea,
Que ſe corone en las Reales bodas;
Y el Rey lo eſcriua, por que no ſe olvide,
Al que en la ſilla, en ſu lugar, preſide.

Y las que al mundo, de la eſtampa hermoſa,
Que el cielo guarda, fueron el modelo,
Iunte en Suſan la guarda cuydadoſa,
Que de Hegue Eunuco manifieſta el zelo:
Y el, que refugio de ſu mal pretende,
Con la eſperanſa ſu dolor ſuſpende.

Varon fue de Iudá cautiuo el dia,
Que vio la pena de ſu olvido el hombre,
Llorando auſencias en Suſan viuia,
De Kis deſciende, y Mardochay ſu nóbre;
Iair ſu padre, aquien Simi lo à ſido,
Del menor hijo de Iacob nacido.

Criando Eſter, que de ſus padres llora
De tranſito comun ultima pena,
Caudal de ſus virtudes atezora
Entre los rayos de ſu luz ſerena;
Belleza honroſa es inocencia bella,
El ſol el alma, y ſu hermoſura eſtrella.

Los ojos, que modeſtos repreſentan
De piedad interior diuino indicio,
Bueltos al cielo, en humildad frequentan,
En ardiente oracion, ſanto exercicio;
Y es el humor, que de ſu centro exala,
Qual el rocio, que la flor regala.

El dulce labio, que a la roſa enſeña
De ſu viua color la imagen viua,
Perlas ſeñala en mageſtad riſueña,
De cuyo accento alta razon deriua;
Y ſi el ſanto loor, cantando, exalta,
Qual nueuo Abril, ſu nueuo prado eſmal-

Quando la luz al hombre reſtituye
El dulce objeto, que uſurpó la noche,
Y en roxa llama, antecipada, arguye
La luminaria del ſublime coche,
De ſus mexillas el candor imita,
Que entre las roſas ſu color le incita.

El oro undoſo en trenſas dilatado,
Que no transforma artificioſo engaño,
Suelto al deſcuydo, o preſo con cuydado,
Es ornamento del milagro eſtraño;
Donde el ſumo pintor del mundo, y cielo
De ſu poder nos decifró un modelo.

Con dulce aplauſo honeſta el paſſo mueue,
Y en el ſoſſiego a contemplar ſe ſienta,
Y de ſus manos la animada nieue
El ſanto libro de la ley ſuſtenta;
Abſorta alli la gran piedad admira,
Y por la gloria de Sion ſuſpira.

De ſu fama el valor, que al mundo offrece
En modeſta virtud ſuma hermoſura,
La lleua al trono, que ſu honor merece,
Quando admitirla el guardador procura;
Viẽdo en ſus ojos más que humano efeto,
Y ella en los ſuyos de ſu bien ſujeto.

Alto miſterio Mardochay ſintiendo,
Que manifieſte ſu nacion defiende,
Ella a ſu boz, humilde, obedeciendo,
Firme executa lo que ſabia entiende;
Y en viſta alegre el coraçon devoto
Del edicto Real ſe inclina al voto.

El primer grado de ſu honor ſubido,
Entre afeites el tiempo le dilatan,
Y con el zelo, a ſu valor diuido,
Moças del Rey de ſu cuydado tratan;
Siguiendo el uſo, humilde no ſe eſcuſa,
Si ſu hermoſura la coſtumbre accuſa.

Mardochay,animado en la eſperanſa,
Que en el boſquejo imprime de ſu mente,
Del ſol la tierra nueua luz no alcanſa,
Que de ſu paz inveſtigar no intente;
Sabio procura de ſu vida el modo,
Por que en ſu bien,ſu bien conſiſte todo.

El tiempo llega, que en ſu gloria inſiſte,
Y a ſu elecion el termino le offrece,
Auſente el ſol en el Palacio aſſiſte,
Y buelve Eſter quando la luz parece,
Y tanto al mundo,con amor,prouoca,
Que ſu deſeo pende de ſu boca.

Por que al cabello el oro no le encubra,
De plata haze ornamento un ſutil velo,
Y de ſu ropa que el telar deſcubra
En alto eſtrellas,en el fondo el cielo;
Donde ſe ven ſus luzes radiantes
Eclipſadas con orlas de diamantes.

Preſo eſlauon a ſu eſlauon diuerſo,
En buelta circular, labor ſublima,
La variedad;que agrada al uniuerſo,
Se ve en las piedras de más alta eſtima:
En cuyo fin offrece la diuiza
Perfeta roſa,que el rubi matiza.

Mas quien dirá del ornamento interno,
Con pluma humana,la más breue parte,
Que ſiendo luz del reſplandor eterno,
Antes la offende, que retrata,el arte;
Y ſi el pinzel no puede dibuxalla,
El alma pienſe lo que pluma calla.

En prudente diſcurſo hablar ſuaue,
Firme verdad en libertad honroſa,
En humilde valor modeſtia graue,
Dulce mirar en mageſtad piedoſa,
En el ſilencio del ſaber profundo
Dieron la cauſa de ſu eſpanto al mundo.

Alegre eſcucha, y confiada eſpera,
Su voluntad a la celeſte inclina,
Y el alma, por la ſenda verdadera,
Acompañada de ſu fee camina;
Ni la ſuſpende el tiempo, o la eſperanſa,
Que en vario efeto alterna ſu mudanſa.

No la embidia cruel, que al dueño aflije
Dentro en ſu pecho eſparze ſu veneno,
Mas como naue, que el timon la rije,
Contenta admite de razon el freno:
Y en firme centro de la paz unidos
Obedecen al alma los ſentidos.

No es el reyno mortal, que ſu cuydado,
En el ſilencio, con temor deſpierta,
Mas la grandeza del eterno eſtado
Abre alos golpes de ſu amor la puerta;
Y enel deleite deſte bien le guia
La ſoledad la miſma compañia.

No la ambicion, ni la ſoberbia injuſta,
En ſu mudanſa, muda el alto intento,
Con lo paſſado lo preſente ajuſta,
Y en lo futuro firma el fundamento;
No la liſonja, con ſuaue engaño,
Refiere el bien, y diſſimula el daño.

Vn mar tranquilo, donde no comueuen
La menor onda en ſu furor los vientos,
Es ſu interior, y humildes no ſe atreuen
Formar batalla varios penſamientos:
Que ſin temor de poderoſo encuentro
Su mundo llaman de quietud el centro.

Eſte el adorno, y eſta fue la llama,
Que el Rey al fuero de ſu amor ſujeta,
Y, maripoza al eſplendor, ſe inflama
Al claro rayo de ſu luz perfeta;
Eſta la ſilla, y la corona es eſta,
Que, altiua, adorna ſu piedad modeſta.

En el decimo mes, ſetimo el año,
Que en ſus manos el ſcetro el Rey ſuſtẽta,
Eſter la Reyna, en apparato eſtraño,
En el lugar de ſu eleccion ſe ſienta;
Y, dando al mundo de ſu paz el fruto,
A ſus provincias perdonó el tributo.

En nombre della offrece alos varones,
Primeros de ſu reyno, alto combite,
Promeſſas cumple, repartiendo dones,
Quanto la gloria de ſu honor permite;
Y del valor, que en ſu hermoſura arguye,
El aliuio a ſus penas reſtituye.

Es la cauſa mayor de ſu grandeza,
Que los teſoros, prodigo, reparte,
Saber ſu nacimiento en ſu belleza,
Y de ſu todo en perfecion la parte;
Mas aunque el dueño con amor la obligue
Firme el conſejo del maeſtro ſigue.

El, que impelido ſiempre de cuydados
En la puerta Real, oyendo, aſſiſte,
Bygtan y Teres mira dos priuados,
En quien traicion contra ſu Rey inſiſte,
Y no advertidos, con la voz declaran
Fiero veneno, que en ſu mal preparan.

Tarſica lengua el caſo facilita,
Que Mardochay ſciente penetraua,
Y las ſetenta ſu ſaber recita,
Quando en la ſilla de Sion juſgaua;
Si el a la Reyna la traicion no encubre,
Ella, en ſu nombre, el caſo al Rey deſcubre.

Con diligencia, que la ley requiere,
Fue la maldad al mundo divulgada,
Y en los eſtremos, que la prueua adquiere,
En ſus vidas la muerte executada:
Dellos la juſta pena, y del la gloria
En el libro Real queda en memoria.

Notaſe la privança de Aman, y ſu ſoberbia: el deſprecio de Mardochay, no queriendo humillarſe a el, el odio, que concebió para deſtruir todos los Iudios, pidiendo al Rey lo mandaſſe executar entodos ſus reynos, offreciendole plata por ello para las obras; concedelo el Rey, yel pueblo ſe aflije oyendo el decreto.

Ya preparaua el Medico diuino
Al futuro dolor piedoſa cura,
Y con ſemblante en Iſrael benino,
Contra humano poder, guarda ſegura;
Quando de Aman el riguroſo engaño,
Traçando ageno, procuró ſu daño.

Subiendo al plazo de mayor grandeza,
Que varia offrece voluntad humana,
Entre los nobles mira ſu nobleza
Segunda al Rey, y atodos ſoberana:
Y la paſſion, que diſcurſar no ſaue,
Del reyno, y ſuya le entregó la llaue.

Prolixas oras ſon al Rey ſu auſencia,
Y en ſu preſencia el largo tiempo breue:
Y poco a poco familiar licencia
Al miſmo fuero de igualdad ſe atreue;
Y a ſu deſeo humilde ſu fortuna,
En dos ſujetos voluntad es una.

Entre las ondas confiada buela
De ſu jactancia la ſoberbia naue;
El viento mueue con furor la vela,
De error ligera, y de arrogancia graue,
Y aquel bien, que el agrauio ſolicita,
Con deſprecio comun ſu gloria incita.

El Rey le eſtima, el mundo le obedece,
Siendo la execucion ſu miſmo intento;
Y, quien la viſta en ſu piedad merece,
De ſu fortuna forma el argumento;
Que aũque la muerte el deſengaño exorte,
Si el hombre Iman, es la cudicia el Norte.

Como no pára la ambicioſa furia;
Que deſpeñada corre a ſu ruina,
Se oppone al cielo en atrevida injuria;
Fingiendo, injuſto, mageſtad diuina;
Edificando, con ſoberbio exemplo,
Deidad al alma, alo mortal el templo.

Sieruos del Rey, obedeciendo, inclinan
(Fiero precepto) ſu rodilla al ſuelo,
Que entre ſu engaño, ciegos, no imaginan;
Que al hombre dan lo que ſe deue al cielo:
Y ſi el deſeo lo apparente obliga,
El tiempo es vara, que ſu error caſtiga.

No es Mardochay, aquien temor mundano,
Ni ſu liſonja, a idolatrar le obliga,
Que juſto coraçon, idolo humano,
No lo perturba, aunque con el litiga;
Y aunque los ramos tempeſtad quebráta,
Siempre es el fruto exemplo de ſu planta.

Mira la rueda de pintada pluma,
Mira los pies de debil fundamento,
Y más ſe admira que ſu error preſuma
Siguir el buelo, que le incita el viento:
Y con la viſta, donde al fin ſoſſiega,
Al cielo offrece lo que al hombre niega.

Viendo los grandes, que en Palacio aſſiſten,
De obſtinada virtud exemplo ſanto,
En el engaño de ſu intento inſiſten,
Si contra alto poder ſe atreue tanto:
Pues confiado en arrogancia mucha
Al Rey deſprecia quien ſu ley no eſcucha.

Mas encendido en el diuino zelo,
Que vida no, mas la verdad eſtima,
Tanto del alma mira auſente el yelo,
Como preſente el ſanto ardor le anima:
Y confiado, pues ſu ley no eſconde,
Al necio error, que le incitó, reſponde.

No ſoy, dize, el ingrato, que recibe
Del dueño el bien, que con el tiẽpo olvida,
Que firme ſiempre en mi memoria viue,
Quien de mi ſer à ſido propria vida,
Eſta unidad, de cauſas la primera,
Adora el alma, que ſu gloria eſpera.

Sigo el preceptó del Señor, que ha hecho
El mundo, al mundo por ſu dedo eſcrito,
Y, qual la piedra, tabla fue mi pecho,
Do ſe imprimió caracter infinito;
Que no puede, ſi pienſa, en ſus engaños,
Borrar el tiempo, ni mudar los años.

No de vana deidad inmundo objeto
Humilla el alma à falſa idolatria,
Mas quien es todo, y todo vn ſer perfeto,
Por Señor reconoce el alma mia;
Sin el que puede el ſcetro más ſublime?
Con el que teme quien el mũdo opprime?

El,

El, que en el mundo la aflicion padece,
Que ſombra paſſa, y buela como el viento,
Del Mundo ſuperior el bien le offrece,
Por muerte, vida, gloria, por tormento;
Y en diuina quietud paz infinita,
Que en breues horas tiempo no limita.

Eſte es el bien, que el hombre ciego olvida,
Y eſtotro el mal, que con ſu error no advier-
Huye el camino de ſu miſma vida, (te,
Sigue el camino de ſu miſma muerte;
El agua dexa, que la fuente brota,
Caua los charcos de ciſterna rota.

Que vale al hombre la eſperanſa altiua,
En que ſe enreda humano penſamiento?
Que aunque ſu gloria largo tiempo viua,
La buelve en nada limitado aliento:
Entonces mira, ſi a mirar ſe atreue,
Eterno mal, que ſigue al bien tan breue.

Si de mi viſta el tenebroſo velo,
Advertido, deſcubre el deſengaño,
Como la honra, a que me obliga el cielo,
Dare a la cauſa de mi proprio daño?
Que ſu rodilla a vanidad inclina
Quien, por ſu premio, alcanſa ſu ruina.

Como el leon, que del venablo herido,
Y en el dolor ſu llaga ſe exaſpera,
Corre ligero, y con feroz rugido
Brama furioſo entre la rabia fiera;
Si ſangriento, ſoberbio en ſu amenaza,
Sacude el hierro, el tronco deſpedaza.

Tal viendo Aman el golpe penetrante
De aquel deſprecio, que en el alma aſſiſte,
Si ſu furor retrata en el ſemblante,
Mal ſu dolor el interior reſiſte;
Y en el pecho la llama no deſcanſa,
Mientras, bramádo, aſpira a la venganſa.

En la ſuerte, ſolicito, procura
Qual el ſuceſſo a ſus deſignios ſea,
Si al deſengaño traça no ſegura,
O fin dichoſo de ſu efeto vea:
Si ſu intento le offende, o ſi mejora,
Conſulta el tiempo, el mes, el dia, y hora.

No de un ſujeto forma ſu deſeo,
A tanto agrauio, igual la recompenſa:
En la muerte comun condena el reo,
Deliberado en lo que, injuſto, pienſa:
Y la cautela, y traça de ſu engaño,
Calla el deſprecio, y finge al Rey ſu daño.

Como, ſeñor, tu mageſtad conſiente
Vn pueblo, dize, al mundo licencioſo?
Si a nueſtra ley la ſuya differente
Miras oppueſta a general repoſo?
Y en fiera obſtinacion de ſu alvedrio
Sacude el yugo, niega el ſeñorio.

No envano el cielo por ſu culpa ayrado
Trocó ſu gloria en ſervidumbre agena,
Quando ſe vio, qual nube, ſu peccado,
Que del ſol eclipſó la luz ſerena;
Y en la miſeria de ſu mal, no envano,
Lloró caſtigo de pezada mano.

No la pena mortal de fiera eſpada,
Ni el graue aſſombro de furioſa llama,
Humilla el brio a ſu ceruiz ayrada,
Que a ſi ſublima, quanto al mũdo infama;
Y entre los males finge, ſin recelo,
La tierra ſuya, ſu heredad el cielo.

Soberbio, entus prouincias diuidido,
El juſto fuero del tributo niega,
Si poco el util miras que à ſiguido,
El daño inmenſo a tu corona llega:
Y nueua cauſa tu piedad no aguarde,
Siendo mi quexa, y tu remedio tarde.

Si te agrada, ſeñor, que con ſu muerte
Muera el temor del tuyo, y mi cuydado,
Mi voluntad, y no la offrenda, advierte,
A quien tocó la gloria de tu eſtado,
Y en manos del, que de tus obras trata,
Dies mil quintales pezaré de plata.

Al reyno eſcriue el general caſtigo,
Sexo, ni edad la eſpada no perdone,
Que iuſta ley offende al enemigo,
Que contra el fuero de ſu Rey ſe oppone:
Si tu grandeza ſu ſoberbia inclina,
Tu gloria nacerá de ſu ruina.

A tal venganſa el mundo ſolicita,
Con tal deſprecio ſu rigor prouoca,
Que del vaſo, o licor, lo inmundo quita,
Bebiendo el reſto, y no lo de tu boca;
Y, en el effeto del ſoberbio modo,
En nada buelve quien al mundo es todo.

Dixo, y el Rey, entre la llama ardiente
De la paſſion, que ſu diſcurſo niega,
Con fiero aplauſo al graue mal conſiente,
Y el Regio ſello en ſu poder entrega;
La plata, dize, es tuya, y tuyo ſea
Quanto de mi tu coraçon deſea.

Treze era el dia, ſiendo el mes primero,
Que eſcrita fue la traça de ſu intento,
Prouincia alguna no liberta el fuero
De clima eſtraño, en el rigor ſangriento:
Y ſi del Rey la voluntad confirma,
Con ſortija Real ſe ſella, y firma.

Publicaſe la ley, que el hierro duro
La ſangre al reſto de Iacob derrame,
Ni de la muerte eſcape el mas ſeguro,
Aunque la voz de ſu inocencia clame;
Executando con la muerte el robo,
En la pena el leon, en ſangre el lobo.

No defendio las canas venerables,
Ni al inocente ſus primeros años,
Ni al ſexo, alfin, que en llantos miſerables
Deſcubre al mundo, en el dolor, ſus daños;
Y en mes dozeno, ſiendo treze el dia,
La dilatada execucion ſe fia.

Buela la fama, y menſageros llegan,
Que el firme intento de la ley publican,
Si en la eſperáſa el Rey, y Aman ſoſſiegan,
Con el licor el guſto teſtifican.
En el decreto, que en Suſan ſe entiende,
Turbado el pueblo un extaſi ſuſpende.

Refiereſe la aflicion de Mardochay oyendo el caſo, el ſueño ſuyo, las laſtimas, que dixo cubriendoſe de ſaco, y ceniza, el pedir a la Reyna divirtieſſe al Rey de aquel penſamiento; el eximirſe ella, temiendo el caſtigo de muerte a quien hablaua al Rey ſin ſer llamado, la deliberacion de Mardochay, y deſengaños, y alfin la reſolucion del ayuno.

El fiero ſon, que articuló la fama,
De Mardochay hiriendo en el oydo,
Deſciende al centro, y la piedoſa llama,
Si en fuego nace, viue en el gemido;
Y cubre, al punto que ſu llanto empieça,
Saco ſu pecho, polvo ſu cabeça.

En ſueño alcanſa que el caſtigo juſto,
Contra Iſrael, del cielo ſe prepara,
Si reynando Nabuc, con culto injuſto,
Atrevido ſus dioſes adorara;
Y de Aſſuero fue, por ſu delicia,
Agradable la meza en ſu inmundicia.

Vio lleuantarſe tempeſtad terrible,
Y el mouimiento ſacudir la tierra,
Y en el mundo,eſparzida voz terrible,
Cauſar el miedo al coraçon la guerra:
Y dos dragones,que entre ſi reñian,
De quien los hombres,y ſu ſilvo,huyan.

Alli breue eſquadron de afligida gente,
A quien oppueſtas las naciones varias,
Era ſu intento,con furor ardiente,
Sacar del mundo,como en el contrarias:
Triſte miraua, y tenebroſo el dia,
Que pueblo tanto humildes opprimia.

Clamando,alfin,por el ſonido horrendo,
Que en los dragones,fiero,ſe excitaua,
Via una fuente entre los dos corriendo,
Que el furor de ſus golpes apartaua:
Y buelta en rio,y rio tormentoſo,
En las ondas crecia un mar furioſo.

Qual coraçon podra ſufrir la pena,
Que en el diſcurſo engendra la memoria,
Viendo, en teatro de ciudad agena,
Viua la infamia, y muerta nueſtra gloria:
Si no caſtigos a la culpa iguales,
La muerte, alfin, deſpues de tantos males.

Dichoſo aquel, que entre la eſpada, y fuego
Dexó la vida, humilde a ſu enemigo,
Quando, llegado al ultimo ſoſſiego,
Fue de los males de Sion teſtigo;
Y en las ruinas de ſu Templo ſanto
Entre la muerte ſepultó ſu llanto.

Viendo el lugar, que más occulto al hombre,
Vn hombre ſolo penetrar podia,
Y, articulando el inefable nombre,
Pedir al cielo ſu piedad un dia,
Si el enemigo en el firmó ſu planta
Quien negára la vida en pena tanta?

Agora auſente del ſagrado muro,
Del ſanto culto, muertos nueſtros Reyes,
Qual oja al viento el pueblo no ſeguro,
Sujeto al fuero de diuerſas leyes:
En el profundo de triſteza, y miedo,
La voz le offende, y le ſeñala el dedo.

Qual más humilde calla nueſtro agrauio?
Quien no ſe alegra oyendo nueſtra pena?
Y, al inocente, qual compueſto labio
En la opinion del mundo no condena?
Que en odio tanto, alegre en la mudanſa,
De nueſtro mal ſu proprio bien alcanſa.

Como, Señor, la fuerça del delito (des?
Te obliga aſſi, que en nueſtro mal te agra-
Siendo la nube a un Sol, que es infinito,
Yun móte opueſto al mar de tus piedades:
Si nueſtro error, aunque mayor condene,
Tu luz no encubre, ni tu mar detiene.

Mira, Señor, que un breue ſantuario
Al pueblo fuiſte, que tu auſencia llora,
Y, aunque ſu error ſe á buelto ſu cõtrario,
Amaſte un tiempo, y no olvidaſte agora;
En tanto mal la voz de ſus gemidos
Los ayres rompa, y ſuba a tus oydos.

Quando tu eſpada deſnudar quiſiſte,
En la venganſa del mayor peccado,
Piedoſo el zelo de tu ſieruo oyſte,
En ſu reſpueſta, por tu honor, fiado;
Si parte fue ſu labio de obligarte,
El todo ſupla do faltó la parte.

Dixo, y lleuado del dolor preſente,
Que en pena tanta ſu elecion le niega,
Llega al Palacio, de ſi miſmo auſente,
Y el mal le eſcuſa ſi atrevido llega;
Porque a ſus leyes era intento oppueſto
Entrar en el con habito funeſto.

Y a las prouincias, aque el fiero intento
Del Rey llegó, que la crueldad deſcubre,
Ayuno, endecha al alma fue ſuſtento,
Ceniza y ſaco ſu aflicion le cubre:
Llora Iacob, ſu llanto al cielo offrece,
Remedio ſolo aquien ſu mal padece.

Supo la Reyna que en Palacio aſſiſte
Mardochay, que en el traje manifieſta
Triſtes inſignias, quando el alma triſte,
En la apparencia, ſu rigor proteſta;
Y el coraçon, donde la flecha hiere,
Si ſiente el mal ſaber la cauſa quiere.

Entanto cauta, el habito le embia,
Que no recibe, y firme le reſponde,
Que ſi por el la pena merecia,
Otra pena mayor el caſo eſconde:
Diziendo a Hata lo que Aman traçára,
La ley, que contra el pueblo divulgára.

El compendio le dá, para que vieſſe
Del edicto Real el graue daño,
Rogando, humilde, que à piedad movieſſe
El Rey, ayrado por ageno engaño.
Dixo a la Reyna el caſo el menſagero,
Fiero al oydo, ſi en el acto fiero.

El cielo ſabe mi dolor, le dize
La Reyna, oyendo la cruel ſentencia,
Y el mundo, que a la ley ſe contradize
Mirado el Rey ſin ſu Real licencia;
Gana ſu fin quien pierde ſu decoro,
Y de vida es ſeñal la vara de oro.

Que ſi eſta al punto al atrevido tiende,
Es de grata piedad benino indicio,
Y el alma alegre, que el temor ſuſpende,
Mira el perdon a tanto error propicio:
Y en dias treynta no llamada, incierta
Será mi vida en violar ſu puerta.

El

El desengaño el afligido escucha,
Que en el dolor su pena le enmudece,
Y el gran deseo, que en el alma lucha,
Brota la voz, que retumbar parece;
Y de su fuerça el fiero mal vencido
Abre, violento, puertas al gemido.

Como piensas, responde, en tantos males,
O Reyna, libertar tu misma vida,
Aunque en la silla en habitos Reales
Te mires oy del mundo obedecida?
Que al fin te hará la injusta ley, advierte,
Desigual en estado, igual tu muerte.

No pienses, no, que puede tu corona
Huyr el daño en general efeto,
Que la traicion al cetro no perdona,
Ni al odio antiguo le vencio respeto:
Que el, que furioso en nuestro mal se esfuerça,
En lo más alto prouará su fuerça.

Que ſi el ſilencio en el temor dilatas
Podran algunos libertarſe huyendo,
Y en ti, que ſolo de tu vida tratas,
En pena igual, tu perdición entiendo;
Y en tu padre veràs, y en ti, caſtigo,
Si por el plazo aguarda el enemigo.

Quien ſabe ſi en el tiempo, que procura
La ley ſu muerte al pueblo condenado,
Serà tu ſilla, como ves, ſegura?
Y en el miſmo ualor ſerá tu eſtado?
Si mira el bien, quien menos lo recela,
Que ſueño engaña, y penſamiento buela.

Quien ſabe ſi de humilde a tanta gloria
El cielo te eſcogio, con tal mudanſa,
Si fue para que vieſſe tu memoria
Eterna el mundo, el pueblo ſu eſperanſa?
Que ſi el Alto ſe inclina a ſu remedio
Por medios obra, y tu ſeràs el medio.

Dixo; y la Reyna, que ſu pena entiende,
Como en ſu voz la libertad reſuelta,
A ſanto ayuno conuocar pretende,
A la eterna piedad el alma buelta;
Tres dias, dize, el pueblo ſe preuenga,
De ſuſtento en Suſan por mi ſe abſtenga.

Yo a mi miſma a plazo igual me obligo,
Y con mis moças, que afligida eſpero
Mirar el Rey, pues contra el voto ſigo
La ley, que guarda de la muerte el fuero;
Y quando alfin me pierda con mi vida,
Sea, qual fue, con mi dolor perdida.

Mardochay, que eſcuchó de ſanto intento
La firme voluntad, firme procura
Por obra executarſe el penſamiento,
Del conflicto mayor guarda ſegura:
Al pueblo dize que el ayuno admita,
Que en oracion, y llanto ſe exercita.

Llega la Reyna a la vista del Rey, vese la piedad con que la recibio, y amorosas razones, offreciendole la mitad del Reyno, su peticion de que viniesse el Rey, y Aman a un banquete suyo; sale del Aman, y viendo el menosprecio de Mardochay lo refiere a su muger, y amigos, aconsejanle llevante en su taza una horca de sincoenta codos, y pidiendolo al Rey lo ahorque en ella.

Del santo plazo era llegado el dia,
De la abstinencia, que guardó, postrero,
Que las alas de Angelica ozadia
Mueuen la Reyna, que temio primero;
Y como la piedad del Rey procura,
Manto Real adorna su hermosura.

La santa luz, que con su ser renueua
(Percursora del sol) la vida al mundo,
Y su virtud, resplandeciendo, prueua
Más alto el monte, el valle más profundo,
De aquel reflexo, que su vista enciende,
A desterrar la oscuridad aprende.

No más alegre ſe dilata el rayo,
Quando las nubes con ſu fuerça auſenta,
Ni varias flores matizando Mayo,
Retrata el cielo en el vigor, que aumenta;
Quanto a la Reyna la belleza eſtraña
Sigue ſu honor, ſus paſſos acompaña.

Llega al Palacio, y del rigor preſente,
Con la pena comun ſu pena olvida,
El pateo piza, cuya ſilla en frente
Condena, abſuelve, con la muerte, o vida:
El Rey la mira, y admirado en vella,
Sus ojos firma, como amante, en ella.

Aquel valor, que el alma reconcentra,
Y a las ventanas de ſus ojos ſube,
En la viſta Real penetra, y entra
En lo interior para romper la nube;
Alli la fuerça de piedad divina
El coraçon para el efeto inclina.

Todo en amor ſu pecho transformado,
La grave mageſtad venciendo el zelo,
La vara inclina, viendoſe inclinado
A ſu belleza, como hiziera al cielo;
Ella, mirando que el favor provoca,
En el eſtremo, por ſu honor, le toca.

Deſpues que, entre el aplauſo ſuſpendido,
En el objeto alegre ſe transforma,
De ſu deſeo el animo impelido
La lengua mueve, que ſu accento forma;
La accion, la voz, la viſta correſponde
A quanto el alma, apaſſionada, eſconde.

Reyna, le dize, a quien humilde offreſco
Del mundo mio la màs noble prenda,
Si de tus ojos la piedad mereſco,
Tu voluntad por tu diſcurſo entienda;
Que aunque del Reyno la mitad me pida,
Tuya ſerà, como lo fue mi vida.

No tu ſilencio offenda mi deſeo,
Ni al ſuelo baxes de mi amor las alas,
En mi veré lo que en tus ojos veo,
Y que en el grado de la fee me igualas:
Que el don mayor en ti ſerà pequeño,
Pidiendo parte quien de todo es dueño.

Si el cielo miro un cielo en ti contemplo,
Que con ſu gyro mueve ſu armonia,
De cuyas luzes, de modeſto exemplo,
En mi tiniebla reſplandece el dia;
Formando en tu hermoſura un argumẽto,
Que viſto ignoro, y, no entendido, ſiento.

De tu grandeza la más breue parte
El mundo uence, ſi igualarſe atreue,
Si mundo es todo quanto puedo darte
Será mi offrenda, para el cielo, breue:
Humilde el don, aunque le adorne el zelo,
Si me concede tu belleza un cielo.

Como la naue, que del viento ayrado,
Entre las ondas, fluctuar ſe via,
Soſſiega el mar, y buelta a nueuo eſtado
Opprime el agua, el ayre deſafia;
Tal, perdido el temor, cobrado aliento,
La Reyna dize a quien le eſcucha atento.

De tu valor el voluntario afeto, (de,
Con la experiẽcia, o Rey, tu ſierva entien-
Pues larga offrenda aumenta tu reſpeto,
Si de tu mano generoſa pende:
Que, ſin el velo de ignorancia ciego,
De ti conoſco lo que en mi te niego.

Prodiga mano, y liberal promeſſa,
Que, humilde, ſiento, y veo agradecida,
De tu poder la mageſtad confieſſa,
Y en mi la cauſa, que obligó mi vida,
Eſta te offreſco, aunque es el don dmido,
Deſpues del Ser, que de miſer lo à ſido.

No tu propueſta emprende mi cuydado,
Ni en el ſe ve lo que tu amor me offrece,
Que no procura diuidir ſu eſtado
A quien el mundo por valor merece;
Mas oy te ruega, aunque atrevida inſiſta,
Que Aman contigo en mi combite aſſiſta.

Oyendo el Rey, ſi poderoſo, amante,
Corta demanda a voluntad tan larga,
Con dulce aplauſo, alegre, en el inſtante
La execucion de ſu deſeo encarga;
El plazo llega, al plazo ſe reſuelve,
Y lo offrecido a referirle buelve.

A ſegunda propueſta ella proſigue
Nueua aſſiſtencia de ſegunda meza,
Y en ella eſpera, al dia, que ſe ſigue,
El fin dichoſo de ſu ſanta impreza:
Que ſi en el cielo funda ſu eſperanſa
A ſus deſeos el efeto alcanſa.

Quanto produze la abundante tierra
De aquel metal, que el hõbre más cudicia,
Quanto la concha Oriental encierra,
En mi tezoro es liberal premicia,
Y de las piedras puedo hazer ſegundo
Rayo del ſol, para que alumbre al mũdo.

Donde ligero el penſamiento humano
Más libre corre, y buela ſin licencia,
Tributo alcanſa mi temida mano;
Dichoſo aquel, que adquiere mi clemẽcia;
Y mi ualor, con uoluntad ſujeta,
Teme el menor, como el mayor reſpeta.

Quando la viſta firmo más piedoſa
El hombre teme, tiembla lo inſenſible,
Y qual ſerá la pena riguroſa,
Quando mi aſpeto le admiró terrible?
De mi los rayos el rigor más fuerte,
De mi el eſpanto divulgó la muerte.

No de ſucceſſos accidente vario
Perturba el ſueño a mi quietud ſuaue,
Pues, ſujetando el cazo mas contrario,
De la fortuna es ſu poder mi llaue:
Que humillo el tiẽpo, y con terrible freno
La embidia calla, y cubre ſu veneno.

Si miro el campo, el campo, que dilata
Su copia, para mi guarda el tezoro,
Miro a la luna ella me offrece plata,
Y miro el ſol el me concede el oro;
El ſol, la luna, el campo, con ſu fruto,
Son a mi templo prodigo tributo.

Si el animal, entre ſu ſangre, forma
Suaue olor, y olor, el mar vomita,
Si muerta el aue en otra ſe transforma,
Que en ſu ceniza al mundo reſuſcita:
Son abundantes, quanto ſon más raras,
Plato ami meza, y humo de mis aras.

Si el hombre aguarda en la cruel ſentencia,
De fiero golpe, la aflicion temida,
Mi voluntad fingiendo ſu inocencia,
Con mi palabra reſtauró ſu vida;
Y ſi ſe atreue, en la mayor diſculpa,
Mira en ſu fin exemplo de ſu culpa.

Si en el Palacio mi preſencia aſſiſte,
El Rey ſu ſer de mis acciones cobra,
Alegre al guſto, ſi a la pena triſte;
Si ſerlo puede, a quien el guſto ſobra;
Y en larga meza, y varios regoſijos,
Arbol ſu madre, ramos ſon mis hijos.

La Reyna, alfin, que en amoroſa llama
Obliga al Rey, y a ſu combite incita,
Si nadie al plazo de ſu gloria llama,
Contenta mi preſencia ſolicita:
Que a mi valor por premio ſe devia
Dos voluntades obligar la mia.

Porque en mi gloria me dilato en vano,
Si veo en ella el màs contrario efeto?
Sintiendo el alma,por un vil guzano,
Vapor ligero,a tanta luz objeto:
Vn Mardochay,un viẽto,un ayre,o sóbra,
Que mi valor con ſu deſprecio aſſombra.

Quando levanta mi grandeza el buelo
En la memoria de adquirida fama,
Las alas baxa, como humilde,al ſuelo,
O maripoſa muere entre ſu llama;
Viendo en Iudà quien contra mi ſe anima,
Y afrenta el vno lo que el mundo eſtima.

Oyendo todos el diſcurſo eſtraño,
Que ſu ſoberbia en el dolor refiere,
Affirman todos, que alli muere el daño,
Donde la cauſa de la pena muere;
Y que ſu horca,infame ſepultura,
Codos ſincoenta ſuba con ſu altura.

Ella traçada, ſu cabeça pida
Al Rey, y alegre aſſiſta en el combite;
Que, viendo el fin a ſu arrogante vida,
Verá, que el alma ſu deſcanſo admite;
El, que ſe agrada en treguas de ſu pena,
Suſpende el mal, y ſu conſejo ordena.

Deſue-

Desvelase el Rey, y pide el libro; oye en el la lealtad de Mardochay sin galardon, procura satisfazerle, pide consejo a Aman, que creyendo ser en su favor es en su daño, executa el mandato del Rey; quexase a su muger, y amigos, que le pronostican su ruina; y alfin va, llamado, al segundo banquete.

La mensagera del descanso humano,
Treguas del daño, olvido de los males,
Por su lisonja, con piedosa mano,
Solicitaua el sueño a los mortales;
Quando despierto, al pezo cuydadoso,
Se mira el Rey en el comun reposo.

Discurriendo veloz la fantasia,
Que en el silencio su quietud destierra,
Y, penetrando más occulta via,
Armas ministra de su misma guerra:
El libro pide, anales de su estado,
Por divirtir con uno otro cuydado.

Trahido manda, que la voz recite
Muda advertencia, lengua de los años,
Do la memoria ſu poder remite,
Porque del tiempo receló los daños;
Por quien, tal vez, de ſucedido exemplo
Fabrica el alma de ſu gloria el templo.

Eſte la eſcala, y Norte es a la vida,
Que al monte ſube, que la mar navega,
Y de la pena, y ondas combatida,
Al prado alegre, al dulce puerto llega;
Brotando eternos, en el bien más cierto,
El valle frutos, y deſcanſo el puerto.

De Mardochay alli ſe mira el zelo,
Que de occulta traicion al Rey defiende,
Quando los dos explican, ſin recelo,
El fiero intento, que, eſcuchando, entiéde:
Y el Rey pregunta. A la piedad inmenſa
Qual honra fue la juſta recompenſa?

Ninguna,dizen; y ſintiendo el peſo
De ingratitud,que el coraçon penetra,
Tanto del bien ſe alegra en el ſuceſo,
Quanto en ſu olvido es flecha cada letra:
Y traça,porque el premio reſtituya,
Con honra agena acreditar la ſuya.

Quan larga,pienſa,en caſtigar mi agravio
Mi mano à ſido! y en pagar quan breve!
Y el daño proprio diſſimula el ſabio,
Sin olvidar lo que obligado deve;
Siendole el cielo en eſta accion teſtigo,
Al premio largo,y breve en el caſtigo.

Al más humilde la venganſa incita,
El galardon al alma generoſa,
Que la paſſion,quanto el poder limita,
Adorna el ſcetro la virtud piedoſa;
Vna maldize lo que el otro alaba,
Eſte comiença,quando aquella acaba.

O quantas vezes mi deſcuydo à ſido
Materia à muchos de eclipſar mi gloria!
Quantas accuſa la lealtad mi olvido,
Si no ſu voz, quexoſa ſu memoria!
Que al Rey, que el voto general pretende,
Más que la obra el penſamiento offende.

Si la traicion conſpira en daño mio,
(Que pende el ſcetro de accidente vario)
Que eſpuela di, que mueva el aluedrio?
Que obligue el alma a efeto voluntario?
Y quien el premio, liberal, ordena
Por precio compra libertad agena.

Mientras el Rey, en la quietud prolija,
La medicina de ſu mal prepara,
La luz hermoſa, de los rayos hija,
Rompiendo el velo, la tiniebla aclara:
Y afligido Aman, diverſo el penſamiento,
Procura el acto, que formó ſu intento.

Entra llamado, y, conſejero, eſcucha
La voz Real, que con piedad refiere;
Qual, a un vaſallo, recompenſa mucha
Vn Rey dará, que leuantarle quiere;
Y ſu engaño, que al alma liſongea,
Haze la agena que ſu gloria ſea.

Pienſa, engañado en apparente indicio,
Si el blanco ſoy, do pára ſu deſeo,
Y el centro miſmo al Regio beneficio,
Qual otro oppueſto a mi fortuna veo?
Su aſpecto alegre mi eſperanſa aumenta,
Y ella el deſeo de vengar mi afrenta.

Señor, reſponde, ſi el vaſallo admite;
Por fauor voluntario, o merecido,
A honrar el Rey, porque a ſu gloria incite,
Le adorne inſignia de Real veſtido;
Y por las calles ſuba, en el inſtante,
En el cavallo, en que ſubio triumphante.

Corona lleve, y ſu valor publique
(Su mano al freno) el de más noble eſtado,
Y ſu voz por las calles notifique,
Eſte es el hombre de ſu Rey honrado:
La cauſa es eſta de más cierto efeto,
Que ſe grangea en general reſpeto.

Con grave aplauſo ſigan los mayores,
Que el ſer de varios titulos ſublima,
La lengua, recitando ſus loores,
Eterna fama en la memoria imprima;
Y la embidia, ſujeta a ſu fortuna,
Forme la voz de muchas vozes una.

Alegre el Rey, conoces, le reſponde,
A Mardochay, que de Iacob deſciende;
Mi zelo, que a ſus obras correſponde,
En el tu voto executar pretende,
Mi ropa viſta, en mi cavallo ordeno
Que honrado ſuba, tu guiando el freno.

Al firme intento obedeciendo el tuyo,
Vn breve punto a mi querer no falte;
Porque al veneno de las lenguas huyo,
Quando mi gloria en ſu lealtad ſe exalte;
Remunerado de mi premio juſto,
Entre mi honor aumentarás mi guſto.

Como el cavallo, por que ayrado inſiſta,
Bate la tierra, y vomitando eſpuma
El viento imita, y dexa atras la viſta,
Aunque ſu buelo penetrar preſuma;
Sin ver la cueva, errante en el deſvio,
Cayendo humilde ve poſtrado el brio.

Tal viendo Aman cayda ſu arrogancia,
Y la venganſa buelta en propria afrenta,
En humildad ſe buelve ſu jactancia,
Quanto más alto el golpe más ſe aumenta:
La viſta baxa, de la pena ciega,
Y obra temiendo lo que el alma niega.

No más forçado ſube al ayre el peſo,
Ni más violenta deſcendio la llama,
Quanto el temor, con el furioſo exceſo,
Al juſto efeto ſu ſoberbia llama;
Y ſi el conſejo de ſu engaño traça,
En muda ſeña el labio deſpedaça.

O quan diuerſa al penſamiento humano
Obra executa de piedad el cielo!
No es eſte el freno, que traçó ſu mano,
Ni el palo, alfin, que lleuantó del ſuelo;
Su gloria fue verdugo de ſu pena,
Autor el reo, que al juez condena.

Si la memoria, alegre en la eſperanſa,
Olvidava el dolor con el caſtigo,
Su intento miſmo buelto en ſu venganſa,
Como contrario, es de ſu mal teſtigo;
Y quanto mira, quanto pienſa, y dize
Niega ſu bien, ſu guſto contradize.

Penſó, triumphando, acreſcentar ſu fama,
Y con la muerte exemplos de ſu enojo,
Y ſus loores, pregonando, aclama,
Siendo al vencido el vencedor deſpojo:
Del viento vano la ſoberbia llena,
De ſu verguença arraſtra la cadena.

Deſpues que, obrado el Regio mandamiéto,
Loor forçado por ſu voz reſuelve,
Buelve al Palacio Mardochay contento,
Y triſte Aman a ſu morada buelve:
Y la paſſion, que a ſu arrogancia iguala,
En el ſilencio ſu dolor ſeñala.

El nuevo humor, que nace del recelo,
Y de ſu pena fiera llama enciende,
Le buelve todo, inanimado, un yelo,
Quando la voz la admiracion ſuſpende;
Y en la experiencia de ſu afrenta, y daño
Las torres baxa, que formó ſu engaño.

Mas el deſeo de brotar ſu quexa
El lazo rompe, efeto de ſu agravio,
Y libre el paſſo a las paſſiones dexa,
Porque caminen de ſu centro al labio;
Y a Zeres dize, y ſus adjuntos quanto
El alma aflije el ſucedido eſpanto.

Que furia es eſta, que mi pecho abraza?
Y, fiera, en mi ſus golpes eterniza?
Ayer engaño deſpertó la braza,
Oy deſengaño la bolvio ceniza;
Si alfin quedó, de mi valor perdido,
Breve ſeñal, que diga quien è ſido.

Soy yo, por dicha, quien en ſu alvedrio
Vio ſu fortuna? mi dolor lo niega;
Viendo furioſo deſpeñarſe un rio
De mi paſſion, que al ancho mar ſe entre-
Donde las olas, proceloſa nube (ga;
Al centro baxa, a las eſtrellas ſube.

Si mi deſeo en la venganſa el ala
Lleuó ſublime, fue mi daño miſmo,
Ya mi enemigo en el poder me iguala,
Ya de ſu cielo ſoy profundo abiſmo,
Si tanto puede quien mi mal deſea,
Que veo en mi, que mi temor no ſea?

Como el, que ſueña el golpe, que en ſu daño
Deſciẽde al pecho, en el remedio incierto,
Si a la cauſa deſmiente el deſengaño,
Su efeto mira en el dolor deſpierto;
Tal, en mis anſias, y el dolor, que veo,
Creo mi mal, y que è ſoñado creo.

Si ſu deſprecio, en el humilde eſtado,
Y, en mi grandeza, el vano atrevimiento,
Dieron motivo en mi de mi cuydado,
Quien dará tregua agora a mi tormento?
En tanta pena que, mirando, eſpero
De mis dolores, ſi, penſando, muero?

Ay, le reſponden, ſi verdad recela
Lo que en boſquejo el coraçon imprime,
No en vano el alma en el temor ſe yela,
Aunque el vigor de tu poder le anime;
Que es la fortuna, en ſus regalos fiera,
Al bien deficil, pero al mal ligera.

Si de Iudá te procedió la guerra,
Iuſto el dolor, y juſto es el recelo,
Que quando caye, caye humilde a tierra,
Y quando ſube, ſube altivo al cielo;
Que al polvo iguala, iguala a las eſtrellas,
Poſtrado en el, o levantado en ellas.

Mientras de Aman las penas exaſpera
El agravio, y temor, con yelo, y llama,
El tiempo llega, que la Reyna eſpera,
Y a ſu combite ve que el Rey le llama:
Reconcentrando el alma ſu ſecreto,
Diſſimula ſu mal, ſigue el decreto.

Relataſe la oracion de la Reyna, el banquete ſegundo, el beneplacito del Rey, la deliberacion de dezirle la crueldad de Aman contra ſu pueblo, declarando ſu generacion, la paſsion del Rey, el ſalir al jardin, y ella a ſu lecho, y pediendole piedad Aman, penſar el Rey le agraviava: mandar le cubrieſſen la cabeça para matarle, y la relacion de la horca contra Mardochay, y que le ahorcaſſen en ella.

Mientras la Reyna con el anſia interna
El Rey, y Aman a ſu combite inclina,
Y, alegre, eſpera de la fuente eterna
El ſanto arroyo de piedad divina,
Con alma humilde, junto a las corrientes
De fuente inmenſa, ſon ſus ojos fuentes.

Aquel humor, que de abundante vena
Del' alta fuente, a la inferior meſclado,
Regó la huerta de delicias llena,
Que ſus canales derrocó el peccado,
Al mundo atrahe, y brota nuevas flores
Seca raiz, y aliento ſus olores.

El pensamiento, en estasi suave,
Vano objeto de otro bien destierra,
El zelo abriendo, con ardiente llave,
Quanto la culpa en sus engaños cierra.
Y entre aquel ser de Angelico contento,
Con dulce labio, articuló su accento.

Eterno Ser, que con piedosa mano
Santos tesoros, prodigo, repartes,
Y, sin moverse en hemispherio humano,
Tu sol alumbra en màs remotas partes:
Mi vida no, la de tu pueblo mira,
Viva por ti el que por ti suspira.

Tu santo nombre del lugar descienda,
Que a nuestro amparo tu saber dispone,
Y el fiero golpe su valor defienda
Del, que atrevido a la verdad se oppone:
Que no es objeto de tu sol la nube,
Y tu piedad sobre tus obras sube.

Indigna yo de penetrar mi zelo,
De baxa tierra a la diſtancia mucha,
De mis deſeos encamina el buelo,
Y el ſon humilde de mi llanto eſcucha;
Que por tus llamas apurado el ruego,
Serà mi voz centella de tu fuego.

Puede, Señor, al hombre ſu delito
Negar la entrada, que a tu bien camina,
Mas tu favor, que un mar es infinito,
Lo màs deficil, con ſu fuerça, inclina;
Que alfin comete la maldad màs fiera
Quien a ſu culpa tu piedad no eſpera.

Si en tu balança la juſticia igualas (den?
Con la maldad, que haran los que te offen-
Mira, Señor, que las mundanas alas
Por ſi no ſuben, y ſin ti deſcienden:
Y quando el hombre tu furor provocà,
La mayor pena recompenſa es poca.

Ve, que el rigor de injuſto atrevimiento
Por ſu miniſtro no eligió tu zelo,
Y que procura el más ſoberbio intento,
Tu ſanta ley que ſea olvido al ſuelo;
Y aunque el peccado de Iſrael te incite,
Si el no la guarda, el otro no la admite.

Si el menor inſtrumento, el verdadero
Sujeto fue de ſublimar tu gloria,
El dulce efeto a mi deſeo eſpero,
Y tu grandeza, en mi humildad, notoria;
Ya nuevo aplauſo eſcuchan mis oydos,
Y vencedores bueltos los vencidos.

Quando Siſrá, con general eſpanto,
Armó ſoldados, tremoló banderas,
Piedoſo oyſte de tu pueblo el llanto,
Que en el caſtigo por ſu enmiẽda eſperas;
Y con la leche, que bebió, infelize,
Iael le mata, y Debora lo dize.

Si

Si del Egipcio el coraçon más duro,
Y ſus ſiervos tu gloria exprimentaron,
Quando, a la vara buelta el agua en muro,
Tus redemidos por la mar paſſaron;
Sentimos oy tanto el rigor más fuerte,
Quáto es mayor, que la aflicion, la muerte.

Aquel detuvo, y eſte ſe apreſſura,
Eſte a la eſpada, aquel a ſervidumbre,
Aquel fue Rey, eſte de un Rey la hechura,
El por engaño, y eſte por coſtumbre;
Y como al otro le cubrio el abiſmo,
Su intento a eſte ſea el lazo miſmo.

Quando injuſto plazer de objeto vano
Deſpertó tu furor, viendo humillarſe
A lo que obró, ſin ti, mortal la mano,
Y de tu amor tus hijos olvidarſe;
Si como padre ſu maldad ſufriſte,
Eſte no alcanſe lo que tu no hiziſte.

Mientras el alma, en pielago profundo
De gracia abſorta, nueva luz le admira;
Y, en ſus potencias uſurpada al mundo,
El uno dexa, al otro ſe retira;
El Rey, y Aman, que al plazo ſe reſuelven,
Su buelo altivo, aunque forçado, buelven.

Los tres recoge dilatada meza,
Que en copia larga ſu licor abunda;
Siendo a la Reyna, humilde en ſu grãdeza,
Primera al bien, a ſu elecion ſegunda:
Y alegre el Rey, en ſus razones prueva
De antiguo amor experiencia nueva.

Reyna, le dize, en quien mi amor deſcanſa,
Luz de mi pecho, aliento de mis ojos,
Ni mi deſeo niega tu eſperanſa,
Ni a tu vitoria el alma por deſpojos:
Eſpera, pide, de mi fee confia,
Que por ſer tuya la eſtimé por mia.

Como ſe rie, al llanto del rocio,
La alegre flor, la yerva reverdece,
Aſſi en los campos deſte mundo mio
Fecundo ſer de tu virtud florece;
Que en el inſtante en otro me transforma,
Qual la materia, aquien mudó la forma.

Si tu memoria es luz de mi deſeo,
Qu' otra no mira, y otra no conſiente,
Quando mi vida entre tus ojos veo,
Qual podra ſer el reſplandor preſente?
Y en tu alabanſa lo que, amante, digo,
De quantó ſiento, es el menor teſtigo.

Mira mi pecho, que es criſtal más claro,
Que el, que fabrica con induſtria el hóbre,
Alli verás, que tu milagro es raro,
Y en el la gloria, que adornó tu nombre:
Y no es jactancia ver en mi tu eſpejo,
Si todo objeto es de tu luz reflejo.

Si el juſto cielo dilató mi Imperio,
Más que la mia, por tu gloria eſtimo,
Si tuyo fue, por ſingular miſterio,
Lo que agradeſco en tu favor ſublimo:
Por ti mi reyno, por ti el alma vive,
Del (como en ella) la mitad recive.

Señor, reſponde, pues tu gracia entiendo
En el motivo, a mi favor propicio,
Tu voluntad con el ſilencio offendo,
Virtud un tiempo, como en otro es vicio,
Y, con el zelo de mi amor nacido,
Firme diré lo que, obligadà, pido.

Entre temores de paſſion ayrada
Mi vida aſſiſte en riguroſo eſtremo,
Y el golpe ſiento de furioſa eſpada
Contra mi pueblo, y contra mi la temo;
Y otra promeſſa mi deſeo olvida,
Que mucho dá quien es ſu don la vida.

Fiera ſoberbia mi ruina intenta,
En la muerte comun del pueblo mio,
A ſu rigor ſatisfacion ſangrienta,
Y nueſtro mal ſujeto a ſu alvedrio:
Vendidos ſomos, ſi a mi amor no ſigue
Piedad, que ampare, vara, que caſtigue.

Si en duro yugo, en ſujecion cautivos,
Al pueblo afligto libertad negara,
Triſtes lloraran ſu dolor los vivos,
Y el daño mio, entre ſu mal, callara:
Y ſi tus ſiervos con el fin perſigue,
Qual, a tu reyno, utilidad ſe ſigue?

Si nueſtro precio aumenta tu tezoro,
O nueſtra vida a ſervidumbre inclinas,
Aun eſta fuerça la diſculpa el oro,
Y a ſu poder las quexas ſon indinas,
Iuſtas ſeran, ſi con la muerte ordenas
De inutil gloria, nunca oydas penas.

Quien es, le dize, el, que cruel pretende
En mi tu mal, mi daño en tus enojos?
Y de la llama, que su pecho enciende,
Trueno su voz, y rayos son sus ojos,
Presente, dize, tu piedad le mira,
Este es Aman, que contra mi conspira.

Dexando el Rey, por su passion, la silla,
Al parque sale a desfogar su furia,
Ella a su lecho, a quien Aman se humilla,
Y buelto el Rey sospecha que le injuria:
Como, traidor, aquien la vida deves,
Dize, mi lecho a penetrar te atreves?

El santo honor, de la virtud exemplo,
Del sol la luz, porque es su luz más pura,
De mis offrendas el altar, y el templo,
Tu desvario derrocar procura?
Mi sufrimiento que otro fin espera?
Viva mi fama, y su soberbia muera.

A penas, muera, pronunció ſu labio,
Que por ſeñal cubrió ſu roſtro el velo,
Y con la pena del ſegundo agrabio,
Manda que al punto ſea exemplo al ſuelo:
Y Arbona dize. O gran Monarcha eſcu-
Deſte atrevido la arrogancia mucha. (cha

Contra el honor, que al mundo publicaſte
De Mardochay, con mageſtad notoria,
Romper procura el ñudo, que formaſte,
Siendo ruina a lo que tu ſu gloria:
Su caza, alfin, de mi verdad teſtigo,
El palo enſeña, en que traçó el caſtigo.

Quien tu ſublimas, embidioſo, agrabia,
La muerte ordena a quien te dio la vida,
Y del veneno la furioſa rabia
La firme ley de tu precepto olvida:
Codos ſincoenta levantando, aguarda
Executar lo que a ſu intento tarda.

El, que ſoberbio, leyes de ſu guſto,
Y ſu jactancia, ſin temor, publica,
De la traycion, y caſo màs injuſto
Arguye indicio, prueva verifica:
Y dize el Rey, ayrado en ſu deſpecho,
Muera en la pena, que a ſi miſmo ha he-
(cho,

Sin dilatarſe un punto el mandamiento,
Mira la Reyna el plazo, que eſperava,
Y de Iſrael, afligido en ſu tormento,
El bien comiença, y ſu temor ſe acava:
Y el Rey, que el acto de ſu ſaña eſpera,
Executado ſu paſſion modera.

Concede el Rey la caza de Aman a la Reyna, y ella a Mardochay, que recibe el ſello del eſtado. Pide la Reyna ſe revoque la ſentencia, y queden ſin daño los Iudios, la ley ſe dá, y que ſe armen contra los que les quiſieren offender, y muchos dexan el culto de la gentilidad con la experiencia de ſemejante milagro.

Si del furor el alma ſatisfecha
Conoſce el Rey, ſu amor no ſatisfaze,
Porque la ayrada, y la amoroſa flecha,
Eſta deshizo, aquella ſe deshaze:
Vna, aflicion de ſu dolor recive,
Otra, contenta entre ſus penas vive.

A la Reyna, piedoſo el Rey concede
De Aman la caza, y Mardochay ſe humilla
Al, que en ſu obras, liberal excede
A la grandeza, que adornó ſu silla:
Que revelado entonces el ſecreto,
Fue de antigua lealtad nuevo el reſpeto.

La ſortija Real, que en fiera mano
Selló la traça de ſoberbia ciega,
Cayendo Aman (entre ſu gloria ufano)
Humilde a tierra, a Mardochay ſe entre-
Y la, que aſpira ſolo al bien eterno, (ga:
De bienes, que heredó le dá el gouierno.

A ſu favor viendo inclinado el cielo,
Por el miniſtro de la accion humana,
Del pueblo ſuyo, aflicta, en el recelo,
Nueva piedad con lagrimas allana:
Perlas ſu ſol offrece por tributo,
Sembrando llanto, recogendo fruto.

Entre el refiere. Si mi amor te agrada,
Rey y ſeñor? ſi es mi plazer tu guſto?
El golpe mira de furioſa eſpada
Contra mi pueblo, en el caſtigo injuſto:
Que en el temor, que de ſu mal padeco,
Mengua ſu fuerça, ſu gemido crece.

Si divulgada la mortal ſentencia,
La mano eſtá por nueſtro mal tendida,
En el conflicto appela a tu clemencia
Eſta,que llama tu piedad ſu vida,
Que en el ſuceſſo,por iguales modos,
Pende del daño,o libertad de todos.

No pienſes,no,que al ſcetro diminuye
La eſtimacion el reuocar la pena,
Si culpa roba, el llanto reſtituye,
El ruego abſuelve,ſi el error condena:
Y el hombre ve,qual ſu mudanſa á ſido,
El cielo ayrado,el cielo arrepentido.

Mira la cauſa deſte llanto mio, (gaña,
No la apparencia, con que el mundo en-
Que penetrada, en tu valor confio,
Que el fin conſiga de más noble hazaña:
Eſta,ſi agora tu valor perdona,
Piedra ſerá,que engaſte tu corona.

El ayre guarda el laſtimoſo accento,
Aun de dolor de males exceſſivos,
En los efetos del rigor ſangriento
Deſtos, que ves en ſujecion cautivos:
Lagrimas brota el pecho más ſeguro,
Fuego las piedras de abrazado muro.

Si fue ſu vida un punto de tu offenſa,
Iuſto es el fin, que ſigue al atrevido,
Que contra el Rey el que procura, o piēſa,
La muerte paga el yerro cometido:
Y en la ſuerte comun el delinquente
(Rigor no poco) obligue al inocente.

Mas ſi reſpetan leyes de tu Imperio,
Vaſſallos ſirven, ſiervos reconozen,
Más eſtimando, en eſte, el cautiverio,
Que libertad, que en otro reyno gozen;
Eſta lealtad, que el cielo remunera,
No temiendo caſtigo, el premio eſpera.

Si voluntario el general deſeo
Siempre el camino a nueſtro mal procura,
Oy, que el efeto en tu obediencia veo,
Qual vida eſtà de ſu rigor ſegura?
Recelo, que el temor de otra mudanſa
Antecipe a tu plazo la venganſa.

Mira, ſeñor, que el fiero penſamiento,
De Aman à ſido, y muerto lo renueva,
Quien del injuſto eſpera juſto intento?
Del condenado quien el voto aprueva?
Quien no admitio de la razon el freno
Teſtigo es facil de defeto ageno.

Oye mi ruego, aſſi tu vida exalte
El Ser eterno en dilatados años,
Y a tu corona el ſuceſſor no falte
De ſangre tuya, en cielos más eſtraños;
Y el cuello, humildes, a tu yugo offreſcan
Tus contrarios, y amigos te obedeſcan.

Por aquel bien, que de ſu gracia ampara
El cielo, y mũdo; y quanto al mũdo aſſiſte;
Por ti, que ves, con experiencia rara,
Que mi humildad, en tantas, eſcogiſte;
Por mi, que ſoy. Y la paſſion, que offende
El alma, el paſſo de la voz ſuſpende.

Qual ligero vapor, que oppueſto al rayo,
Con poca ſombra el reſplandor deſcubre;
Tal en ſus ojos timido deſmayo
La viva imagen de ſu luz no encubre;
Y aun a la viſta, que procura el vella,
Cauſa la nube que penetre en ella.

Amor (el Rey le reſpondio turbado)
Tu ſol enxugue el humido rocio,
Buelve tu aliento a ſu vigor paſſado,
Porque en ſu auſencia no pereſca el mio:
Si a tu belleza concedi la palma,
Govierne el reyno quien govierna el alma.

Traygan tus labios de ſu olor aromas,
Y ſuaue licor deſtilen roſas,
Y tus mexillas ſirvan de redomas,
Siempre llenas de amor, ſiépre oloroſas;
Que tu valor, en eſſe hermoſo abiſmo,
Miniſtra ſolo eſpirito a ſi miſmo.

Quando a tu guſto repugnante indicio
Dio mi palabra? quando a tus deſeos
Negó mi fee incienſo y ſacrificio?
Quando en tu templo no colgó tropheos?
Virtud ſecreta, que mi pecho esfuerça,
Me obliga ati con voluntaria fuerça.

Ordena, manda, por tu ley diſpone, (Reyes,
Que es más que Rey quien le obedecen
Conoſca el mundo, y tu valor pregone,
Siendo tu guſto el fuero de tus leyes.
Dixo, y la vara fue, con gloria tanta,
Quien de la tierra ſu humildad levanta.

Que ſe revoque, en el inſtante, pide
Del fiero Aman la temeraria impreza,
Que ſi al decreto nueva ley no impide,
Será Iacob de ſus contrarios preza:
Que por la ſangre, que alentó ſus venas,
Su guſto es ſuyo, ſu dolor ſus penas.

Reſponde el Rey, que aviendo concedido
De Aman la caza, en ella caſtigado,
A ella el reyno, y ſu valor rendido,
Y a Mardochay el ſello de ſu eſtado;
Negar lo poco grave error ſeria,
Quando en lo más lo menos concedia.

Que a ſus provincias, en el punto, eſcriva
Lo que el remedio de ſu pueblo entienda,
Y en antigua quietud contento viva;
Sin que ninguno, con la voz, le offenda:
Que ley, que eſcrive, y con ſu firma ſella,
Execucion es el decreto en ella.

Veynte

Veynte y tres era el dia, el mes tercero,
Que el intento por obra ſe confirma,
Varones llaman, que ſiguiendo el fuero
De lengua, y gente, ſu eſcritura affirma.
Con el deſeo la razon ſe mide,
La Reyna manda, y Mardochay preſide.

Que en exercito armado el campo ordene,
Por edicto Real, el pueblo alcanſa,
Y del contrario el impeto refrene,
Si libre intente executar venganſa;
Siendo a Iacob, por juſta recompenſa,
La muerte agena de ſu mal defenſa.

El Rey, que en la promeſſa manifieſta
Su firme amor, la obra ſolicita;
Viendo Iudá ſu luto buelto en fieſta
Sigue el camino, que a ſu gloria incita:
Oye Suſan, con general eſpanto,
Voz de plazer, donde eſcuchava el llanto.

Los menſageros, que al deſeo igualan,
El curſo ſiguen con ligero buelo,
Que en obediencia y voluntad ſeñalan,
Que el Rey lo manda, y que lo aprueva el cielo:
Y en el dozeno mes, y treze al dia
Que ſe execute por ſu ley dezia.

El alma, que en las olas fluctuava,
Como opprimida de furioſo viento,
Y en ſentencia mortal ſolo aguardava,
Del verdugo cruel, golpe ſangriento;
El puerto alcanſa, y en quietud ſerena
La mar ſe buelve, en libertad ſu pena.

A quel palor entre la vida, y muerte,
Quando la ſangre al coraçon huya,
Tiñe la roſa, y ſolo en el ſe advierte,
Del centro alegre, efetos de alegria:
El padre al hijo, con eſtrechos lazos,
De nuevo amor renueva ſus abrazos.

Eſte la vida al cielo le agradece
Con llanto, aquel ſu cantico publica,
Sin ſacerdote victimas offrece,
Y ſin altar el voto ſacrifica;
Que la humildad es victima, que ſube
De ardientes llamas oloroſa nube.

Siguiendo el Rey con el Real decoro,
Cardeno y blanco Mardochay ſe viſte,
Y en ſu cabeça, la corona de oro
(Purpura y lino ſu veſtido) aſſiſte;
Suſan ſe alegra, y con aplauzo aclama
El alto intento, que eſparzió la fama.

Qual buelta al rayo ſu obrador ſeñala
La luz, que hiere en el luziente eſpejo,
Tal en ſu hechura, que a ſi miſmo iguala,
Sol es el Rey, y Mardochay reflejo:
La tierra ornada con el ſol ſegundo,
Con ſoles dos es nuevo cielo el mundo.

Qual la culebra, a quien invierno elado
Quebró las fuerças, humillando el brio,
Y renueva su ardor, quando inflamado
El sol, enciende el campo en el estio;
Sube a la peña, en ella resplandece
El rayo, y rayo su furor parece.

Tal de Sion los hijos afligidos,
Que del rigor sus fuerças quebrantadas,
Miran ausente el son de sus gemidos,
Y las tinieblas del temor passadas:
Si vencidos ayer, oy vencedores,
Son, de offendidos, buelros offensores.

En las ciudades del Real govierno
A la pelea el pueblo se resuelve,
Tiembla el gentil, y del temor interno
Qual nieve al sol, el coraçon se buelve:
Quando el humilde de su arnez se arrea,
La espada vibra, y siervo señorea.

Los que del Reyno el peſo ſuſtiniendo,
Visreyes en provincias aſſiſtian,
Sirviédo al Rey, a Mardochay temiendo,
Del edicto Real la voz ſiguian:
Porque el temor, en el exemplo ageno,
Eſpuela al juſto, y al injuſto es freno.

Es Mardochay quien con piedoſa vara
Su pueblo libra, y el contrario offende,
Todo poder de ſu poder ſe ampara,
Toda ciudad de ſu conſejo pende:
Que no recela tempeſtad del ſuelo
El edificio, que fabrica el cielo.

Armado el pueblo, a ſu enemigo oppueſto,
Le offende, y hiere, le deſtruye, y mata,
De cuerpos haze un tumulo funeſto,
En que ſu eſpada ſu furor dilata:
Sus hilos pruevan, en el fin ſangrientos,
En otras muchos, en Suſan quinientos.

Del arbol de ſoberbia, Aman el fiero,
Dies ramos cayen, que igualó la ſuerte
A los deſpojos del ayrado azero,
Que en tal ruina ſu temor diuierte:
Y en oydos del Rey el caſo ſuena,
Que alegre eſcucha a tanto error la pena.

Y a la Reyna le dize. En tus oydos
Sientes los golpes, que en Suſan mortales
Dieron los tuyos, al vengarſe vnidos,
Que en mis prouincias los eſtimo iguales:
Quinientos ſon los que el rigor prouaron,
Y dies de Aman los hijos, que mataron.

Si en la piedra tocó de tu deſeo
El oro de mi amor, ſi conociſte
Alto valor, que en tu obediencia veo
Rendido ati, ſi el coraçon rendiſte;
La fuerça grande de mi fee no olvides,
Que más me obligas quãto más me pides.

Qual rubio parto, que ſuave al labio
De varias flores forman las abejas,
Tal de tu lengua es el diſcurſo ſabio
Alegre al alma, dulce a mis orejas:
Y el armonico ſon, que nunca es mucho,
Aun largo tiempo en tu ſilencio eſcucho.

Ella reſponde. Pues, ſeñor, te agrada
Mi voluntad, a quien tu amor ſe allana,
La miſma ley, que à ſido executada
Oy, la conſiente executar mañana:
Y los dies hijos, aunque muertos, lleven
Donde la infamia de ſu padre prueven.

Que el voto ſuyo al punto ſe confirma:
Dize el aplauzo, conque el Rey le oîa,
Ley es ſu voluntad, la ley ſe firma,
Que ſe renueva al renovarſe el dia:
Trezientos cierran en el fin ſus ojos,
Aunque Iudà no toca en ſus deſpojos.

Su exemplo ſigue el general caſtigo
En lo remoto de provincias varias,
Mira Iacob por tierra ſu enemigo,
Y tierra, alfin, las gentes más contrarias:
Es de los muertos la infalible cuenta
Setenta mil, que cinco más aumenta.

En treze el fin de ſu venganſa á ſido
En quatorze el principio a ſu repoſo;
Muere el cuydado del temor perdido,
Nace la gloria del plazer dichoſo:
La nube rompe el rayo, que pareco,
Caye el rocio, el campo reverdece.

En quinze es en Suſan que por memoria
Limpia Iacob de ſangre ſus eſpadas,
En quatorze celebra ſu vitoria
En aldeas, y villas no muradas:
Y a ſu eſperanſa igual el alegria,
Con varios guſtos ſe celebra el dia.

Mardochay, que en el animo devoto
El vivo incendio de ſu zelo guarda, (to
Del más propinquo al pueblo más remo-
Del ſanto tiempo encomendó la guarda:
Y en recompenſa del milagro eſtraño
Obliga al fuero de ſu plazo el año.

En dulce yugo, humilde, el cuello inclina
Al alto Ser el pueblo agradecido;
Viendo que admite la piedad diviña
Memoria al bien a ſu peccado olvido;
Que libre el paſſo a la maldad concede,
Para moſtrar lo que en el hombre puede.

Renovando ſu amor el guſto obliga
A varios dones, que el, que dá, recive,
Porque, piedoſo, en el efeto diga,
Que al cielo deve, y por el cielo vive:
Suerte la llama, porque fue la ſuerte
La vida al muerto, al matador la muerte.

Qual de Sinay el milagroſo fuero,
Que con eſtruendo oydo, por memoria,
Lo truxo en piedra al mũdo el menſagero,
Que vio la luz, y penetró la gloria;
Eſte ſe admite: y la ocaſion tan nueva,
Que el cielo obró, por ſu precepto aprue-
(va.

Viendo la Reyna, que olvidar no deve
Su pueblo el bien, que le impetró ſu ruego
(Que aunque la viſta los milagros prueve,
La memoria del mal muda el ſoſſiego)
Siguiendo a Mardochay publica al mũdo,
De primera eleccion, voto ſegundo.

Con palabras de paz, y amor refiere,
De ſu verdad, exemplo memorable,
Porque el milagro, que en los años muere,
Lo ſea un ſol, y más que el ſol durable:
Eterna fama al mundo lo publique,
La voz lo diga, y letra retifique.

A ſus reynos el Rey tributo impone,
Y a las iſlas, que alcanſa ſu govierno;
Que a ſu obediencia el cielo las diſpone,
Siendo inſtrumento del milagro eterno:
Retrato, alfin, del alta maravilla,
Que el baxo ſube, el levantado humilla.

El reſpeto, el honor, grandeza, y gloria,
Que Mardochay por ſu valor merece,
En Media, y Perſia, en dilatada hiſtoria,
El libro en ſus anales engrandece:
Segundo al Rey, primero en ſu privanſa,
Y grande al pueblo, a quien la vida alcāſa.

Ah! del ſumo poder perfeto exemplo, (vida,
Piedad, que ampara, amor, que nunca ol-
Llegue al altar de tu divino Templo
Quien mira en ondas de temor ſu vida;
Que ſi piedoſo ſu remedio ordenas,
Su gloria nace de ſus miſmas penas.

Gusto el dolor, regalo es el castigo,
Que el justo prueva de tu santa mano,
Siendo el tormento de aquel bien testigo;
Nunca sujeto a movimiento humano:
Porque es al alma escala el sufrimiento,
Que toca el suelo, y llega al firmamento.

Este libró el Rey de aquel conflito,
Donde el blasfemo, en su poder seguro,
Cercó Sion de exercito infinito,
Negando aun' aue penetrar su muro;
Desengañado, quando en un instante
Despojo fue de espada fulminante.

Este al varon en sus miserias prueva,
Que humilde ve doblada recompensa,
Por este el justo, en la encubierta cueva,
En el ungido no vengó su offensa;
Al hombre escudo, a la ciudad es muro,
De golpe essento de temor seguro.

Eſte del mal las fuerças deminuye,
Y con ſus alas ſiempre al bien camina,
Que en la eſperanſa ſu remedio arguye,
Que firme funda en la piedad divina:
Si tu poder, ſi tu valor es tanto,
Al par del mundo te celebre el canto.

FIN DEL POEMA.

LAMENTACIONES
DEL PROPHETA IEREMIAS.

Señor, mi voz imperfeta,
Nacida del coraçon,
Que a vano error ſe ſujeta;
Oy ſiga con tu Propheta
El llanto de tu Sion.

Si del polvo a las eſtrellas,
Del mundo en lo más remoto,
Moſtró ſus vivas centellas;
El menos, y el más devoto
Llore conmigo, y con ellas.

Concede

Concede de alto tezoro,
Tu luz a mi ciega viſta,
Tu ſciencia en lo que ignoro,
Porque, en ageno, mi lloro
A proprias culpas reſiſta.

Si veo en el llanto mio
La parte de humor, que encierra
Tu fuente inmenſa, confio
Que ſerá como el rocio,
Que fertiliza la tierra.

Y aunque ſin alas me atrevo
A tanto buelo, y me eſpante
El ver, que mis labios muevo,
Inſpira en mi canto nuevo
Porque en mis lagrimas cante.

Mas vano es eſte deſeo,
Que animales ſin razon,
Sin dueño, balando veo,
Que, no articulando el ſon,
Certifican lo que creo.

Aunque ſe encienda mi pecho
Llamando ſiempre, callaron
Tus hijos, en ſu deſpecho:
Como ſus dioſes le an hecho,
Que por ſu engaño llamaron.

La cauſa, porque caiſte,
Y porque humilde baxaſte
De la gloria, en que te viſte,
Fue la verdad, que dexaſte,
La vanidad, que ſiguiſte.

Ya no eres la Princeza
De todas otras naciones,
Ya tu altivez es baxeza,
Tu diadema, y tu grandeza
Se á buelto en triſtes priſiones.

Ya tu Palacio Real,
Humilde, cubre la tierra
En exequia funeral,
La paz antigua es la guerra,
Y el bien antiguo es el mal.

Si fuiſte al Señor contraria,
De los peccados el fruto,
En tu coſecha ordinaria,
A ſido el miſmo tributo,
Por quien te ves tributaria.

No ſolo viſte perder
La honra, que te adornó,
Mas tus hijos perecer,
Que el Señor los entregó
Al más tirano poder.

Como ſe puede alentar
Tu pueblo, entre ſu gemido,
Llegando a conſiderar
Lo que figuit á querido?
Lo que á querido dexar?

El eco de tu gemido,
Con tanta fuerça se oyó,
Que no ay rincon escondido,
Que no sepa, que el olvido
De tu ley te castigó.

El mundo vario, que mira
Tu pena, en tu culpa mucha,
Su lastima buelta en ira,
De tu ingratitud se admira,
No del castigo, que escucha.

La fuerça en tus enemigos
Se acrescentó de manera,
Que faltaron tus amigos;
Sino por tu bien, siquiera
Por ser de tu mal testigos.

Oyendo que tu malicia
Se opponia, por mil modos,
A la divina justicia;
Por dexarte en tu inmundicia
De ti se apartaron todos.

Y viendote navegar,
Sin piloto,y ſin timon,
En eſſe profundo mar,
Anegada la razon,
Te dexaron anegar.

Conſiderando el eſtado
De tu culpa,y culpas tales,
Que hizieron al cielo ayrado;
La compaſſion de tus males
Iuſgaron que era peccado.

Como tus daños miraron
En el ultimo rigor,
En tus males te dexaron;
Y de ſu embidia el dolor
Oy con el tuyo olvidaron.

Agora eres perſiguida
De pueblos,y maltratada,
De ſus manos offendida,
De inmundas plantas pizada,
De ſus armas deſtruida.

Y no es mucho que el humor,
De la fuente de tus ojos,
Haga ſu curſo mayor,
Aſta ver que ſus enojos
Se aplaquen en el Señor.

Iudá fue en captiuidad por aflicion, y por mucha ſeruidumbre, ella moró en las gentes, no alló deſcanſo: todos ſus perſiguidores la alcanſaron entre eſtrechuras.

La triſte Ieruſalen,
En tan miſerable eſtado,
Auſente ve todo el bien;
Que por no ver ſu peccado,
Oy ſus caſtigos ſe ven.

Y la juſticia divina,
La culpa conſiderando,
Que en pueblo ingrato domîna,
Su compaſſion olvidando,
Solo al caſtigo ſe inclina.

Ni pudo el merecimiento
De los Padres, que ſiguieron
Su voz, y ſu mandamiento,
Detener el eſcarmiento,
Que ſus hijos merecieron.

Vagando va por la tierra,
Con pena, y anſia mortal,
Sin allar paz en ſu guerra;
Que la cauſa de ſu mal
Dentro en ſi miſma ſe encierra.

Sus males no ſon oydos,
Y aſſi buela por el viento
El ecco de ſus gemidos,
Y ado faltan los ſentidos
Se ve ſolo el ſentimiento.

Todo animal, con recelo
De no poder defenderſe
De la inclemencia del cielo,
En las cuevas, por valerſe,
Huye del ſol, y del yelo.

Del caçador atrevido,
Que le atropella cruel,
Huye a ſu cueva, a ſu nido,
Y, del temor padecido,
Alcanſa refugio en el.

Pero tu, pobre ciudad,
Adonde podras huir,
Que eſcapes la crueldad
Del, que te ade perſiguir
Al compaz de tu maldad?

Porque el mundo, con rigor
Se offendio, viendo offendido,
Por tus culpas, el Señor,
Y aſſi caſtiga tu olvido,
Sin dolor de tu dolor.

La tierra, donde deſcanſa,
Como centro, el animal;
Se mudó con tu mudanſa
Y tu peſo natural,
Ya como eſtraño, le canſa.

El agua, que en el ſediento
Es refrigerio al ardor,
Por canſancio, o por tormento:
Para cauſarte mayor
Dá a tus ojos nutrimento.

El ayre, que refrigera
El eſpirito afligido,
En ti tu paſſion altera:
Porque, violento, acelera,
Con ſu fuerça, tu gemido.

El fuego, que uelozmente
Para ſu eſphera camina,
De ſu curſo ſe arrepiente,
Y quando te ve preſente,
Para abrazarte, ſe inclina.

Como de tu bien te alexas,
Y con tu pena, aunque mucha,
Eſtás formando tus quexas,
Envano al hombre te quexas,
Que como es hombre no eſcucha.

Y a tanta miſeria vienes
Que le dizes. Tuyos ſon,
Señor, mi vida, y mis bienes;
Mis casas, y poſſeſſion
En propria mano las tienes.

De las tierras, que ſembré,
Tuyo es el fruto, y no mio,
Y, que es ageno, bien ſe
Eſte comun alvedrio,
Que en todos libre ſe ve.

Su falta me haze llorar,
Que el cielo, que todo puede,
No lo á querido negar,
Mas como en todo te excede,
Te excede en el perdonar.

Pues nueſtra viſta te offende,
Nueſtra nacion te faſtidia,
Solo en dexarnos entiende,
Si la piedad no te enciende
Como te enciende la embidia.

Si alabas tu valentia,
Soberbio de aver vencido
Quien contigo competia,
Ve que dar muerte al rendido,
No es esfuerço, es covardia.

Porque desnudas la espada,
Contra quien se humilla, y ruega,
En tanta humildad manchada?
Que matar a sangre elada
El más tirano lo niega.

Baste la afrenta, y agrabios,
Que en tus palabras sentimos,
Sin poder mover los labios;
Y, aunque oîmos, no te oîmos,
Porque la fuerça haze sabios.

Del yugo suelta estos cuellos,
Y bueltos a nuestros muros,
Si rotos, llegando a vellos,
Suspiraremos seguros,
Si no seguros en ellos.

Caminos de Sion enlutados, ſin quien venga al plazo, todas ſus puertas aſſoladas, ſus ſacerdotes ſuſpirando, ſus virgines afligidas y es amargura a ella.

Los caminos de Sion
Lamentan ſu ſoledad,
Pues no los piza varon,
Tan deſierta la ciudad,
Como ellos miſmos lo ſon.

Los arboles, que algun dia
Dieron refugio al canſado,
Y al caminante alegria;
Agora, en tan triſte eſtado,
No es ſu eſtado el que ſolia.

El prado, que varias flores
Ornavan con ſu belleza,
Y el ayre con ſus olores,
Retrata, de ſu triſteza,
En ſu luto, los rigores.

Las

Las fuentes, que, murmurando,
Deleytavan dulcemente,
Con ſon liſongero, y blando;
El triſte caſo preſente
Solo refieren llorando.

Los paxaros, cuyo canto
Empeçava antes del alva,
Parece que con eſpanto
Al ſol le niegan la ſalva,
Porque ſu ſalva es el llanto.

Aquellos, que para honrar
Las fieſtas, el ſanto zelo
Trahia al ſagrado altar,
Olvidan aquel lugar,
Que aun en la tierra era el cielo.

En diferente ſemblante
Aquella quietud ſerena
Se á mudado en un inſtante:
La nueva luna, y la llena,
Vna es triſte, otra mengoante.

Aquel celebrado dia,
Que del cielo el Capitan
Con ſu vara el mar abria,
Fue ſu memoria alegria,
Ya ſu memoria es afan.

El dia, que al hombre dio
El Señor la ley, que ſanta
Su miſmo dedo eſcrivio;
Para llorar pena tanta
En la aflicion ſe guardó.

El plazo de bendicion,
Que en ſu fruto dava el hombre
Al dador el galardon;
Su fruto, porque ſe aſſombre,
Es ſu miſma confuſion.

Las puertas, que mil labores
Adornavan variamente,
Llenas de ramos, y flores;
De ſu ruina preſente
Dan las ſeñales menores.

Y en tan miſerable eſtrago
El tiempo, que liſongea,
Deſpues de aver dado el pago,
En ſus ruinas paſſea
Cubiertas de verde halago.

Los cantores, que alabavan
En ſus hymnos al Señor,
Y ſu poder confeſſavan,
Si ſus loores cantavan,
Lloran ſu proprio dolor.

Es el veſtido adornado,
La mitra Pontifical,
Deſpojo al fiero ſoldado:
Que la pena es general,
Si es general el peccado.

Los ſacerdotes no mueven
Del ſuelo, humildes, los ojos,
Que, afrentados, no ſe atreven
Firmar la viſta, en que prueven
Su infamia entre ſus enojos.

La voz no pueden mover,
Ni con humildad rogar
A quien les quiera valer;
No ſujetos a llamar
Al limitado poder.

Las donzellas van cautivas,
Y ſus confuſos gemidos
Apenas dizen que vivas,
Ya no arrogantes, ni altivas
En ſu adereço, y veſtidos.

Ya la gracia, y gentileza
Mal el ſemblante deſcubre,
Y el rayo de ſu belleza,
Como al ſol la niebla, encubre
La niebla de ſu triſteza.

Los ojos bueltos al cielo,
Brotando lagrimas dellos,
Sin refugio, ni con ſuelo,
Deſcompueſtos los cabellos,
El pie deſnudo en el ſuelo.

Llama a ſu padre, a ſu hermano,
La que de lexos le vido,
No lo conſiente el tirano,
Y al buelo de ſu gemido
Pezado grillo es ſu mano.

Atado mira el eſpoſo,
La que en el yugo ſuave
Gozava el tiempo dichoſo,
Y aunque ſu pena es tan grave,
Su daño es más riguroſo.

Su viſta tras el camina,
Y quando alguno lo encubre
Llora, gime, y dezatina;
Y en ſus efetos deſcubre
Lo que en el alma imagina.

Y el, que es ſu vida ſu objeto,
Y pende de amada accion,
Con alvedrio ſujeto,
Abre, y cierra el coraçon
Con llave de ageno afeto.

Pero el contrario, que mira
Aquel alivio en ſu pena,
De ſu alivio la retira,
Y a fiera auſencia condena
La fuerça de amor, que admira,

Y no ſe mueve aquel pecho,
Que el Señor, que lo conſiente,
De males ſaca el provecho;
Y el peccador ſe arrepiente,
Si paga el yerro, que á hecho.

Fueron ſus anguſtiadores por cabeza, ſus enemigos ſe apaziguaron, porque el Señor la afligió, por muchidumbre de ſus rebeliones, ſus niños fueron en captividad delante anguſtiador.

Los que a ſus pies ſe poſtraron,
Quando la verdad ſiguian,
Por ſu cabeza ſe alçaron,
Y al compaz, que les temian,
Soberbios, les deſpreciaron,

Como arrogante leon,
Que aſſiſte en la playa ardiente
Por aſſombro a ſu region,
En el animo valiente,
Valiente en la preſuncion.

Al campo ſale atrevido,
En ſus armas confiado,
Offenſor, y no offendido,
De animales reſpetado,
Y de los hombres temido.

Aquel, que la ſangre humana
Derrama, dexando impreſa
Della la arena Affricana,
Tal vez ſu ſoberbia ufana
Fue de la muerte la preſa.

Al animal, que ſu ſombra
Cauſava eſpanto, y temor,
Ya ſu cadaver no aſſombra,
Mas atrevido ſe nombra
Vencedor del vencedor.

Aſſi mientras Iſrael
La ley divina guardava,
Y el eſtatuto fiel,
El mundo ſe le humillava,
Y ſus Monarcas con el.

Pero deſpues que peccó,
Y con libertad eſſenta
En ſus peccados cayó,
Qual hombre no levantó
La mano para ſu afrenta?

Los que en las guerras paſſadas,
Del enemigo triumphando,
Sus armas vieron colgadas,
Ya con las manos atadas,
Cautivos, paſſan llorando.

Y aun miran con triſtes ojos,
Por más laſtimoſo exemplo,
Que acreſcienta ſus enojos,
La honra del ſanto Templo
De inmundas gentes deſpojos.

Que mereciendo el caſtigo,
Por ſu proceder ingrato;
Toma el Señor por teſtigo
La offenſa del ſanto ornato,
Concedida al enemigo.

Por eſto al niño inocente,
Que en la teta maternal
Su guſto, y ſu vida ſiente,
De la vena natural
Se le impide la corriente.

Furioſamente arrebata
A la madre el dulce peſo
El fiero, que no dilata,
Siquiera al ultimo beſo,
Aquellas vidas, que mata.

Con lagrimas infinitas
Le dize. Porque me dexas
El alma, que alfin me quitas?
Y, ſin piedad, tantas quexas
(Matandome) no limitas?

Los quadros, y variedad
Del bien medido jardin
Davan, con ſu adverſidad,
Exemplo de la verdad,
Que todo paſſa a ſu fin.

Los Principes, cuyo engaño
Fue cauſa de ſu caſtigo,
Cautivos lloran ſu daño;
Perdidos, como el rebaño,
Que no conoce ſu abrigo.

Balando, entre ſu dolor,
Dieron furioſos bramidos,
No por amor, por temor,
Mas no le dieron oydos,
Y no los oye el paſtor.

Y el lobo, que ſe valio
Del deſamparo, que avia,
D'entre los boſques ſalio,
Haziendo, en los que mató,
Exemplo de ſu ozadia.

Los poderoſos, que ayer
Iuzgavan la plata, y oro
De, más que humano, poder;
Apenas pueden hazer
Oy de ſu llanto el tezoro.

Que el hombre, quando proſpera,
Si no paga el beneficio
A quien el bien remunera;
Su miſma gloria es indicio
De los caſtigos, que eſpera.

Y ſi al pobre, que le obliga,
Con laſtimoſa aflicion,
Porque ſu piedad conſiga,
Negáre la compaſſion,
La niega quien le caſtiga.

Que ſi al gentil no le offende
El juſto cielo, aunque mira,
Que en ſus preceptos no entiende,
Verdugo le haze en ſu ira,
Porque ſu pueblo ſe enmiende.

El, que en ſus carros, apenas,
Siguia ocioſo exercicio:
De voluntades agenas
Cautivo, en ſervil officio
Arraſtra duras cadenas.

El, que del ſol ſe offendia,
Y la inclemencia del cielo,
Ni, entre regalos, ſufria;
Agora, en la noche, y dia,
Padece el calor, y el yelo.

No tuvo mayor tormento
La tirania inventado
Del Imperio más violento,
Que no ſea, en un momento,
Por obras executado.

El criado, aſta el ſeñor,
El Principe, aſta el villano,
Por aumentar ſu rigor,
Les ſeñala con la mano,
Burlando de ſu dolor.

Y aun otra afrenta no tarda
Al miſerable, que llora,
Y ſolo la muerte aguarda;
Diziendo. Do eſtá tu guarda,
Que no te ſocorre agora?

Y como el honor ſe mengua,
Quanto ſe aumenta el agrabio,
Para ſu afrenta, y ſu mengua,
Articúla inmundo labio,
Lo que no cabe en la lengua.

Eſcucha, mas no reſponde
El afligido, y quiſiera
Huyr, y no ſabe donde:
Mas, pues refugio no eſpera,
Dentro en ſi miſmo ſe eſconde.

Que de ſuerte la triſteza,
(Aunque la muerte no tema)
Derribó ſu fortaleza,
Que ni mover la cabeza
Puede al traydor, que blasfema.

O pueblo, en tu devaneo
Engañado, y perſuadido,
En juſto eſtremo te veo;
Si errores de tu deſeo
Tus glorias an offendido!

¡Y el Señor, que eſcucha alli
Su blaſfemia, y no ſe offende;
Callando te dize aſſi.
Pues yo te é ſufrido a ti,
Lo ſufro a quien no lo entiende.

Acordoſe Ieruſalen de dias de ſu aflicion, y de ſus rebeliones, de todas ſus coſas cudiciables; en cayer ſu pueblo en mano de anguſtiador, ſin ayudador a ella, vieronla enemigos, eſcarnecieron ſobre ſus ſabados.

Ya ſe á acordado Sion
(Deſpues del paſſado olvido)
Del dia de ſu aflicion,
Siendo la llama el gemido
Del fuego del coraçon.

Conoce

Conoce de error paſſado
El peligroſo camino,
Sin temor ſiempre curſado,
Y del eſtado, a que vino,
Haze la culpa el peccado.

Agora, aunque tarde, mira
Quan bien ſe prophetizava,
O la piedad, o la ira,
Pero ſi necia burlava,
Ya como cuerda ſuſpira.

Oy es ſu culpa el teſtigo
De ſus padres, que pecaron
Sin temor de ſu caſtigo,
Y en las eſpaldas provaron
El peſo de ſu enemigo.

Agora pienſa de Achan
El peccado cometido,
Que pagan muchos, que van
A vencer, y al atrevido
Le condena el capitan.

Como con el Cananeo
Hizo concierto Iſrael,
Pagando ſu devaneo,
Si de Chuſan el deſeo
No humillára Othoniel.

Como, bolviendo a cayer,
Sirvieron al de Moab,
Y, viendoles perecer,
Aod, la Suma piedad
Deſpertó, por les valer.

Como por ver que olvidára
El pueblo la ley, Iabin
Les opprime con Siſara,
Si Iael, del yugo, alfin,
Su cuello no libertára.

Como ſu culpa infinita
Les buelve a ſu perdicion,
En manos del Madianita,
Y el cielo por Gedeon
Vencedor ſu yugo quita.

Pero deſpues que murió
El, que a ſetenta fue padre,
Iſrael idolatró;
Y el hijo de injuſta madre
Setenta hermanos mató.

Mas como al hombre, en el bien,
La recompenſa no falta,
Como en el yerro tambien,
En ſu caſtigo ſe exalta
El morador de Sichen:

Bolviendo a ſu confuſion,
Y ſu blasfemia adorando,
Entre los hijos de Amon;
Alcanſaron, ſuſpirando,
De ſus yerros el perdon.

Y Iepte publica el voto
En la vitoria aplazada,
De aquel encuentro remoto,
Y la execucion le agrada,
Más, que piedoſo, devoto.

Bolviendo el pueblo a peccar
Al Philiſteo humillado,
El fuerte vio levantar,
Que, por quererſe vengar,
De ſi miſmo ſe á vengado.

Agora, en ſu daño, advierte,
Que la culpa antiguo fuero
Recompenſó de tal ſuerte,
Que della, al hombre primero,
Nacio la primera muerte.

Y muerto, entre ſu delito,
Deſprecia el hombre lo bueno,
En el abiſmo infinito,
Corriendo el fiero appetito,
Como cavallo ſin freno.

Cególes la vanidad,
Que en ſu coraçon vivia,
Contraria de la verdad,
Y, quando alumbrava el dia,
Negavan ſu claridad.

Sin recelo de ſu daño
Iuzgavan,de cauſa agena,
Prophetico deſengaño:
Era ſu alivio el engaño,
Y el deſengaño ſu pena.

Hizieron del proprio guſto
El idolo, aquien ſervieron
Con zelo, porque era injuſto;
Mas,como al cielo offendieron,
Les offendio como juſto.

Pero ſi ſolo el caſtigo
La deſpreciada verdad
Buelve en el mundo a ſu abrigo:
Priſion es la libertad,
Remedio es el enemigo.

Peccado peccó Ieruſalen, por eſto por movimiento fue, todos ſus honradores la menoſpreciaron, que vieron ſu verguença: tambien ella ſuſpira y bolvioſe a tras.

Peccado peccó Sion,
Porque fue más que peccado
Su fea abominacion,
Que el peccado es perdonado,
Mas al ſuyo no ay perdon.

Derrama la ſangre humana,
Offende al más inocente,
Pecca en la tarde, y mañana;
Su vida es ya tan doliente,
Que en ella no ay parte ſana.

Mira a Cetin, y Chedar
(Dize el Señor en ſu olvido)
Y el más eſtraño lugar
Sus dioſes, que no lo an ſido,
Iamás quiſieron mudar.

Mi pueblo trocó ſu gloria,
Formando en el culto vano,
En mi olvido, ſu memoria,
Y en obras de propria mano
Hizo mi offenſa notoria.

De ſu precioſo atavio
La donzella no ſe olvida,
Al mar reconoce el rio,
Y olvidaſe el pueblo mio
De mi, que ſoy propria vida.

Buſcad, y ved ſi ſe ve,
En los campos de Sion,
Donde mi viña planté,
En tantos, juſto un varon,
Que yo la perdonaré.

Vereis que la incauta dueña
Amaſſa tortas, que el ciego
Gentil, en ſu daño, enſeña;
Los hijos cogen la leña,
Los padres ſoplan el fuego.

La vida, y muerte le puſe,
(Porque eſcogieſſe) en ſu mano,
Y en ſanta ley le diſpuſe,
Apartando, de ſu hermano,
El hermano, que antepuſe.

Yo lo dixe antes que fueſſe,
Como lo dixe ſe vio,
Porque mi gloria ſe vieſſe,
Y el hombre no me dixeſſe,
Mi idolo me engañó.

Preguntele aquien humilla,
(Penſando que ſe mejora)
En mi offenſa ſu rodilla,
Si alcanſa la maravilla,
Que yo le deſcubro agora.

Yo ſoy, que digo, y que quiero,
Todo ſoy, y en todo eſtoy,
Y mi aviſo es verdadero,
Que como primero ſoy
Yo ſe lo è dicho primero.

En ſangre, que derramaron,
Han hecho acercar ſus daños,
Y en idolos, que adoraron,
Su deſprecio en los eſtraños,
Quando ſu error caſtigaron.

Viendo a mi pueblo perder,
Qual padre quiſe advertir
Su deſcuydo, y ſu dever;
Canſado ya de ſufrir,
Y ellos no de me offender.

Su ceruiz qual hierro duro,
Su frente como el metal;
Penſaron que en ſanto muro,
Cometiendo todo el mal,
Su bien eſtava ſeguro.

Quando penſé ſocorrellos
Llamaron quien no eſcuchava,
Quiſe olvidarme, y perdellos;
Y el mal, que me laſtimava,
Fue deſpues venganſa en ellos.

Alli, por alto miſterio,
Provó los fieros rigores,
Que mira en ſu vituperio,
El alma entre ſus dolores,
Y el cuerpo entre el cautiverio.

Llamó, para que eſcuchaſſe
Alguno lo que ſentia,
No alló quien la conſolaſſe;
Mas quien, burlando, formaſſe
De ſu pena ſu alegria.

Abatida, y deſechada,
Entre caſtigo, y recelo;
Offendida, y afrentada,
Bolvio los ojos al cielo,
A quien ſolo el llanto agrada.

Señor, le dize, ſi an ſido
Solo en tu offenſa mis años,
Perdon de mi error te pido:
Creyendo que mis engaños
Son en mis males tu olvido.

Que en eſte profundo mar
Del peccado, en que me veo,
En ti ſolo puedo allar
El puerto de mi deſeo;
Donde me pienſo ſalvar.

Hiziſte piedad conmigo,
Y tu caſtillo, Señor,
Me entregaſte, como amigo,
Pero yo, como un traydor,
Di la entrada al enemigo.

La voz, que me reprendia,
El zelo, que me obligava,
Ingrata, no conocia:
Tu ley divina olvidava,
La ley del mundo ſiguia.

Creî que no me llamáras
A tus juizios jamás,
Mas mi peccado olvidáras;
Y en la de Lot no moſtráras
Lo que era bolverſe a tras.

Su mano eſtendio anguſtiador ſobre todas ſus coſas codiciables, porque vio que gentes entraron en ſu Santuario, que encomendaſte que no entraſſen en compaña a ti.

Entró con armada mano
El enemigo inſolente,
Y, con furor inhumano,
Al viejo offendio por cano,
Y al niño por inocente.

En triſte ya ſe refuelve
Aquella imagen ſerena,
En que, obligada, ſe buelve;
Pues quanto el cuchillo abſuelve,
El fuego ayrado condena.

Ya los tezoros Reales,
O fiero, en tus manos tienes,
Que por los miſmos umbrales,
Que ſuelen entrar los males,
Se ſuelen ſalir los bienes.

Si el

Si el Rey te los enſeñó,
A quien el ſol, por ſeñal
De ſu vida, a tras bolvio;
El exemplo deſte mal
Ya del Propheta eſcuchó.

En el ſecreto lugar,
Con temeraria oſadia,
Entraſte, ſin reſpetar,
Que en el no podia entrar
Más que un hombre, y más que vn dia.

Poco el rigor ſe dilata
En los hermoſos pilares,
Que guarnecidos de plata,
Con centellas a millares
Deshaze la llama ingrata.

En el medio el incenſario,
Accion de gracias llamado,
Por el favor ordinario
De elementos; el contrario
Lleva a ſu campo robado.

Las ſiete luzes, que ardian,
Y, ardiendo, repreſentavan
Los aſtros, que ſe movian;
Entre deſpojos llevavan
Los que ſu ſer no entendian.

El bazin, que por limpieza
Dieron las dueñas zeloſas,
Retratos de ſu pureza,
Entre las armas furioſas,
De impura gente es la preza.

Aquella ropa ſagrada,
Señal del mundano clima,
De colores matizada,
De injuſta mano tocada,
La lleva quien no la eſtima.

No es eſta la ſeca vara,
Que del officio, que eſpera
Aron, ſu flor le declara;
Que ſi en virtud floreciera
El tiempo no la ſecára.

Los vaſos, que miniſtraron
Del Templo el ſagrado officio,
Inmundas gentes robaron,
Por caſtigo, y por indicio
De los que mal les guardaron.

Aquel olor, que ſubia,
Quando la luz començava,
O quando acabava el dia,
El humo era, que quedava
De quanto la llama ardia.

La meza, donde la offrenda
Era alos meſes igual,
Haze el gentil que ſe encienda:
Sacando, de tanto mal,
A deſcuydados enmienda.

La victima, que en el vicio,
En la ſalud, o loor,
Hazia el cielo propicio;
Agora es, del peccador,
Su ſangre en el ſacrificio.

Eterno Ser, pues es cierto,
Que quanto diſpone, o pienſa
El hombre, te es deſcubierto,
Traçando la recompenſa,
Te acuerda de tu concierto!

Mira el lugar, que as honrado,
Por tu Palacio eſcogido,
Del Babilonio abrazado;
Vfano de aver vencido
Tu pueblo por ſu peccado.

Con temeraria inſolencia,
De tu ley divina, y ſanta
Se burlan, en tu preſencia:
Y, ayrados, no los eſpanta
El temor de tu potencia.

Conoſcan, alfin, Señor,
Que ſufres ſu atrevimiento,
Por cauſa de nueſtro error:
Y vean, en ſu eſcarmiento,
Efetos de tu temor.

Todo ſu pueblo ſuſpirando, buſcando pan dieron ſus coſas codiciables por comida, para hazer tornar ſu alma; mira Señor, y ve porque fuy vil.

Gemiendo el pueblo afligido,
Que el neceſſario ſuſtento
Le niega, quien le à vencido,
Como a quien falta el aliento,
Se ſuſtenta en ſu gemido.

Al, que en abundante meza,
Con exceſſivo apparato,
Gozava de ſu grandeza,
Le offrece ſu pena el plato
Del manjar de ſu triſteza.

Los vaſos, donde eſculpia,
Con arte, prolixa mano,
Que a la materia excedia,
Eran el barro villano
Al que, afligido, bebia.

Y ſi, anhelando, tocava
El breve humor con el labio,
El fiero ſe lo embidiava;
Y, por aumentar ſu agrabio,
Del labio ſe lo quitava.

Los inſtrumentos, que hazian
El más acordado accento,
Que el ſentido ſuſpendian,
Eran el duro inſtrumento
De ſus cadenas, que oîan.

El niño, que no ſe atreve
Formar el debil ſuſpiro,
Como ſu aliento es tan breve,
Come ſu miſmo reſpiro,
Sus miſmas lagrimas beve.

La madre, viendo cerrar
La luz a ſu miſma vida,
Su ſangre quiſiera dar;
Si, con ſu ſangre vertida,
Diera a ſu vida el lugar.

Si alguna joya eſcapó
Del fuego, o mano inſolente,
Que, cautelada, guardó;
Con ſu precio, al inocente,
La amada vida compró.

El viejo, que no le dexa
Mover ſu edad, ni el eſpanto,
En ver que del bien ſe alexa,
Riega ſus canas de llanto,
Y en el refiere eſta quexa.

Mil vezes dichoſo à ſido
Quien, de la eſpada ſangrienta
Del enemigo, offendido,
Borró con eterno olvido,
Entre ſu ſangre, ſu afrenta.

Ni vio, con ſu adverſidad,
El termino más cruel
De la tyrana impiedad,
Traçando injuſta piedad,
Por ſolo vengarſe del.

O mal fundado deſeo!
Quanto mejor lo empleára
En eſte fin, que deſeo;
Porque con el eſcuſára
Los males, en que me veo.

Si la vida es ſombra, y viento,
Y, la que es más dilatada,
Se reſuelve en un momento;
El, que pretende eſte nada,
Suſpira por ſu tormento.

Que el Propheta, que eſcuchó
Tan cerca aquel ſon divino
De los preceptos, que oyó,
Aunque anduvo en ſu camino,
En ſu camino murio.

La tierra vio prometida,
No puſo la planta en ella:
Fue la intencion conocida,
De darle el Señor la vida,
Que no pudieſſe perdella.

Quien, como necio, no advierte
Lo que dexa, o lo que alcanſa,
En eſte error ſe divierte;
Ni ve que la vida canſa,
Como deſcanſa la muerte.

Que, del dia, que nacemos,
A nueſtro fin caminamos,
Entre diverſos eſtremos;
Y, lo que más pretendemos,
Eſſo, más preſto, dexamos.

Señor, pues miras la afrenta
De tu pueblo, y tu ciudad,
Con lo viſto te contenta;
Y en ſus ruinas aſſienta
Los fueros de tu piedad.

La torre,que,en medio della,
Mi amado me fabricó,
Fue la caza ſanta,y bella,
Y, ſin merecerla yo,
Quedé perdida en perdella.

El bien fundado lagar,
Tan firme en mi beneficio,
A ſido el ſagrado altar,
Donde ſe vio derramar
La ſangre por ſacrificio.

Y viendo que mi peccado
El fruto era de mi guſto,
Con juſta razon ayrado
El Señor,como es tan juſto,
Con ira me à vendimiado.

De Canaan é procedido,
Siendo Amorreo mi padre,
Que eſte bien no à conocido,
Y,como Hetea mi madre,
Entre inmundicia é vivido.

Bolvio mi tiempo de amor,
Y el, que deſnuda me vio,
Me cubrio de ſu favor;
Y de precioſo valor
Ioyas, y prendas me dio.

La diadema, que ſegura
Creîa que eſtava en mi,
La ſeda, y la bordadura,
Hizieron bolverme aſſi,
Confiada en mi hermoſura.

De mis veſtidos tomé,
Y de diverſas colores
Mis altares fabriqué,
Y fuy tras mis amadores,
Y el verdadero dexé.

Fuy para mi tan cruel,
Que ſolo aquien me offendia
E ſido amante fiel,
Y el don, que a mi me devia,
Yo miſma le é dado a el.

Y quando el Señor llamava
El, que, temblando, le oîa,
En la çarça ſe moſtrava,
Y, aunque toda en fuego ardia,
El fuego no la quemava.

Si a los tres el horno ardiente
Aun no tocó ſu veſtido,
Siendo un portento a la gente;
Su fuego no les conſiente
Ser de otro fuego vencido.

Quando el Propheta pidio,
Por ſu verdad, la ſeñal,
Al punto deſengañó
Al que adorava a Baal
El fuego, que deſcendió.

Viendo el Señor acabada
La obra del ſanto Templo,
Y el Arca ſanta llevada,
Del ſabio Rey, por exemplo,
La humilde oracion le agrada.

Moſtrando quanto eſtimava
La offrenda del juſto ruego,
El fuego la arrebatava;
Y con temor de aquel fuego
El ſacerdote no entrava.

Y aſſi de vna calidad
El efeto es differente:
Pues dá vida a la verdad,
Y mata, como al preſente,
El que vive en ſu maldad.

En mi camino engañoſo,
Viendo tan libre paſſar
Mi paſſo preſumptuoſo,
Su red eſtendio en lugar,
En que fingi mi repoſo.

Que ſi paloma bolára,
Y con ſus alas ligera
Al cielo me levantára,
La red no me detuviera,
Ni, entre ſus lazos, quedára.

Y aſſi pagué mi porfia,
Llorando el bien, que perdi;
Sin penſar lo que perdia:
Aſta que el cielo, algun dia,
Se quiera acordar de mi.

Fue ligado yugo de mis rebeliones en ſu mano; enramaronſe, ſubieron ſobre mi ceruiz, hizo caer mi fuerça, diome el Señor en mano de quien no podre levantarme.

Con vigilancia, y cuydado
Traçó el Señor mi caſtigo,
Offendido en mi peccado,
Que fue mi proprio enemigo,
Dentro en mi miſma engendrado.

El yugo de ſu rigor
Me hechó, juſtamente, al cuello,
Para penſar en mi error:
Pues ſu piedad, y favor
(Por mi mal) no pudo hazello.

Al moço, que en su inocencia
Llevava el peso, esperando
Solo la mortal sentencia,
La vida, humildo, olvidando,
Su vida fue su obediencia.

Quando el cuchillo aguardava
(El coraçon buelto al cielo)
Del padre, que le animava,
Satisfecho de su celo
El Angel se lo estorvava.

Que el, que dichoso, camina
Al monte, aunque en el subio
Dificultad imagina,
Descansa, y buelve a vivir
En la presencia divina.

Quien con soberbia atrevida
Leuanta, arrogante, el cuello,
Y el ser de si mismo olvida,
Alfin muere de un cabello
Colgar su fuerça, y su vida.

Quando más libre viviere
El golpe hará que desmaye,
Que igual desengaño infiere,
Que el uno en su fuerça caye,
Y el otro en el arbol muere.

Y en esta dulçura amarga,
En que, ignorante, apascienta
La vida, que no se alarga,
En sus hombros exprimenta
De su peccado la carga.

Esta fue de mi porfia
La recompensa mejor,
Que a mi culpa se devia;
Que de la noche el horror
Haze más hermoso el dia.

En mi delicia olvidé,
Ingrata, a quien me formó
Del nada, que en mí se ve,
Y alfin quien me castigó
Agora no olvidaré.

Por eſto fue la grandeza,
Con que olvidada é vivido,
La cauſa de mi baxeza,
Y mi eſfuerço, no vencido,
La más vencida flaqueza.

Que ſiendo vano mi intento
Quiſe bolar, no penſando
En mi loco atrevimiento,
Y fue mi gloria bolando,
Aun más ligera, que el viento.

En fiera mano cahî
Que con crueldad me atropella,
Y creo, por lo que vi,
Que para librarme della
No aſſiſte el poder en mi.

Ni puede la flecha ayrada,
Que blanco hizo de mi pecho,
Ser de hombre mortal ſacada,
Que ſolo ſerá curada
Mi llaga de quien l' à hecho.

Piſó todos mis fuertes entre mi, llamó contra mi congregacion, para quebrantar mis mancebos, el lagar piſó el Señor a la virgen hija de Iudá.

Mis Principes, que me honraron,
Mis ſacerdotes perdi,
Que como al Señor dexaron,
Los quiſo apartar de ſi,
Y alfin de mi ſe apartaron.

Ya ſu renombre perdido,
Ya ſu eſtimado blazon
En infamia convertido,
Niegan dezir lo que ſon,
Por no dezir lo que an ſido.

Mas ſi la lengua conſiente
El ſilencio en ſus enojos,
Deſcubren, tan claramente,
Su deſventura en la frente,
Como ſu llanto en los ojos.

Porque la pena mayor,
Diſſimulada un momento,
Quando ſe aumenta el dolor,
Pide refugio al aliento,
Para moſtrar ſu rigor.

Llamó el Señor, en mi daño,
El tiempo, porque vengaſſe,
Con ſu mudanſa, mi engaño;
Y, con exemplos, moſtraſſe
Mi culpa, y ſu deſengaño.

Que como en guſtos vivia,
Olvidada, entre el contento,
De lo que, ingrata, devia,
Llamó lo que no tenia,
Y aſſi llamó mi tormento.

Y viendo que no eſcuchava
La ſanta voz, de que yo,
Como atrevida, burlava,
Llamó quien me deſeava
Lo que en mi daño ſe vio.

Que el dolor, que aflige, y canſa,
No es el caſtigo ordinario,
Que del peccado ſe alcanſa,
Mas el ſufrir la venganſa
Por manos de algun contrario.

Que el, que en las aguas murio,
Obedeciendo al más fuerte
El hombre no le offendio,
Haziendo honrada ſu muerte
La mano de quien le hirio.

Quando contó a Iſrael
El juſto Rey, aunque en eſto
La culpa à nacido del,
Aquel ſuceſſo funeſto
Honroſo fue, no cruel.

Y el Angel viendo offrecer,
De ſus caſtigos alguno,
Prudente quiſo eſcoger
(Si poderoſos) el uno,
Que más moſtrava el poder.

Pone Iob, quando imagina
Que la divina ſentencia
A ſu caſtigo ſe inclina,
En peſo igual ſu paciencia
Con la voluntad divina.

Pero en el punto que entiende,
Que el eſpirito infernal,
Con ſus engaños le offende,
Con la paſſion, que le enciende
Comiença a ſentir ſu mal.

Contra Saul alcanſada
La vitoria, entre el caſtigo,
Para ſu muerte le agrada
De ſu criado la eſpada,
Y no la de ſu enemigo.

Y diſe a Doec. Advierte
Que en eſte plazo preciſo,
De los males el más fuerte
Es ver, que el incircunciſo
Se ade atrever a mi muerte.

Y quando con el temor
No ſatisfaze, admirado,
Al ruego de ſu ſeñor,
El proprio, deliberado,
Fue de ſu muerte el autor.

Mas yo, que con el exceſſo
Venci la culpa más grave,
Más fiero vi mi ſuceſſo,
Que el juez, que todo ſave,
Es quien formó mi proceſſo.

Por eſto apretó el lagar,
Y como ſolo el peccado
Por fruto quiſe lleuar;
Corrio licor, ſin ceſſar,
Por ſangre que é derramado.

Por eſto yo llorosa, mis ojos, ojos deciendan aguas, porque ſe alexó de mi conſolador, que haga reposar mi alma, fueron mis hijos aſſolados; que prevalecio enemigo.

Como el abundante rio,
Que ſe deſpeña a lo llano,
A la ley de ſu alvedrio;
Offreſco el tributo mio
A mi divino Oceano.

Y quando fuere impedida
La corriente en mis enojos,
Del proprio ardor conſumida;
El radical por los ojos
Se ſecará con la vida.

Que como lagrimas ſon
El ſolo refugio en mi,
Temo, que es tal mi paſſion,
Que las niegue el coraçon,
Para vengarſe de ſi.

Porque el tormento mayor,
Que vive en el, que padece
De ſu deſdicha el rigor,
Es penſar, que no merece
Amar ſu miſmo dolor.

Y como tan lexos ſiento
Quien fue refugio a mi pena,
En la fuerça del tormento,
Le agradeſco a quien lo ordena,
El dexarme el ſentimiento.

Los, que llegados ſe ven,
Al termino natural,
Diran conmigo tambien,
Que es mejor ſentirſe el mal,
Que no olvidarſe del bien.

Que, con el mundo encontrado
El cielo, nos teſtifica,
Que el llanto, en humilde eſtado,
Tanto la gloria publica,
Como la pena el peccado.

Y quien mejor ſe apercive,
Huyendo del guſto, quiere
El mal, que alegre recive;
Que el bueno en ſus males vive,
Y el malo en ſus bienes muere.

Que como no obedecio
El hombre al primer precepto,
Tanto en ſus culpas ſufrio,
Que en ſer a ſu fin ſujeto
Su pena ſe moderó.

Mas como el terreſte velo
La viſta del hombre encubre,
No conſidera que el cielo,
Por ſus caminos, deſcubre
La falta, o ſobra de zelo.

Y como, lo que contenta,
Engaña en lo que ſe ve:
El mal, que ſe repreſenta,
No ſe ſupone el porque;
Si bien como ſe exprimenta.

Por eſto, viendo que llevan
Mis hijos gentes eſtrañas,
Los miſmos rigores pruevan,
Con el dolor mis entrañas,
Mis lágrimas ſe renuevan.

Y como à llegado el dia,
Que es mio en el deſengaño;
La fuerça, que no temia,
Acreſcentada en mi daño,
E viſto menguar la mia.

Que gloria tan limitada,
Aun no ſe juzga preſente,
Quando ſe mira paſſada,
Aquella deſamparada,
Porque otra parte ſe aumente.

La otra, donde no lidia,
(Porque en grandeza ſe vea)
Con ſu contrario la embidia,
Ni por poca ſe deſea,
Ni por ſobrada faſtidia.

Estendio Sion con sus manos, no consolador a ella; encomendó el Señor contra Iacob que fuessen en sus rededores sus enemigos, fue Ierusalen por inmunda entre ellos.

Movida de su aficion
Sus manos levanta al cielo.
La miserable Sion,
Mas alla que su consuelo
Sus mismas lagrimas son.

Que como en la despedida
El justo varon publica
Qual es la muerte, o la vida,
En su culpa conocida
Su pena se justifica.

Alli, por su grave yerro,
Que le exaspera su mal,
Entre el dolor, y el destierro,
Se buelve el cielo en metal
La tierra se buelve en hierro.

Alli, por ſu culpa, infiere
Cumplido lo que promete
Al que engañado viviere,
Que, ſi un camino ſiguiere,
Huyendo vendra por ſiete.

Al enemigo ſangriento
El fruto hará que recoja
Del arbol de ſu ſuſtento,
Temblando de oyr la oja,
Que en el ſacudiere el viento.

En pobreza, y deſnudez,
A ſu contrario ſirviendo,
Si le venciere una vez,
Por muchas obedeciendo,
Será ſu parte, y juez.

Verá, en ſu daño preſente,
De lengua mal entendida
Aquella apartada gente,
Que no perdone la vida
Al viejo, ni al inocente.

El

El moſto, el azeyte, y grano
Será, ſin temor, robado
Del vengativo tyrano;
Cogiendo, alfin, lo ſembrado,
Trabajo de agena mano.

Y aſſi deſpues que quedó
Sujeta a las maldiciones
Ieruſalen, que pecó,
Cautivos ve los varones,
Que en ſus regalos crió.

Aquella ciudad, que ſanta
Llamó la voz del Señor,
Con el caſtigo, que eſpanta,
Aun parece que es error
Firmar en ella la planta.

Que ſi el inmundo lo eſtá
Aſta que llegue la tarde,
Adonde ſe limpiara?
Si pide el remedio tarde,
Pues lexos lo tiene ya.

Porque el licor, que limpiava
El hombre, ſi arrepentido,
Por juſta ley, ſe bañava,
En ſangre ya convertido
Otro ſer repreſentava.

Ya ſu imagen verdadera
En otra ſe buelve allí;
Y en eſto ſe conſidera,
Que quien no ſe limpia a ſí,
Al otro como pudiera.

Iuſto es el ſeñor, porque ſu dicho rebellé: oyd agora todos los pueblos, y ved mi dolor, mis virgines, y mis mancebos anduvieron en cautiverio.

La juſticia es mi caſtigo,
Mi culpa quien merecio
La afrenta de mi enemigo,
El cielo en ella el teſtigo,
Y quien la padece yo.

Pues antes que dieſſe el dia
Al Oriente el reſplandor,
Por ſus Prophetas oîa
Aquella voz del Señor,
De que, ignorante, reîa.

Con anſia de ver, qué eſtava,
Qual marmol mi coraçon,
A lo que, amante, eraçava,
Tal vez moſtrava paſſion,
Tal vez della ſe olvidava.

El animal más furioſo
Conoce, por varios modos,
Quien fue a ſu vida piedoſo,
Mas yo, más cruel, que todos,
Negué mi proprio repoſo.

El buey conoce el lugar,
Y ſu peſebre no olvida,
Mas yo, por conſiderar
Quien era mi propria vida,
Mi vida quiſe olvidar.

El lirio del campo é ſido,
Y de los valles la roſa,
Delicias de mi querido,
Diziendo. Viene mi hermoſa,
Que por buſcarte é venido.

Paſſado el invierno duro
Dexó la tierra el nublado,
Y en el, amante, procuro
Que el ſol, con rayo dorado,
Renueve tiempo ſeguro.

La tierra brota ſus flores,
Que en la ſuavidad conbidan
A refirir mis amores,
Con canto los ruyſeñores,
Que entre los ramos ſe anidan.

Yo, que obligada devia
Seguir de ſu voluntad
La gloria, que me offrecia,
Segui, tras mi vanidad,
Errores de mi porfia.

No buela, con tanto eſtruendo,
La flecha, que las eſtrellas
Parece que va ſiguiendo,
Como a ſus vozes huyendo,
Tratava apartarme dellas.

O pueblos, que no entendeis
Qual fue mi proprio rigor,
En eſte eſtremo, que veis,
Yo ruego que me eſcucheis
Las cauſas de mi dolor.

Pues fue mi deſobediencia
De mi maldad el indicio,
Quiſo la eterna clemencia
Executar, en ſu auſencia,
El golpe en mi ſacrificio.

Mis donzellas regaladas,
En poder de dueño injuſto,
Cautivas van, y afrentadas,
Sin ſer del cielo, aunque juſto,
Sus lagrimas eſcuchadas.

Quando rebienta ſu quexa
Del deſmayado reſpiro,
Tanto el alivio ſe alexa,
Que en la mitad del ſuſpiro
El alma, huyendo, la dexa.

Los mancebos, que en valor
Moſtravan pechos altivos,
Humilla un duro ſeñor,
Atados, como cautivos,
Por manos de ſu offenſor.

Señor ſi deſta priſion
Fue inſtrumento el peccado,
Les ſirva, para perdon,
La memoria de otro atado,
Que alcanſó tu bendicion.

Llamé mis amigos, ellos me engañaron, mis ſacerdotes, y mis viejos en la ciudad fueron conſumidos, porque buſcaron ſuſtento para ſi, para hazer tornar ſus almas.

Los amigos, que algun dia
La grandeza celebraron,
Que el cielo me concedia,
Con promeſſas me engañaron:
Pues yo no eſtimé la mia.

En Egipto confiada,
Su ſombra fue mi eſperanſa,
En que cahi reclinada,
Que eſte es el premio, que alcanſa
Quien de la ſombra ſe agrada.

La fuerça de Pharaon,
De Egipto la recompenſa,
Se á buelto en mi perdicion:
Pues el ſe tornó en verguença,
Y la ſombra en confuſion.

Por eſto el peccado vrgente
(Abierta a mi mal la puerta)
En eſte rigor preſente,
Será qual pared abierta,
Que caye ſubitamente.

En mis cavallos penſava
Que huyr pudiera aquel daño,
Que el Babilonio ordenava;
Mas yo corria en mi engaño,
Y el en mi daño bolava.

Tanto mis hijos temieron
El atrevido gentil,
Quando ſus armas ſintieron,
Que huyendo del uno mil,
De cinco todos huyeron.

Mis ſacerdotes pidiendo
El ſuſtento a ſu flaqueza,
Solo en ſu mal reſpondiendo,
Faltó ſu naturaleza,
Entre ſu llanto muriendo.

Los viejos, ya ſin temor,
Gritavan, porque ſe oyeſſe
Aquel hambriento rigor;
No allando quien reſpondieſſe,
Más que ſu afrenta, y dolor.

Aquel confuſo gemido,
Entre la pena mortal
Meſclado, y mal entendido,
Dava evidente ſeñal,
Que eſtava el cielo offendido.

Que la fiera libertad,
Con que el contrario offendia
Todo ſexo, y toda edad,
Sin refrirla, dezia
Del cielo la voluntad.

Que quando alivio procura
Al alma más afligida,
Con el milagro aſſegura
El agua en la piedra dura,
Y en el ayre la comida.

Lleua al Propheta el ſuſtento
El paxaro, y no le toca;
Siguiendo ſu mandamiento
Quien al paſto más violento
Iamás perdonó ſu boca.

Que quanto a la viſta humana
Parece más encontrarſe,
La Mageſtad ſoberana,
Por ſolo manifeſtarſe,
Con ſus milagros allana.

Y ſi caſtigar pretende
Al hombre, cauſa ſu mal
Quien menos pienſa que offende,
Que el más humilde animal
Contra el Egipcio deſciende.

Pues fue ſu offenſa mi intento,
El cielo en mi culpa ayrado,
Por ſu gloria, y mi eſcarmiento,
Al hombre ha hecho inſtrumento
De caſtigar mi peccado.

Ve Señor que anguſtia a mi, mis entrañas ſe abra-
zaron, rebolviaſe mi coraçon entre mi; que rebel-
lando rebellé, que en la calle mató la eſpada, y en
caza como la muerte.

Ve Señor que atribulada,
Entre tan grande aflicion,
Del mundo deſamparada,
Arraſtro, en mi confuſion,
Eſta cadena pezada.

Llamé, para ſocorrerme,
Al hombre, y como engañava
Huyó, ſin poder valerme,
Y el idolo, aquien llamava,
Qual tronco deſcanſa, y duerme.

Que quien al ſordo le pide,
Quien habla a quien no reſponde,
Mal con lo juſto ſe mide:
Pues pide remedio, donde
Su miſmo remedio impide.

Y aſſi contenta, eſtimando
La cauſa de mis enojos,
Por ti, Señor, ſuſpirando,
Serás deſcanſo a mis ojos,
Porque deſcanſe llorando.

Mira tu, como piedoſo,
Mi eſtado, y ſea el olvido
De mi culpa el fin dichoſo,
Pues en mi pena, o repoſo
El miſmo efeto ás tenido.

Si en la anguſtia, que ay en mi,
Padeces lo que padeſco,
Pues de tu boca lo oî,
Obra tu, Señor, por ti
Lo que por mi no mereſco.

Mi vientre en eſte dolor,
Por mi peccado afligido,
Entre la anguſtia mayor,
Haze ſu ecco el gemido
Del centro de ſu rigor.

Mi coraçon deſmayado
Los miembros no favorece,
Dentro en mi miſmo aſſombrado,
Y ſon como inutil prado,
Que el cielo no le humedece.

Que en tanta perturbacion
No veo en mi parte eſſenta
Del golpe de mi paſſion,
Al compaz, que la exprimenta
Mi afligido coraçon.

De fuera derriba, y mata
La eſpada, y no ſe divierte
Quando ſu furia dilata;
De dentro al alma retrata
Su miſmo eſpanto la muerte.

Pues tu la mia no quieres,
Y ves que afligida eſtoy,
Señala en mi tus poderes:
Olvidado de quien ſoy,
Y acordado de quien eres.

Como, Señor, como tarda
Aquel alivio a la pena,
Que quien te conoce aguarda?
O tu piedad no me guarda,
Aunque mi error me condena?

Tu mano en mi bien no estrecha,
Tu compassion, como agora,
Quien tanto amava, deshecha?
Saliendo tu ayrada flecha,
Solo en mi mal vengadora.

Benino un poco suspende
La fuerça de tu justicia,
Que si tan justa pretende
La paga de mi malicia,
Más me regala, que offende.

Si executára el castigo
El que te conoce a ti,
No dixera como digo,
Que te acordasses de mi,
Castigando a tu enemigo.

Oyeron que ſuſpirava yo, mas no conſolador a mi, todos mis enemigos oyeron mi mal, agradaronſe porque tu lo hiziſte, truxiſte dia que apregonaſte, y ſean como yo.

Oyeronme que gemia,
Y, oyendo, no ſocorrieron
El grave mal, que ſentia,
Antes nacio ſu alegria
De mis clamores que oyeron.

Iuzgavan la mageſtad,
La gloria de mi quietud,
Por ſu miſma adverſidad;
Agora es mi enfermedad
La cauſa de ſu ſalud.

Que viendome ſocorrida,
Señor, de tu ſanto abrigo,
Embidiada, y no offendida,
Siempre é ſido combatida,
Mas no pudieron conmigo.

Pues tu palabra jamás
Puede faltar, ni tu zelo,
Aunque agora ayrado eſtás,
Del más apartado cielo
A ti me recogerás.

Que, alfin, de tu ſantidad
Hiziſte al mundo el exemplo,
Para ſeguir tu verdad,
Siendo ſanta tu ciudad,
Tu ley ſanta, y ſanto el Templo.

Deſto no á ſido ocaſion
El proprio merecimiento,
Mas voluntaria eleccion;
Y aſſi deſte fundamento
Te pido, humilde, el perdon.

Que ſi eſperares de mí
Que lo merezca, bien ſe
(Pues de cerca te offendí)
Que ſi más lexos de ti
Tanto más te offendere.

Traerás

Traerás el dia, que ſea,
Con tu piedad, en mi llanto,
El bien, que el alma deſea,
Y vea tu Templo ſanto,
Donde mi refugio vea.

Entonces el triſte accento
De nueſtras lamentaciones,
Mirando el dichoſo aſſiento;
Seran ſuaves canciones,
Efetos del gran contento.

Los que me an hecho llorar
Sufran igual recompenſa,
Con el caſtigo exemplar;
Que no ſe ade gloriar
El más ſublime en tu offenſa.

Que el, que al hermano mató,
(Aunque en acto tan cruel)
Tu mano le ſeñaló,
Y quien le dio muerte a el
Siete vezes lo pagó.

Que ſi tiró deſcuydado,
Y aun induzido a tirar,
Tu precepto à quebrantado,
Aunque penſó deſculpar
Con uno el otro peccado.

Si el enemigo cruel
Me offendio por voluntad,
Tu furia executa en el,
Pues quien offende a Iſrael,
Offende a tu Mageſtad.

Pues tu penetras, Señor,
Lo más profundo del hombre,
Eſcucha nueſtro clamor:
Para que exalten tu nombre
Mis hijos en tu loor.

Venga toda ſu malicia delante ti, y obra a ellos como obraſte a mi por todas mis rebeliones: porque muchos ſon mis ſuſpiros, y mi coraçon dolorioſo.

El mal, que en mis hijos ſiento
(O mi divina eſperanſa)
Deſpierte tu ſentimiento:
Porque ſea el eſcarmiento
Efeto de tu venganſa.

Acuerdate, que, atrevido
El gentil, no à perdonado
El lugar más eſcondido:
Y como me à vendimiado
Tu le vendimia offendido.

Entre la rabia ſangrienta,
Su ſangre alfin derramada,
Su llanto ſea ſu afrenta:
No perdonando la eſpada
A la quietud más eſſenta.

En ſu daño ſe reſuelvan
Los más fieros ſeñorios,
Que ſus maldades no abſuelvan;
Y, en el inſtante, ſe buelvan
Sus muros, como los mios.

La ſangre, que, juſtamente,
Clama en tu juſto caſtigo,
Pues tu bondad lo conſiente,
Sea la parte, y teſtigo
Contra el contrario inſolente.

Quando en quietud deſpreciare
(Fiado en ſoberbio Imperio)
Quien ſu ruina intentare,
Por tu divino miſterio
Su muerte no ſe repare.

En ſu cabeza, offendida,
Conoſcà el miſmo rigor,
Que padeci combatida,
Pagando, con propria vida,
La cauſa de mi dolor.

Sus hijos pidan piedad,
Furioſo el hombre la niegue,
Cruel para ſu crueldad,
Y, fiero, al cuchillo entregue
La más inocente edad.

El honor de ſus donzellas
Sea a ſoldados deſpojos,
Sin laſtima de offendellas,
Y ſangre broten ſus ojos,
Sin ſer la defenſa en ellas.

Y viendo en ſu amada prenda
El triſte eſpoſo ſu agrabio,
En tanta paſſion ſe encienda,
Que, ſin moverſe ſu labio,
Su miſma muerte pretenda.

Con rigor, que al mundo eſpante,
El hijo, que infame nace
A la madre, en el inſtante
El enemigo arrogante
En piedras lo deſpedace.

Como ſuſpiro, ſuſpire,
Y llore, ſi lloro yo:
Ni, en ſu tormento, reſpire;
Y quien no lo concedió
Envano a remedio aſpire.

De reyno, que no conoze,
El yugo ſufra pezado,
Que la piedad deſconoze,
Y los renuevos ſe goze,
Que en ſu trabajo á ſudado.

El fiero, que me á deshecho,
Haziendo en mi tal eſtrago,
Sin ablandarſe ſu pecho,
En ſi miſmo vea el pago,
Que en mis entrañas á hecho.

Tu, Señor, no lo perdones,
Exalta tu nombre en el,
Y tus ſantos eſquadrones
Conduſgan, en ſus legiones,
El caſtigado Iſrael.

LAMENTACION SEGVNDA.

Como hizo eſcurecer en ſu furor el Señor la hija de Sion, hizo echar de los cielos a tierra hermoſura de Iſrael, y no ſe acordó del eſtrado de ſus pies en el dia de ſu furor.

CVbierta eſtá de Sion
La hermoſura, con el velo
Formado de ſu aflicion;
Que quanto le cubre el cielo,
Deſcubre ſu confuſion.

El ſol, que el rayo eſtendia,
Cuya luz, reſplandeciendo,
Ningun objeto impedia,
Hizo el Occaſo en naciendo,
Pues todo es noche ſu dia.

Nadie ſe atreve a juzgar
De ſi miſmo, entre el eſpanto,
Ni de ſu proprio lugar:
Pues ciega a la viſta el llanto,
Y al alma el imaginar.

Que como es imagen triſte
El peccado, y la luz pura
Solo en la virtud conſiſte;
Lo que mira es la figura,
Que dentro en ſi miſma aſſiſte.

No es eſta la nube ſanta,
Que quando Iſrael ſalia
De Egipto, ſe le adelanta;
Que ſi una es piedad, que guia,
Otra es caſtigo, que eſpanta.

No la que al juſto apparece
En el altar, donde olvida
Su ſer, que otro ſer merece,
Que ſi ella offrece la vida,
Agora la muerte offrece.

No la que en globos llevava
Tan eſtimados olores
Al cielo, donde bolava:
Que eſta juſtos ſeñalava,
Y eſtotra los peccadores.

Que al punto, que la verdad
Pierde en el hombre el abrigo,
Porque amparó ſu maldad,
Lo que es ſeñal de piedad,
Queda ſeñal de caſtigo.

Si defiende Pharaon
A Iſrael el ſacrificio,
Que pide el ſanto varon,
La eſcuridad dava indicio
De ſu fiera obſtinacion.

Quando el ſol reſplandecia,
Y el pueblo en la luz formava
Efetos de ſu alegria,
Ciego el gentil no mirava
La luz del dia en el dia.

Que ſi el grande reſplandor,
Entre lo eſcuro, declara
La voluntad del Señor,
Oy que la culpa es tan clara,
Fue la eſcuridad mayor.

Por ella vio ſu hermoſura
Sion, que el mundo embidiava,
Cubierta de niebla eſcura;
Del cielo la ſanta hechura
De ſus contrarios eſclava.

Y viendo, que libre yerra,
Su dueño, con ſanto zelo,
Su gloria della deſtierra:
Y ſiendo tierra del cielo,
Del cielo caye a la tierra.

Por infinitas ſeñales
Se acabó la gloria altiva,
Quando empeçaron ſus males,
Secandoſe las canales
De la fuente de agua viva.

Aquel humor abundante,
Que el ſanto jardin regó,
Se vio bolar, al inſtante,
Con la gloria cohabitante,
Al lugar donde ſalió.

Ya de la flor infinita
La belleza, y la color
Queda por tierra marchita;
Porque ſu tiempo limita
La auſencia del ſanto humor.

El cuydadoſo Ortelano,
Deſpues de averle llamado
Delicias de propria mano,
La dexó libre al tyrano;
Siendo tyrano el peccado.

Y al punto, que procuró
El efeto a ſu venganſa,
De aquel lugar ſe vengó,
Donde ſus pies deſcanſó
Quien con vengarſe deſcanſa.

Y ſin mirar, offendido,
Donde aſſiſtia ſu gloria;
El plazo más eſcondido,
Amando fue ſu memoria,
Y, aborreciendo, ſu olvido.

Deshizo el Señor, y no apiadó a todas moradas de Iacob, derrocó con ſu ſaña fortalezas de la hija de Iudá, hizo llegar a tierra, humilló reyno, y ſus ſeñores.

El Señor precipitó
Las prendas más eſtimadas,
Que en Iſrael eſcogio,
Y de Iacob las moradas,
Con el caſtigo, olvidó.

Ya lo ſublime, y lo hermoſo,
Que al alma humilde offrecia
Dulce medio, y fin dichoſo,
Es muerte de ſu alegria,
Sepulchro de ſu repoſo.

La torre ſin fundamento,
Que el morador de Babel
Levanta, derriba el viento:
Y, pues no vio ſu eſcarmiento,
Verá ſu caſtigo en el.

Que no advirtiendo Sion
En la ruina mortal,
Que cubrio ſu confuſion;
Efetos del viento ſon
Los que deſcubren ſu mal.

Tu fortaleza ô Iudá,
Ya ſin fuerça, y ſin abrigo,
Poſtrada por tierra eſtá,
Que hiziſte el cielo enemigo,
Y a tu enemigo la dá.

Es de ſu furia la vara,
Y a caſtigarte le obliga
Quien, por ſu voz, te declara,
Que ſolo a ti te caſtiga
Quien con ſu eſcudo te ampara.

Mira aſſolado, y perdido
Tu reyno, ciudad, y Templo,
Y ſea exemplo a tu olvido,
Verás que puede el exemplo
Lo que tu error no à podido.

Aprende, en la tempeſtad,
A temer en la bonanſa
Prevenida adverſidad,
Veràs que en la mar deſcanſa
La nave de la verdad.

Que en pielago tan incierto,
Donde el hombre deſatina,
Medio vivo, y medio muerto;
Si en eſte baxel camina,
Vence las ondas, y el puerto.

Y quando turbada, y ciega
La viſta entra en el abiſmo
Del mal, donde no ſoſſiega,
En las olas de ſi miſmo
El hombre incauto ſe anega.

Y ſiendo al punto llegado
De miſerable, o dichoſo,
Verá que el ſublime eſtado
Es tanto más peligroſo,
Quanto mayor ſu cuydado.

Porque la humana prudencia
Pierde, en ſu gloria, el temor,
Y la verdad con ſu auſencia:
Que del temor la ſciencia
Es la ſciencia mayor.

Y dixo el Señor aſſi.
Tu bien, ô pueblo, y tu daño
En tu alvedrio te di;
Tu bien en ſeguirme a mi,
Tu mal en ſeguir tu engaño.

Mi mano eſtendi, llamando
Deſde el pequeño aſta el viejo,
Sus yerros repreſentando:
Mas fue mi vara el conſejo,
Que no eſcucharon, burlando.

Quando del arco deſpida
La flecha de mi furor,
Le dixe, y piedad me pida,
Será, dilatar la vida,
El dilatarſe el dolor.

Entonces me llamareis
O Principes de Iudá,
Y, tarde, conocereis,
Que mi eſpada os allará,
Quando a mi no me allareis.

Que vueſtro olvido fue tal,
Tan inmunda vueſtra vida,
Que es ſombra della eſte mal;
Y fuera eterna la herida,
Si fuera al peccado igual.

Y pues vueſtras ſinrazones
Dieron ſujeto a mi furia,
Servid a eſtrañas naciones,
Pues eſſas duras priſiones
Me ſirven en vueſtra injuria.

La que ſana, y la que hiere,
La que mata en la maldad,
La que dá vida al que muere,
Y con poder lo que quiere,
Es ſu querer ſu piedad.

Que pues la tierra fundó,
Y el cielo, para ſu nombre,
Como infinita, midió;
Que fuerça vive en el hombre
Que con ſu muerte murio?

Eſta humilla, eſta ſublima,
El mas alto, el que es menor,
Y le deſprecia, y le eſtima;
Eſta acovarda, eſta anîma
Al vencido, al vencedor.

En ſcetro buelve el cayado,
La coroma en ſujecion,
En deſierto lo poblado,
Y es al relox de Sion
La mueſtra de ſu peccado.

La eſpada, que un tiempo heria
El arrogante enemigo,
Y con furor le offendia;
Oy es el miſmo caſtigo
Del pueblo, que defendia.

Porque la ſed del tyrano
Mirando en la ſangre hartarſe
De Iacob, que llora envano;
El Señor, para vengarſe,
Permite eſconder ſu mano.

Su dieſtra es la, que defiende,
De los contrarios al juſto,
Cuyos deſignios entiende;
Y caſtigando al injuſto,
Quando le dexa le offende.

Eſta quien haze temer
El atrevido en ſus leyes,
Que ignoran ſu proprio ſer;
Eſta quien hizo vencer
El Patriarca a los Reyes.

La que ſana, y la que hiere,
La que mata en la maldad,
La que dá vida al que muere,
Y con poder lo que quiere,
Es ſu querer ſu piedad.

Que pues la tierra fundó,
Y el cielo, para ſu nombre,
Como infinita, midió;
Que fuerça vive en el hombre
Que con ſu muerte murio?

Eſta humilla, eſta ſublima,
El más alto, el que es menor,
Y le deſprecia, y le eſtima;
Eſta acovarda, eſta anîma
Al vencido, al vencedor.

En ſcetro buelve el cayado,
La corona en ſujecion,
En deſierto lo poblado,
Y es al relox de Sion
La mueſtra de ſu peccado.

Y pues para te offender,
Quando ſe aparta, ſe inclina,
Verás, ô ciudad, tu ſer,
Del fuego de tu poder,
Ceniza de tu ruina.

Como la flama encendida,
Que alcanſa en ſu poſſeſſion
La materia apercebida,
Tus anſias el fuego ſon,
La leña tu miſma vida.

Que el hombre, que ſin ſoſſiego,
Entre grandeza, o miſeria,
No mira ſu engaño, ciego,
Ni ſiente en el pecho el fuego,
Ni en las entrañas materia.

Y porque en ſu centro habite
El mal, y el alma acompañe,
El juſto cielo permite,
Que ni la verdad le incite,
Ni exemplo le deſengañe.

Deſpues, aunque el coraçon,
Humilde, a los ojos mande
Sus lagrimas, por perdon,
Es tanto el fuego, que ſon
Poco humor en fuego grande.

Que quando, por murmurar
Del trabajo, que padece,
Se ſiente el pueblo abrazar,
Moyſen, que ſu ruego offrece,
Su llama pudo aplacar.

Aunque la offenſa pedia
La ruina general
Del fuego, que, ayrado, ardia;
La culpa no ſe eſtendia
Al más ſublime ſeñal.

Agora, que el deſengaño
Cierra al remedio las puertas,
Abiertas para ſu daño;
Por ellas entra el eſtraño,
A ſus deſignios abiertas.

Y viendo, que no las guarda
El, que ſu agravio exprimenta,
Y del enmienda no aguarda:
Tanto ſu fuerça acreſcienta,
Quanto Iſrael ſe acovarda.

Con furia terrible, y fiera
Babel tal venganſa toma,
Que ſi reliquia no huviera,
La triſte ciudad, no fuera
Ieruſalen, mas Sodoma.

Armó ſu arco como enemigo, eſtuvo ſu derecha como anguſtiador, y mató todo lo codiciable de viſta, en tienda de hija de Sion, vertio como fuego ſu ſaña.

Como el, que del arco tiende
La cuerda, y para que acierte
Del plazo ſu viſta pende,
Y en el objeto, que offende,
Buela entre plumas la muerte.

Aſſi el Señor, que el abrigo
Fue de ſu pueblo, y ſu injuria
De ſu furor el teſtigo,
Con el arco de ſu furia
Le eſpera para el caſtigo.

El golpe, que un tiempo à ſido
De incircunciſos venganſa,
Contra Iſrael deſcendido,
Le mueſtra que fue ſu olvido
La cauſa de ſu mudanſa.

Y como furioſamente
Las puntas del arco junta,
De ſu paciencia impaciente,
Tan cierto en el blanco apunta,
Que al punto el alma lo ſiente.

Y aunque el veneno es quien dá
La muerte al hombre, que lleno
De ſus peccados eſtá;
Es el peccado el veneno,
Que entre aquel golpe ſe va.

Que como firmó ſu aſſiento,
Y derribó la razon,
Del más alto fundamento,
Sus miſmos regalos ſon
Efetos de ſu tormento.

Y quando ſe enſoberbece
El hombre en el dulce abrigo,
Que ſu liſonja le offrece,
El miſmo engaño parece
Que clama por ſu caſtigo.

Qual trueno, quando amenaza
El rayo, y ſi ſe adelanta,
Buelve en ceniza la caza;
Tal con ſus llamas abraza
De la cabeza a la planta.

Deſte el furor penetró
El Aſſyrio, que, atrevido,
Contra el Señor blasfemó,
Y, quien ſu milagro vido,
Lo prueva, pues lo olvidó.

Que como ſu beneficio
El hombre deſprecia, y yerra,
Siguiendo el vano exercicio,
Humilde caye a la tierra,
Como poſtrado edificio.

Porque la humana grandeza,
Que poco el tiempo aſſegura,
Mudando naturaleza,
Si breve en el bien no dura,
Guarda en el mal ſu firmeza.

Lo eſtimado, y lo agradable
Poco ſe eſtima, ni agrada,
Aborrecible es lo amable:
Porque la vida, que es nada,
Es algo en el ſer mudable.

No ſiendo la que ſolias,
En nada, ô ciudad, te buelves:
Que el reſplandor de tus dias
En triſte noche reſuelves,
Y en llanto tus alegrias.

Cayó tu ſer, tu delicia,
Tu adorno, tu mageſtad,
Porque reynó tu malicia;
Quando ſobró tu injuſticia,
Quando faltó tu piedad.

Llamó la voz del Señor,
Y no queriendo bolverte
A tu remedio, y ſu amor,
Agora ves, en tu muerte,
Las armas de ſu rigor.

Que quando el arbol ſe enrama,
De humor ſobrado vicioſo,
Que el dulce fruto no llama,
Inutil pierde, aunque hermoſo,
Por la violencia ſu rama.

Aſſi quando el gran poder
Plantó, con piedoſa mano,
El arbol de ſu plazer,
Si eſpera ſu fruto envano,
Lo corta para creſcer.

Y aunque padeces agora,
O Sion, anguſtia tanta,
Esfuerça tu ruego, y llora;
Que, ſi la ves peccadora,
Será tú ſimiente ſanta.

Fue el Señor como enemigo, deshizo a Iſrael deshizo todos ſus Palacios, dañó ſus fortalezas, y aumentó en hija de Iudá triſteza, y lamentacion.

Qual Rey, que, ayrado, pretende,
En la ciudad, que habitára
Vengarſe de quien le offende,
Al campo fuerças prepara,
Al ayre inſignias eſtiende.

Ya para aſſaltos, y guerra
Sus eſquadrones ordena,
Las puntas compone, y cierra;
De horror el ayre reſuena,
Gime, temblando, la tierra.

Llegado a la viſta della,
Que alegre el ſoldado eſpera
Licencia para offendella,
Piedoſo amor conſidera
El bien,que pierde en perdella.

Vn tiempo el amigo muro,
Como leal ſumptuoſo,
Y del contrario ſeguro;
El odio del pecho duro
Le buelve en amor piedoſo.

De laſtima no ſoſſiega,
Viendo el caſtigo preſente,
Que el pueblo obſtinado niega;
Y por rendirle obediente
Traça,manda,pide,y ruega.

Y viendo el rigor eſtraño
Del, que reſponde atrevido,
Se aflije tanto en ſu daño;
Que niega lo que à creido,
Y affirma ſu miſmo engaño.

Inſtando buelve a pedir
Su bien, que ſu mal impide,
Podiendo, humilde, vivir;
Mas el penſar, que le pide
Cierra el ſentido al oyr.

Y viendo, que envano inſiſte,
Y a ſu piedad, y ſu ruego,
Libre, y contrario reſiſte,
Deliberado, aunque triſte,
Vibra ſus armas, y fuego.

Aſſi el Señor, que miró
Rebelde el vaſallo ingrato,
Que en ſu ciudad habitó,
De celeſtial apparato
Sus eſquadrones formó.

Y viendo, que no reſpeta
Su Ser, que en milagros tantos
Al fiero gentil ſujeta,
Le embia menſages ſantos
Con uno, y otro Prophcta.

Si el fuerte varon perece,
Al debil ſexo es igual
La pena igual, que merece;
Y quien eſcoge ſu mal
Lo ſufra, quando padece.

Deſcubrio como huerto ſu cabaña; dañó ſus fortalezas. Hizo olvidar el Señor en Sion plazo, y ſabado, y aborrecio en ira de ſu furor al Rey, y al Sacerdote.

Qual huerto, que de mil flores,
Con artificio la mano
Plantó de varias colores;
Que no las ſecó verano,
Ni el yelo, con ſus rigores.

Alli los frutos ſe miran
Quando las ojas defienden
Al ſol ſu luz, que retiran;
Ellos la viſta ſuſpenden,
Y ellas flagrancia reſpiran.

El

El ſiempre verde amaranto
Aviva alli ſu color,
Veſe inclinado el acanto,
Y la violeta, que tanto
Se adorna con ſu palor.

El lirio blanco, y celeſte,
Riendo de que el rocio,
Llorando, ſe manifieſte,
Al ayre pide ſu brio,
Porque ſus alas le preſte.

Alli de apparencia hermoſa,
Y de las flores Princeſa,
Armada aſſiſte la roſa,
Que enſeña aguardar, curioſa,
Con la virtud la belleza.

La granada abre el coral,
Que por moſtrarſe rebienta,
Y en ſu corona Real
La fee de un Rey repreſenta,
En ſu vaſallo leal.

La mançana,en quien,al vivo,
La roxa color ſe altéra,
Y dentro el humor nocivo;
Al hombre imita, que altivo
Le mata ſu primavera.

El razimo, que,colgado,
La cañа ſuave imita,
Cuyo licor moderado
Alegra,y ſobrado quita
Con la razon el cuydado.

El agua, que el nacimiento
De alto principio recibe,
Deleyta en ſu movimiento;
Y para el buelo apercibe
Sus alas al penſamiento.

Eſte,pues, donde aſſiſtia
El guſto, caſi inmortal,
Que por ſu trono eſcogia,
Perdiendo ſu Monarchia
Llora,en ſilencio,ſu mal.

Seca el ſol, abràza el yelo
Quanto, benino, criára,
En ſus influxos, el cielo;
Que el ayre le deſampára,
Y no le alimenta el ſuelo.

Su fuerça ſe debilita;
Lo más texido ſe rompe;
Su vida el fruto indica;
Y el ayre, que ſe corrompe,
Las verdes ojas marchita.

Aſſi el divino poder,
Que el huerto ſanto ordenó
Con ſoberano ſaber,
Las flores, que en el plantó,
Eran de eterno plazer.

Viendo del hombre el engaño,
Y como, ingrato, olvidára,
En ſu delicia, ſu daño;
Quien le dexa, o quien le ampara,
Le mueſtra en el deſengaño.

El interior eſcondido,
Al gran furor ſe deſcubre
Del enemigo atrevido;
La fieſta, y ſabat ſe encubre
Entre las nieblas de olvido.

Mirando miſeria tanta,
Entre priſiones el Rey,
Su viſta al cielo levanta;
Si más le obliga la ley,
Más en la pena ſe eſpanta.

Ya ſu corona ſe humilla,
Su ſcetro pierde el valor,
Y, errando, ſe maravilla,
Que le caſtigue el Señor,
Que no perdona a ſu ſilla.

Si por occulto miſterio
Quiere, que en ella ſe note,
Con el caſtigo, ſu Imperio;
El Rey llore el cautiverio,
Su mal llore el ſacerdote.

Y aunque padeces agora,
O Sion, anguſtia tanta,
Esfuerça tu ruego, y llora;
Que, ſi la ves peccadora,
Será tu ſimiente ſanta.

Fue el Señor como enemigo, deshizo a Iſrael deshizo todos ſus Palacios, dañó ſus fortalezas, y aumentó en hija de Iudá triſteza, y lamentacion.

Qual Rey, que, ayrado, pretende,
En la ciudad, que habitára
Vengarſe de quien le offende,
Al campo fuerças prepara,
Al ayre inſignias eſtiende.

Ya para aſſaltos, y guerra
Sus eſquadrones ordena,
Las puntas compone, y cierra;
De horror el ayre reſuena,
Gime, temblando, la tierra.

Si en el errado camino
El appetito, ſin rienda,
Huye el auxilio divino,
Es fingimiento ſu offrenda,
Y ſu humildad deſatino.

Quien huye la vanidad,
Y es, de inocentes, amparo,
Siendo ſu amor la verdad,
Con un ſacrificio raro
Obliga el alta piedad.

Que quando ſon los errores
De injuſta vida el exemplo,
De un año en otro mayores;
Envano llevan al Templo
Offrendas los peccadores.

Que como es refugio al juſto,
Quando ſon juſtos ſus dones,
Y ſu voluntad ſu guſto;
Es cueva, para el injuſto,
Donde ſe occultan ladrones.

Inſtando buelve a pedir
Su bien, que ſu mal impide,
Podiendo, humilde, vivir;
Mas el penſar, que le pide
Cierra el ſentido al oyr.

Y viendo, que envano inſiſte,
Y a ſu piedad, y ſu ruego,
Libre, y contrario reſiſte,
Deliberado, aunque triſte,
Vibra ſus armas, y fuego.

Aſſi el Señor, que miró
Rebelde el vaſallo ingrato,
Que en ſu ciudad habitó,
De celeſtial apparato
Sus eſquadrones formó.

Y viendo, que no reſpeta
Su Ser, que en milagros tantos
Al fiero gentil ſujeta,
Le embia menſages ſantos
Con uno, y otro Prophéta.

Viendo Iacob abrazado,
De aquella eſtancia divina,
El muro más levantado,
Lamenta, entre ſu ruina,
La pena de ſu peccado.

Y dize. O piedad paterna
Si del caſtigo tu mano,
Con el amor, no ſe alterna,
Será nueſtro llanto en vano;
Sera nueſtra pena eterna.

Mira, Señor, deſtruidos
Los limites más cubiertos,
Al hombre no concedidos;
Que, de tu gloria deſiertos,
Se quexan, como offendidos.

En tu balança divina,
El pezo de altos delitos
Tanto al caſtigo ſe inclina,
Que piden, como infinitos,
Nueſtra infinita ruina.

Mira quan debiles ſon
Los fragiles fundamentos
De nueſtra compoſicion;
Y como, en eſtos tormentos,
Lleva igual parte Sion.

Nueſtras maldades olvida,
Y acuerdate que Babel
Paſſó con mortal herida.
Y antes que diga, a Iſrael,
La voz ſe acaba, y la vida.

Penſó el Señor por deſtruir el muro de la compañia de Sion, tendió liña, no hizo bolver ſu mano de deshazer: y deſſolò barbacana, y muro ama fueron cortados.

El ſoberano ſciente,
Que lo futuro, y paſſado
Tiene en ſu idea preſente;
En ella, como impaciente,
Formó caſtigo al peccado.

Al ſuelo humillar pretende
Las piedras del muro ingrato,
Pues quien le habita le offende,
De ſu coraçon retrato,
Que como piedra no entiende.

Que quando el golpe mortal,
Lo no ſenſible padece,
Con merito deſigual,
La culpa humana merece
Del cielo el ultimo mal.

Saul, quando levantó,
Contra Amalec, ſu bandera,
Si todo el vulgo mató,
En el ganado peccó,
Que ſu codicia eſcogiera.

La noche, que el cielo intenta
El vltimo deſengaño
A Pharaon, por ſu afrenta,
Todo animal ſiente el daño,
Que el Rey del hijo exprimenta.

Lloravan quando cahian
Las torres,que a las eſtrellas
(Firme el cimiento) ſubian,
Quando ſus luzes con ellas
Eran linternas,que ardian.

Si en ſu dolor no ſe advierte,
Y ſino es llanto el que llora,
Quien no articúla ſu muerte,
Como ſin alma lo ignora,
Cayendo lagrimas vierte.

Si en el Babilonio mira
El Señor,que perſevera,
Entre las llamas,ſu ira,
Aun de la piedra poſtrera
El fuego no le retira.

Mas pues la ſeñal mayor
Porque,qual arbol,mereſca
Iacob ſu fruto,y ſu flor,
Es quando llore,y padeſca,
En ſu caſtigo,ſu error.

Y el conocer, que del ſanto
Altar las piedras deshechas
Se ande mirar, con eſpanto,
Quando las triſtes endechas
Seran principios del canto.

Conſuma el fuego, y deshaga,
Hiera la eſpada, y derribe,
Siga una llaga otra llaga,
Que quien lo ſufre apercibe,
Para el remedio, la paga.

Sigue ô Nabuc tu deſeo,
Y en tu deſeo tu furia,
Que tan obſtinada veo,
Que al plazo de tanta injuria
Será tu muerte el tropheo.

Pues, como injuſto, condenas,
Y es, dar la ſangre en tributo,
Alivio de tantas penas,
Recoja tu mano el fruto,
Que ves plantar las agenas.

Que ſi la verdad no admites,
Y a todo limite excedes
En el rigor, que permites;
El cautiverio, en que puedes,
Quien puede hará que lo quites.

Hundieronſe en la tierra ſus portales deſtruyó, y quebró ſus cerraduras, ſu Rey, y ſus ſeñores en las gentes ſin ley, tambien ſus Prophetas no allaron Prophecia del Señor.

Las puertas, que un tiempo hizieron
Al ſueño piedoſa guarda,
Del quicio a tierra cayeron;
Que las dexó quien las guarda,
Y ellas ſu falta ſintieron.

Los fuertes hierros, que hazian
Del yugo ſuave abrigo
A los que incautos dormian,
Humildes a ſu enemigo,
Para ſu gloria ſe abrian.

Si la verdad defendiera
Al juſto, y al que peccára
Por ſu peccado muriera,
El enemigo no entrára,
Aunque la puerta ſe abriera.

Si falta el ſanto temor,
Y ſobra la confianſa
En el engañoſo amor,
El hombre ve ſu mudanſa
En el deſcanſo mayor.

De alli miró, laſtimada
Ieruſalen, que ſu Rey
Vio ſu corona humillada,
El ſacerdote, y la ley,
El cautivo, ella abrazada.

Que del ſervicio olvidado
Del cielo, en ſu Santuario,
Con el mundano cuydado,
Pues no ſirvio voluntario,
Al hombre ſirva forçado.

El Propheta,en la aflicion,
Conſultó, como ſolia,
Para el caſtigo,el perdon;
Mas fue ſu vana porfia
Reſpueſta de ſu viſion.

Que el evidente ſeñal
De executar la venganſa
Su furia, y golpe mortal,
Es quando el hombre no alcanſa,
Aun,en ſus males,el mal.

Y aſſi los que el mar paſſaſtes
De Egipto,entre gloria tanta,
Que en la delicia olvidaſtes,
Si vueſtra pena os eſpanta,
Mirad que en ella peccaſtes.

Dexad la prenda querida,
En manos de quien la offenda,
Ni el juſto dolor lo impida,
Que,alfin,agena es la prenda,
No ſiendo propria la vida.

Dexad el amor, que obliga,
De vueſtra madre, y dexad
Aquella piedad amiga;
Que la más alta piedad
Es el amor, que os caſtiga.

En ſu rigor los tyranos,
Que vueſtras manos ataron,
Se mueſtren más que inhumanos;
Que bien ſe ataron las manos,
Que contra el cielo ſe armaron.

Los ojos, que libres vieron,
Cubran niebla de enojos,
Con el dolor, que ſintieron:
Que bien ſe cubren los ojos,
Que el ſol divino perdieron.

La voz, que ſiempre formó,
Contra el humilde, el accento,
Y en ſu ſoberbia peccó,
Le falte agora el aliento
Con que ſu vida offendio.

El coraçon obſtinado
En la ley de ſu alvedrio,
Siendo un peñaſco animado,
Llore en ſus penas un rio,
Y en cada gota un peccado.

Los pies, que entre los rigores
El mal ſiguieron ligeros,
Primeros en ſus errores,
Se humillen, aunque poſtreros,
A las priſiones mayores.

Pues Iſrael, lo que toca
Tu mano, y tu viſta inclina,
Quanto pronuncia tu boca,
Quanto el coraçon provoca,
Y quanto tu pie camina.

Es un retrato, que al vivo,
Memoria firme te cauſa
Del mal de tu pecho altivo;
Aunque te miras cautivo,
Mira en ti miſmo la cauſa.

Sentaronſe en tierra, callaronſe viejos de la compañia de Sion, hizieron ſubir polvo ſobre ſu cabeza ciñieronſe ſacos, baxaron a tierra ſu cabeza virgines de Ieruſalem.

Los viejos, aquien es yelo
La ſangre, en la maravilla,
Como en los años el pelo,
Apenas el duro ſuelo
Dan a ſus miembros por ſilla.

El pecho aprieta el cilicio,
Que en libertad licencioſa
Dio de ſu vida el indicio;
Y muere, qual maripoſa,
Entre la luz de ſu vicio.

El anſia, con el ardor,
El miedo, con el eſpanto,
Hazen brotar del dolor
Arroyos, que ſuda el llanto,
Rios, que llora el temor.

La venerable preſencia,
Que, por antigua, reſpeta
La más ſoberbia inſolencia,
Entre las armas ſujeta
A ſu rigor la paciencia.

La cabeza, en quien graniza
El tiempo, al tiempo humillada,
Cubre piedoſa ceniza,
Que del tyrano la eſpada
De roxa ſangre matiza.

Temblando, llorando inſiſte
En la piedad de ſus daños,
Mas tarde a ſu ruego aſſiſte;
Porque el peccado reſiſte
A quanto mueven ſus años.

El impulſo natural,
Que incita el deſeo humano,
Defiende, en el golpe igual,
La cabeza con la mano,
Y el uno con otro mal.

Mas la crueldad, que ſuſtenta
De ſangre ſu fiera rabia,
Y en ſu rigor ſe apaſcienta,
Y ſe alegra quando agrabia,
Y ſi perdona ſe afrenta.

La vil ponçoña, que llueve
Del centro de ſu porfia,
Tanto ſu furia le mueve,
Que prueva la honrada nieve
El fin de ſu tyrania.

Las Virgines de Sion,
Cuyo ſoberbio paſſeo
Fue de ſu honor el blaſon,
Trocando en llanto ſu arreo,
Sus prendas lagrimas ſon.

La viſta, que en vano objeto
Negava a la voz divina
(Ingrata) el ſanto reſpeto,
Confieſſa el alto decreto
Quando a la tierra ſe inclina.

El llanto es ſangre, que brota,
El dolor más que dolor,
Pues en ſilencio ſe nota,
La voz, que impide el rigor,
El agua, que el fuego agota.

Si el coraçon afligido
Pide a los ojos que alcanſen
Piedad del cielo offendido:
Pide el error de ſu olvido,
Que en ſu dolor no deſcanſen.

Como la nave ſe entrega
A dos contrapueſtos vientos,
Y con ninguno ſoſſiega;
Aſſi ſe ven ſus intentos,
Que el uno affirma, otro niega.

Quando, entre ayradas naciones,
De fieras armas, ſe offrece
El hombre, a las ſinrazones,
Más ſiente las que padece
El alma entre ſus acciones.

Eſta la flecha, el azero,
Eſta la priſion, que enlaza,
Eſte es el fuego ligero,
Que, como penetra, abraza,
Quanto más proprio más fiero.

Canſados ojos llorad
El dolor, en el engaño,
La pena en la vanidad;
Y, pues os quexais del daño,
De vueſtro engaño os quexad.

Cegaronſe con lagrimas mis ojos, abrazaronſe mis entrañas, fue derramado a tierra mi higado, por quebrantamiento de la hija de mi pueblo, en faltar niño, y el que mamava en las plaças de la ciudad.

La fuerça de humor ardiente,
Que tributaria a los ojos
Pagava la interna fuente,
Para aumentar mis enojos,
En mi ſecó ſu corriente.

Viendo la luz, que à perdido
Mi pueblo,quando el ſoſſiego
Fue la ocaſion de ſu olvido;
Llorando el daño eſtoy ciego,
Del,que en ſu gloria lo à ſido.

Y aunque la viſta limita,
Del coraçon el ardor,
Tan fuerte el amor me incita,
Que para ver mi dolor,
La triſte niebla me quita.

Que ſi el humor no faltára,
O ſi el objeto perdiera,
Quando la viſta acabára;
O viendo,ſiempre llorára,
O,no llorando,no viera.

Que el fiero dolor,que ſiento,
Tanto me obliga a llorar,
Que por templar mi tormento,
Aun temo,que no ede allar
Refugio en mi ſentimiento.

Viendo, en mis males, faltarme
El alivio, en que podia
De mis tormentos hartarme,
Aun me faltó la oſadia
Para, ſintiendo, quexarme.

Con eſto mi coraçon,
Callando el bien, que perdi,
Se abraza entre ſu aflicion,
Y mis entrañas, en mi,
La miſma laſtima ſon.

Los niños veo eſparzidos,
De ſu alimento arrancados,
En la inocencia offendidos;
Que, por las calles poſtrados,
Forman ſus breves gemidos.

La edad, que la lengua impide
Llamar ſocorro, aunque vea,
Que el mal el alma divide,
Del ayre hartarſe deſea,
Porque ſus penas olvide.

A ſus madres dezian donde pan, y vino? en ſu pe
recer como muerto en plaça de la ciudad: en ſe
deshecha ſu alma en el ſeno de ſus madres.

Los niños, con el dolor,
Y con el hambre anhelando,
Entre el furioſo rigor,
Envano piden, llorando,
A ſu miſeria el favor.

Y alguno, que mira alli
La madre dize. O, ſi fuiſte,
O madre, mi aliento en mi,
Como, olvidada, perdiſte
Lo que en tus labios ſenti?

En tu boca mi alegria,
Y el refugio a mis enojos,
Siempre en tus ojos ſe via,
Porque eran tuyos mis ojos,
Como tu boca la mia.

Quando eſte nombre eſcuchavas,
Dulce a mi amor reſpondias,
Y con mi llanto lloravas;
En mi dolor le ſentias,
Y en mi ſalud te animavas.

Si con ſobrada licencia,
Me apartava mi alvedrio
Vn punto de tu preſencia,
Tu pena, el deſcuydo mio,
Mi olvido, era tu impaciencia.

Del ſol el rayo inflamado
Fue mi daño en tu recelo,
Mi offenſa el invierno elado,
Por mi tu pena ſu yelo,
Por mi ſu ardor tu cuydado.

Y quando tu voluntad
No reſpondia a mi labio,
Las lagrimas de mi edad,
Con el menteroſo agrabio,
Eran creîda verdad.

Y porque ſus penas crea,
Y el coraçon no reſiſta,
De luz ſu viſta ſe arrea,
Y el coraçon, y la viſta,
Vna llama, otro deſea.

Los braços canſados; quando,
Entre amor, y deſatino,
Aſſiſte el alma penando;
En la mitad del camino
Salen al guſto temblando.

Corre el amado, y ſe entrega,
Llorando, a ſu amante: en tanto
En ſu deſeo ſoſſiega,
Su roſtro a ſu roſtro llega,
Meſcla ſu llanto en ſu llanto.

El alma, que deſcanſó
En la mitad, que buſcava,
El mundo, y penas dexó;
Y allando el bien, que eſperava,
Con el al cielo boló.

Mil

Mil vezes dichoſa ſuerte,
Que en tanta gloria ſe olvida
Del mal de ſu trance fuerte;
Pues le acompaña en la muerte,
Quien fue la vida a ſu vida.

Que haré teſtificar a ti? que eſemejaré a ti ô hija de Ieruſalen? que igualaré a ti? y conſolartecé virgen hija de Sion? por que grande, como la mar, tu quebranto, quien te curará a ti?

Aquien podré compararte
O miſerable Sion,
Porque de mil, una parte,
Me forma, de tu aflicion,
Mil cauſas para llorarte!

Si miro Egipto, que fue
Caſtigado, en gloria tuya,
En tu caſtigo ſe ve,
Por más divida tu fe,
Tu culpa más que la ſuya.

Si la ciudad, que cercó
El Arca, quando ſe oîa
El ſon, que el muro ſintio
En ſiete bueltas al dia,
Y en el ſeteno cayó.

Entre el rigor general
De nueſtras armas, no ſiente
Raab en ſu caza el mal,
Librando a ſu padre, y gente
La traça de ſu ſeñal.

Si fue ſublime el favor,
Y a ſu virtud el exemplo,
En ti, para más dolor,
Se mira abrazado el Templo,
En que aſſiſtia el Señor.

Si cautiva el Arca ſanta
Fue, por deſcuydo de Heli,
Dagon, entre gloria tanta,
Vencido ſe mueſtra alli,
Caido en tierra ſe eſpanta.

Agora veo que enciende
Babel tu muro, y le abraza,
Y ſi a tus hijos offende,
Es llama la ſanta Caza,
Que el gran poder no defiende.

Dauid del Amalechita,
En Siceleg, mira el fuego,
Y a la venganſa le incita
El temor del vulgo ciego,
Entre ſu pena infinita.

Pide el Ephod, y humillado
La ſuma verdad conſulta,
Y en la reſpueſta animado
Todo el tormento paſſado
En ſu vitoria reſulta.

Oy, que el más fiero rigor,
Al rigor de tu tormento
Si lo comparo, es menor;
Qual puede ſer el dolor,
Que iguale a mi ſentimiento?

Solo en furioſa tormenta
Te é comparado a la mar,
Quando ſus ondas frequenta,
Que, ſin poderſe contar,
Es lo infinito ſu cuenta.

Las unas furioſo llevan
El paſſo, que mueve el viento,
Aſta que el limite pruevan,
Las otras, en ſeguimiento,
Sus miſmas fuerças renuevan.

Aſſi el furor te perſigue
En la tormenta importuna,
Porque a la muerte te obligue,
Y aun no ſe llega la una
Quando la otra te ſigue.

Como la mar no deſcanſa
En ſu quietud, pues ſe altéra,
Con tempeſtad, ſu bonanſa:
Aſſi, quál viento ligera,
Viſte, en tu bien, tu mudanſa.

El que tocarle procura,
Si es tan profundo ſu centro,
En vano mide ſu altura,
Y es de tu mar la figura,
Pues ſiempre en mares encuentro.

Si de tu fin ignorante
La grande offenſa te culpa,
Al grave mal ſemejante;
Pues no te eſpantó tu culpa,
Tu miſma pena te eſpante.

Tus Prophetas vieron a ti vanidad, y deſabrimiento, y no deſcubrieron ſobre tu delito, para hazer tornar tu cautiverio; y vieron a ti Prophecias de vanidad, y digreſſion.

Aquella ſanta viſion,
Ieruſalen, que llorava
Tu daño, en tu confuſion;
De tu libertad formava
La cauſa de tu priſion.

Siguiendo tu voluntad
(Como ſu libre jactancia)
Los fueros de tu crueldad,
Del monte de la arrogancia
Te deſpeñó tu maldad.

En la impoſſible porfia,
Inadvertida, ſubiendo
Con ſus alas tu oſadia,
Faltaron, quando ſubia,
En tus miſerias cayendo.

Por eſto el Señor, que vio
En tus engaños perderte,
Tanto tu error le incitó,
Que, ayrado, no te llamó
Tophet, mas valle de muerte.

Como deshaze el ollero
El vaſo inutil, que hizo,
Aſſi, con eſtraño azero,
La ſanta mano deshizo
Lo que formára primero.

Agora humilde padece
Tu ſoberbia, agora prueva
Tu engaño lo que merece;
Agora te favorece
Quien, por tu bien, te reprueva.

Quien puede, alfin, ſocorrerte,
Ieruſalen afligida?
Pues no queriendo bolverte,
El bien de tu miſma vida
Solo conſiſte en tu muerte.

Batieron ſobre ti palmas todos los que paſſavan por el camino, ſilvaron, y movieron ſu cabeza ſobre hija de Ieruſalen, ſi es eſta la ciudad, que dezian, cumplida de hermoſura, gozo de toda la tierra?

Quando el gentil derrocó
Tus almenas por el ſuelo,
El, que, paſſando, te vio
Sus dos palmas levantó,
Con el regoſijo, al cielo.

Mirad la ciudad, dezia,
A quien no es luz, siendo fuego,
La luz, que en ella se via,
Y el dia de su sossiego,
De fieras armas el dia.

Agora su competencia
Es humildad, su vitoria
Buelta en vencida obediencia,
Y el alta magnificencia
Despojos de agena gloria.

Si veo el muro por tierra,
Si la apparencia mortal
Buelve en cadaver la tierra,
Me admiro, que aun la señal
En sus ruinas encierra.

Es esta la que vencia,
En resplandor, la más bella,
Que al mundo resplandecia?
Qual vence el sol a una estrella?
Qual vence a la noche el dia?

En el lugar, que ſe oîan
Choros ſuaves cantando,
Que el coraçon ſuſpendian,
Se eſcuchan vozes, llorando,
Que ſin remedio porfian.

Aquel, que varios arreos
Adornavan, deſcubriendo
Inſignias de ſus deſeos,
Alfin los dexó muriendo,
De ageno bien por trophéos.

Los carros, que deſpojados,
Los inclitos de la fama
Vieron al yugo humillados,
Quedaron, deſpedaçados,
Por nutrimento a la llama.

Las donzellas, que el cuydado
Moſtravan con el ſemblante
En la quietud de ſu eſtado,
Caminan, como delante
Del verdugo, el condenado.

Si alcanſava el vencedor
En las armas, y en la lucha
El premio de ſu valor,
Agora es ſu fuerça mucha
La fuerça de ſu dolor.

El, que en cavallo brioſo,
Siguio quieto el paſſeo,
Como en batalla animoſo;
Agora va, por tropheo,
En ſus priſiones quexoſo.

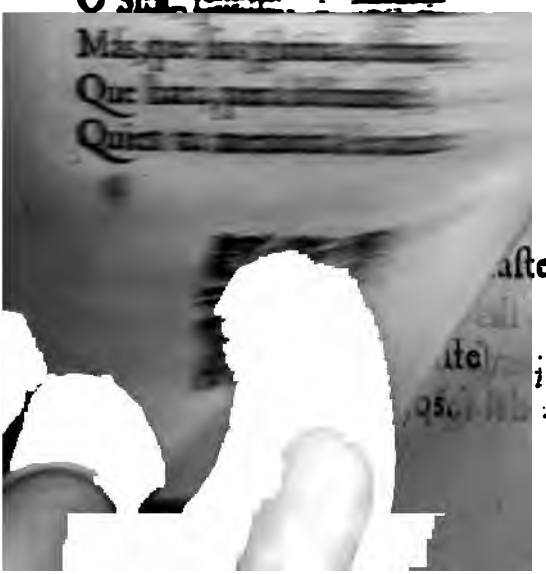
El Rey, que en ſu pecho altivo
Todo temor deſpreciava,
Humilde a ſu eſtado eſquivo,
En ſus deſdichas llevava
La afrenta, como cautivo.

Sombra vana, inutil ſueño
En todo objeto ſe mira,
Humilde al ingrato dueño;
Buelto el aſpecto riſueño
Triſte cadaver, que admira.

La purpura, [illegible]
O ſangre [illegible]
Corrupta [illegible]
Entre [illegible]
Se bue[illegible]

Detiene [illegible]
En [illegible]
Bo[illegible]
Y e[illegible]
En [illegible]

Si aun [illegible]
O Sion, [illegible]
Mas [illegible]
Que [illegible]
Quien [illegible]



[illegible]aſte,
[illegible]
[illegible]ſte
[illegible]

Abrieron ſobre ti ſu boca todos tus enemigos, ſil-
varon, y cruxieron dientes, dixeron; deshizimos
decierto es eſte el dia que lo eſperavamos; alla-
mos; vimos.

Aquella embidioſa rabia,
Que ſe engendra en la memoria,
Más poderoſa, que ſabia;
Que juzga la agena gloria,
Qual proprio daño, que agrabia.

Quando, ô Sion, alcanſava
Que el bien del deſpojo ageno
Tu vencimiento adornava,
Llevando el fiero veneno
Al proprio centro, callava.

Oy, que ſus males olvida,
Quando tu mal le provoca;
Viendo tu gloria perdida;
Eſta ponçoña eſcondida,
Cruel, vomita ſu boca.

Burlando de tu grandeza,
De tu mageſtad riendo,
Alegre, entre tu triſteza,
Apaſcienta ſu fiereza
En tus ruinas; diziendo.

Agora de nueſtra guerra
Serás triumpho, y llorando
Verás tus muros por tierra,
Nueſtro rigor dominando
Quanto tu limite encierra.

Llegó de tu culpa el daño,
Llegó de tu muerte el dia,
Mirando, en tu deſengaño,
El fin de nueſtra porfia,
Y en tu porfia tu engaño.

Las fieſtas, y regoſijos,
Que en el triumpho alcanſaſte,
Como paſſados prolijos;
Priſiones ſon, que provaſte
En el dolor de tus hijos.

La breve vida temias,
Que en años acelerados
Bolava en tus alegrias;
Y agora miras ſobrados,
Para tus males, los dias.

No conſintio tu jactancia,
Que te igualaſſe el mayor,
Fingiendo en ti, tu arrogancia,
Flaqueza todo valor,
Toda ſciencia ignorancia.

El ayre, quando templado,
Con alas de dulce aliento
Dava refugio al canſado,
Por ti ſolo ſu elemento
Iuzgavas, que era engendrado.

Quando la tierra entregava,
Alegre, al hombre el tributo,
Que en ſus entrañas guardava,
De ti penſavas, que el fruto,
Como del ſol, ſe formava.

Aunque ſu luz reverbera
En más aparrado monte,
Que,alegre,ſu buelta eſpera;
Creîas,que ſolo hiziera
De tu viſta ſu orizonte.

Quando tus naves trahian
Las piedras de eſtraño polo,
Que tu reyno enriquecian,
Penſavas, que por ti ſolo
Sus minas las produzian.

Alfin el ayre, el rocio,
Y quanto à criado el cielo,
Ardiente,templado,o frio,
Penſavas tu, que tu zelo
Lo humillava a tu alvedrio.

Mas ſi tu error à ſubido
Tan alto, que en nueſtras manos
Se ve del tiempo offendido,
En juſta cauſa inhumanos
Caſtigaremos tu olvido.

Ya de tu vana eſperanſa
Verás, humilde, el eſtado,
Y el deſengaño, que alcanſa,
Quien no propone al cuydado
El temor de ſu mudanſa.

Hizo el Señor lo que penſó, cumplio ſu dicho, que e
comendó de dias de antiguedad, derrocó, y no a pi
dó, y hizo alegrar ſobre ti enemigo, hizo enaltec
reyno de tus anguſtiadores.

El divino entendimiento,
Que la venganſa propuſo
A Iſrael, por ſu eſcarmiento,
Para el efeto diſpuſo
Por obra ſu penſamiento.

Aquella palabra ſanta,
Que era cometa al caſtigo,
Oy es un rayo, que eſpanta,
Por mano del enemigo,
Que abraza ſu amada planta.

Que como á la mano agena
Pidio ſocorro Iſrael,
El miſmo error le condena:
Y mira, engañado, en el,
Por ſu refugio, ſu pena.

Dexaſte, ô ciudad ingrata,
El alivio ſoberano,
Que ſiempre tu vida trata,
Por zelo de injuſta mano,
Que no dá vida, aunque mata.

Del dia, que te ſacó
De Egipto, para librarte,
El, que milagros obró,
El camino de ſalvarte,
Por ſu Propheta enſeñó.

El que ſe olvida (dezia)
De la verdad del Señor,
Y en dios ageno confia,
Llueva ſobre el el furor
De ſu necia idolatria.

Su nombre ſea olvidado
De quanto el cielo rodea,
Como perdido, afrentado,
Y ſolo ſu fama ſea
La infamia de ſu peccado.

Viendo ſu tierra abrazada,
Quando el caminante oyere
De ſu grandeza paſſada,
Sabrá que en ſu culpa muere
Quien de ſu culpa ſe agrada.

Y que ſus hijos dexaron
Del monte ſanto el concierto,
Que ſus padres heredaron,
Con eſtruendo, en el deſierto,
Quando la gloria eſcucharon.

Por eſto aquella piedad,
Que ſiempre te acompañava,
O miſerable ciudad,
Si en tu amor no te dexava,
Te dexa en tu adverſidad.

La torre de aquel varon,
Que, juſto, lloró ſu error,
No le comueve al perdon,
Que puede más, que el dolor,
El dolor de ſu razon.

Y porque tu culpa viesſe
En ſu pena el teſtimonio,
Y en el efeto aprendiesſe;
Permitio, que el Babilonio
Sus ſantos muros ardiesſe.

Ya ve de ſu gloria el dia,
Si fue ſu gloria tu daño,
Viendo alcanſar tu porfia,
Del fin de tu deſengaño,
Principios de ſu alegria.

Que al punto, que te olvidaſte
De la piedad, que ſuſtenta
La vida, que deſpreciaſte;
Entre la fuerça violenta
Tu miſma vida entregaſte.

Su fuerça es más que temida,
La tuya un debil deſmayo,
En holocauſto offrecida,
Aun rayo, pues como rayo
Su eſpada abraza tu vida.

No es eſta la que caſtiga,
No es el cordel el, que enlaza,
Si a nuevo zelo te obliga;
Porque eſta llama, que abraza,
Aun con ſu ſombra te abriga.

Exclamó ſu coraçon al Señor, ô muro de hija
Sion haz deſcender como arroyo lagrimas de di
y de noche, no dés repoſo a ti, no calle niña de
ojo.

Iacob, entre ſu aflicion,
Viendo humillada a la tierra
La hermoſura de Sion,
Y que apenas de ſu guerra
Los campos reliquias ſon.

Clamó, laſtimado, al cielo,
Puerto de ſanta piedad,
Quando fluctûa el recelo,
Entre humana tempeſtad,
Que mueve en ondas el ſuelo.

Es termino, en que deſcanſa
El alma, que al plazo buelve,
Sin temor de otra mudanſa;
Donde en gloria ſe reſuelve
Quanto formó la eſperanſa.

El coraçon afligido,
Que brota humor por los ojos,
En el dolor padecido,
Alli dexa, por deſpojos,
Su llanto, como rendido.

La ſed del oro ambicioſa,
La hambre, que más ſe aumenta
En vanidad ſumptuoſa,
De otro licor ſe ſuſtenta,
En otro guſto repoſa.

Es criſtal, en quien ſe mira,
Como un rayo, en el eſpejo
Aquella viſion, que admira;
Por cuyo ſanto reflejo
Alegre el alma reſpira.

Del ſanto varon eſcala,
Balança, que a la grandeza
La ſuma humildad iguala,
Y el Norte, alfin, que ſeñala
La piedra de la firmeza.

No es arbol, que el ſol deſnuda,
Ni fruto, que el tiempo eſpera,
Porque a ſu falta le acuda,
Mas ſiempre una primavera,
Que ſus deleites no muda.

Sus horas eſtas no imitan,
Que breves, aunque prolijas,
Al hombre el fin ſolicitan;
Y aunque del tiempo ſon hijas,
No dan jamás el, que quitan.

No es plazo a ſu fin ſujeto,
Ni gloria, que el mal previene,
En la quietud de ſu efeto:
Mas todo, ſiendo perfeto,
Con lo perfeto conviene.

O pueblo, que viendo eſtás
Que tu antiguo ſeñorio
Es rio, que buelve a tras,
Sean tus lagrimas rio,
Que no ſe buelvan jamás.

Si el ſol con ſus rayos hiere
Del mundo la alegre viſta,
Y ſombra la tuya adquiere,
Tus lagrimas no reſiſta
El dia, que nace, o muere.

Que ſi deſcanſa el llorar,
Y el cielo ayrado mitiga,
Como la offrenda en ſu altar,
Más una gota le obliga,
Que, ſin afectos, un mar.

Buelve al principio, a la fuente
Del bien, que tu mal permite,
Porque tu culpa ſe auſente;
Que tarde no ſe arrepiente,
Quien voluntario lo admite.

Aunque rebelde, eſcogido,
Querido, aunque caſtigado,
Verás que el hombre afligido
Quando aborrece el peccado,
Buelve al lugar, que à perdido.

Levanta tu penſamiento,
Pida el remedio tu boca,
Sea eſcudo el ſufrimiento:
Serás como firme roca,
Que no la deshaze el viento.

Levantate, clama en la noche, en principio de vigilias, derrama como aguas tu coraçon delante el Señor, levanta a el tus palmas, por alma de tus niños, los muertos con hambre en cabeza de todas calles.

Tus lagrimas al Señor
Inclina, ô Ieruſalen,
Que tu llanto, en tanto error,
Siendo el fin de tu dolor
Será principio a tu bien.

Levanta tu coraçon,
Que en tan laſtimoſo eſtado
Abre la puerta al perdon;
Y quanto roba el peccado,
Reſtituye la oracion.

En tu ſueño, interrompido,
El alma offrece a ſu dueño,
Si el mal padece en ſu olvido;
Dexando tu engaño el ſueño,
En que, ſin vida, as vivido.

Que alfin alcanſa, deſpierta,
Por más que con anſias luche,
La entrada a ſu guſto abierta:
Que nadie tocó a la puerta
Del cielo, que no le eſcuche.

Que aunque niega la maldad,
Que en ſus efetos ſe mude
Del mundo la adverſidad,
La ſanta piedad acude,
Quando llama la verdad.

Pues quien te aflije deſcanſa,
Y en ſu cautiverio eſtás
Tan humilde en tu mudanſa,
Mira, que al cielo jamás
Fue faſtidio tu eſperanſa.

Vio tu deſeo, aunque ciego,
En tu riqueza el tezoro,
Perdiendo en ella el ſoſſiego;
Y agora exprimenta el oro,
Con eſtas llamas, el fuego.

No te llamó tu inocencia,
De tu ruina, al caſtigo;
Mas fue tu engaño, en ſu auſencia,
Que alargó, como enemigo,
A tu afecto la licencia.

Deshaze en llanto tu pecho,
Broten tus ojos un rio,
Porque el coraçon deshecho,
Buelve al cielo el albedrio,
Que de antes piedra le ha hecho.

De aquella virtud te ampara,
Que en el rigor de ſu pena
Al hombre no deſampara;
Y es tan piedoſa ſu vara,
Que abſuelve quando condena.

Levanta, humilde, tus manos,
Que eſcuchando tus gemidos
Los oydos ſoberanos,
Se humillaran los tyranos,
Y venceran los vencidos.

Si en ella tu gracia llueve,
En eſte fuego me anîmo,
Que el fruto, y oſas renueve:
Aunque no quede un razimo,
Que ſus ardores no prueve.

Todo ſu laſtima llora,
Todo lamenta ſu daño,
Y todo conoce agora,
Que adora ſu miſmo engaño
Quien, por ſu mal, no te adora.

Pues fue nueſtra obſtinacion
La juſta cauſa, que niega
En tus ojos el perdon,
Mira que Sion te ruega,
Mira que llora Sion.

Que no es tu amor quien olvida,
Ni tu piedad, que no eſcucha;
Quando, entre la muerte, y vida,
Con tantos contrarios, lucha
El alma en la deſpedida.

En ti la parte, que clama,
Tan juſta, aunque riguroſa,
Y en el caſtigo te inflama,
Con dulce ardor poderoſa,
Mitigue de amor tu llama.

Mira afligido Iſrael,
Y en ſu dolor, como padre,
La abominacion cruel;
Pues mata al hijo ſu madre,
Su hambre apaſcienta en el.

La que es ſu vida, y ſu aliento,
Quando ſu centro le encierra,
Como, nacido, el ſuſtento,
Negando el parto a la tierra,
Lo buelve a ſu nacimiento.

Alli la piedad no ſigue
De amor el benino afeto,
Porque a ſu cauſa le obligue,
A morir el miſmo efeto,
Y, en uno, el otro caſtigue.

Como el horror no provoca
Su viſta? y como conſiente
Su propria ſangre la boca?
Como, dos vezes preſente,
En ſus entrañas le toca?

O fiera paſſion, que olvida
Su fuero antiguo de ſuerte,
Que entre el eſpanto atrevida,
Cauſe la muerte a ſu vida,
Por ver ſu vida en la muerte.

Mas ſi la parte quieta
Del Santuario publica,
Que al gran rigor ſe ſujeta;
Si en ella ſe ſacrifica
El ſacerdote, y Propheta.

Quien puede tanto llorar
Señor, aunque el llanto exceda,
En ſu corriente, a la mar?
Pues como victima queda
Su ſangre junto a tu altar.

Iazieron en la tierra, en las calles moço, y viejo, mis virgines, y mis mancebos cayeron en eſpada, mataſte en dia de tu furor, degollaſte, y no apiadaſte.

Como la fuerça del viento
Arranca el arbol florido
De ſu firme fundamento;
Y al punto pierde, caîdo,
Su natural ornamento.

Aſſi por la tempeſtad,
Que mueve el viento en la guerra
De la tyrana impiedad,
Caye Iſrael a la tierra
De ſu poſtrada ciudad.

Los ojos ſin reſplandores,
El pecho canſado, y ronco,
En ſus ultimos dolores,
No es arbol, no, mas un tronco,
Deſnudo de ojas, y flores.

Mira Señor que el gemido,
Que el anſia en el alma eſconde,
Aun no formado es oydo
De tu amor, que alfin reſponde
Al centro más eſcondido.

Pues, qual diaphano objeto,
Tu luz lo denſo penetra,
Como a tu rayo ſujeto;
El miſmo ſilencio impetra
A ſu deſeo tu efeto.

Que de la interna aflicion
Las lagrimas ſon indicio,
Nacidas del coraçon:
Que para tu ſacrificio
El fuego, y victima ſon.

Eſtas recibe en la muerte,
Que ſu peccado no olvida,
Y, como piedoſo, advierte,
Que aumenta la miſma vida
La cauſa para offenderte.

Aunque ſu culpa exceſſiva,
En eſte paſſo, le aſſombre,
Tu amor, que ſu fee le aviva,
No quiere, que muera el hombre,
Mas que, arrepentido, viva.

La fuerça, y la variedad
De aqueſtos confuſos llantos,
En todo eſtado, y edad,
Reciten Angeles ſantos
En tu divina ciudad.

Los niños, que ſu inocencia,
En breves años, proteſtan,
Ampara con tu clemencia;
Los viejos, que manifieſtan,
En el dolor ſu paciencia.

Las virgines, que lloroſas
Dexan regalos prolijos,
Como en la muerte zeloſas;
Las madres, como piedoſas,
Que deſamparan ſus hijos.

Siendo a ſu cuello tu eſpada
Qual hoz,que ciega la eſpiga,
Antes del tiempo cortada,
Aunque ſu fee no te obliga,
De ſu dolor te apiada.

De tus venganſas el dia,
Efetos de tu amenaza,
Caſtigos de ſu oſadia;
Son un rigor,que porfia,
Son una llama,que abraza.

Aunque la culpa es inmenſa,
Diremos que perdonaſte,
Con la mortal recompenſa;
Pues con el fin caſtigaſte
La más atrevida offenſa.

Y aſſi,ſi en tantos enojos,
Efeto fue tu palabra
De ſus ſangrientos deſpojos,
Tu amor,que cerró ſus ojos,
En tu preſencia los abra.

Llamaſte, como en dia de fieſta, mis miedos al rededor, y no fue en el dia del furor del Señor eſcapado, o remanecido. Lo que crié, y engrandeci mi enemigo lo acabó.

Señor ſi a mi bien propicio,
Fue tu piedad manifieſta,
Porque, en diverſo exercicio,
Iuntaſte, como en la fieſta,
La gente a mi ſacrificio?

No es eſte a tu pueblo el año,
Que ſu remiſſion concluye,
Pues ſe remata en ſu daño;
Y el bien, que le reſtituye,
Es el caſtigo a ſu engaño.

No la voluntaria offrenda,
Que el hombre, humilde, offrecia,
Del alma piedoſa prenda,
Mas es de culpa eſte dia,
Que con la muerte ſe enmienda.

Iuntaronſe al rededor
Mis enemigos,y luego
Prové ſu lazo,y furor;
Y en mi caîda fuy ciego,
Pues no conoci mi error.

En eſta red,que tendio
En mi olvido ſu cuydado,
Mis libres años prendio,
Y,porque pague el culpado,
Ni el inocente eſcapó.

Llegó como lobo hambriento,
Que arrebatando la preza,
Entre ſu paſto ſangriento,
No le detiene el aliento
La fuerça de ſu fiereza.

Agora,que offende,y mata,
Agora,que alegre eſcucha
La voz,que el anſia retrata,
Se ve ſu crueldad,que es mucha,
Quando la vida dilata.

Que a los, que niega la eſpada
El fin dichoſo, aunque fuerte,
Querran, por ſu bien, trocada
La vida en ſu miſma muerte,
Su pena con la paſſada.

Por montes, y por deſvios,
No de la muerte ſeguros,
Veran ſus ojos, o rios,
De Babilonia los muros,
Siendo poſtrados los mios.

Señor, pues el alma invoca,
Callando, tu dulce nombre,
Que a nuevo amor te provoca,
No ſea defeto al hombre
Lo que no forma ſu boca.

Mira las prendas, que an ſido
El parto de mis entrañas,
Que meſclando ſu gemido
Entre las armas eſtrañas,
Se eſcucha entre ſu ruido.

No ſoy la que tu llamavas
Tu alcaçar, en que vivias,
Quando en el Templo me honravas:
Que aunque antiguas mis porfias,
En ellas no me dexavas.

Acude ô bondad eterna,
Pues nueſtro error no limita
Aquella piedad paterna,
Que alcanſa, como infinita,
Y, como juſta, govierna.

Llegue a tus ojos el llanto,
Que en eſte trance deſpide
Quien entre mortal eſpanto,
Si como ſanto no pide,
Pide refugio al que es Santo.

HISTORIA DE RVT MOABITA.

LA converſion, y bondad
De la eſtrangera Moabita,
Mi pluma, aunque humilde, incita,
Para cantar ſu humildad.

Señor, ſi en el mundo tantas
Se miran tus maravillas,
Quando los montes humillas,
Quando los valles levantas,

Si de inſtrumento menor
Tomas, piedoſo, el ſujeto,
Para moſtrar en ſu efeto
Lo que ſublima tu honor.

Concede, Señor, que eſcriva
La, que abraçando tu ley,
Fue ſu fruto un ſanto Rey,
Su memoria al mundo altiva.

Si de tu eſpirito das
Al debil aliento mio,
Mi canto, en tu Ser confio,
Que no ſe olvide jamás.

AL tiempo, que era Iſrael
Por juezes governado,
Siendo ſu daño el peccado,
Su llanto el refugio en el.

Deſpues que paſſó el Iordan,
Con ſegunda maravilla,
De nueve heredó ſu ſilla
Quien fue ſu nombre Abezan.

Faltando en el hombre el zelo,
Que alcanſa el eterno fruto,
El campo negó el tributo,
Sus influencias el cielo.

Al centro le contradize
La eſpiga, en lo que ſeñala,
Qual hombre, aquien no ſe iguala
La obra con lo que dize.

Es heno, que inculto, y vano
En el tejado crecio,
Que el hombre, en lo que juró,
No pudo cargar ſu mano.

Falta el guſto,y ſobra el daño,
Que quien el ſuſtento olvida
Del alma,en ſu miſma vida,
Lo niega a la vida el año.

La tierra,en ſu ingratitud,
Mueſtra el mal, el bien encierra,
Que mal produze la tierra,
Si muere en flor la virtud.

El verde honor,que en el prado
En oro el tiempo reſuelve,
Piedras ſon,ſi en piedra buelve
Al coraçon ſu peccado.

El labrador ve perder
Su eſperanſa,entre el eſpanto,
Y,pues no ſembró con llanto,
Sembra ſu llanto al coger.

Varon de Iudá,que entiende
Del cielo la voluntad,
A los campos de Moab
Bolver ſus años pretende.

De Betlen deſcanſa alli
Elimelec, a quien ſon
Sus hijos Maalon, Chilon,
Y ſu conſorte Naomî.

La muerte, que los deſpojos
Colgó de todo el viviente,
Con el ultimo accidente
Cubrió la luz de ſus ojos.

Los hijos, que pretendieron
Lo que el tiempo ſolicita,
Con Orpha, y con Rut Moabita
Su matrimonio eſcogieron.

Dies vezes el curſo prueva
El ſol en la quarta eſphera,
Dies vezes la primavera
La edad al mundo renueva.

Los dos en la antigua guerra,
Que á buelto la culpa en fuero,
Como hizo el hombre primero,
Pagaron cenſo a la tierra.

Entre l'auſencia, y amor,
Las tres igual acompaña
Su tormento en tierra eſtraña,
Y en la propria ſu dolor.

El fuego, que el pecho exala,
Rompe en el ayre el gemido,
Y arroyo de humor crecido
El vivo incendio regala.

Y con piedoſo cuydado
A llanto continuo excita
La memoria, que recita
Los paſſos del bien paſſado.

Oyendo, que el cielo aumenta
En ſu pueblo el fertil año,
Dexando aquel campo eſtraño,
Naomî ſu jornada intenta.

Sigue el camino, y pretenden
Las dos, que en ſu compañia
Suban, donde ella ſubia,
No bolver, donde deſcienden.

Más como al amor no mira
Quien ſe funda en la razon,
De la piedoſa opinion,
Perſuadiendo, las retira.

Y dize. Aunque amor profundo
No olvida el dolor, que ſiento,
Si en voſotras repreſento
El bien, que eſtimé en el mundo.

O hijas, ſi veo en vos
El bien de mi compañia,
Tornad, dexando la mia,
A vueſtra patria las dos.

Dexadme ſola, y dexad
Creſcer en ondas mi llanto,
Conmigo lloraſtes tanto,
De oy más ſin mi deſcanſad.

A vueſtra madre, aunque triſtes,
Bolved, el Señor teſtigo
De la piedad, que conmigo,
Y con los muertos hiziſtes.

El, que de ſu mano inmenſa
Iuſto premio offrece al juſto,
Al alma os conceda el guſto
De liberal recompenſa.

Que aunque la razon me inclina,
Y la verdad me aconſeja,
Su mitad el alma os deja,
Que con voſotras camina.

Y aunque el tiempo, y variedad
La firme memoria offenda,
Quien olvidaros pretenda
No olvidará ſu mitad.

Eſta llevad, en el grado,
Que offrece el amor perfeto,
Que, no del tiempo ſujeto,
Solo en mi mal me à quedado.

Que ſi en el mundo perdi
Las prendas de amor iguales,
Sin ellas, y con mis males,
A penas me llevo a mi.

No es crueldad lo que es clemencia,
Ni por rigor ſe condena
La piedad de vueſtra pena,
Con dolor de vueſtra auſencia.

Las cazas, donde viviſtes,
Que error lo juſgo el perdellas,
Alleis el deſcanſo en ellas,
Que en mi preſencia perdiſtes.

Aunque a más pena provoca
Al alma, que llora tanto,
Llegad el llanto a mi llanto,
Llegad la boca a mi boca.

Vueſtra viſta, ſin parar,
Offreſca a los ojos mios
Los rios, que como rios
Dilate en ondas la mar.

Mas ellas, que no ſoſſiegan
Con el conſejo, que eſcuchan,
Si con ſus laſtimas luchan,
Sus vozes al cielo llegan.

Deziendo. O madre pues ves
Nueſtro amor, con tanto exceſſo,
Del bien, o mal el ſuceſſo
Será comun en las tres.

Qual premio en eſta mudanſa,
Les dize, avreis de eſperar,
En mi faltando el lugar,
Que obligue a vueſtra eſperanſa?

Si el cielo me concediera
Nuevo fruto, y me amparára,
Qual bien dello os reſultára?
Qual util dello os ſiguiera?

Que no era poſſible, es cierto,
De edad el curſo exceſſivo,
Hazer renovar al vivo
Memorias del nombre muerto.

Y ſiendo el deſeo en vano,
Sirve de ſolo acordarme,
Que en mi, para caſtigarme,
Tocó del Señor la mano.

Orpha, que alli ſe reſuelve
A quanto Naomî le pide,
Con lagrimas ſe deſpide,
Y con abraços ſe buelve.

Mas Rut, donde el ſánto amor
Raiz en el alma cria,
Si grande fue ſu porfia,
Ya ſu porfia es mayor.

Toda a ſu amada ſe llega,
Su bien detienen ſus braços,
Qual hiedra, que con ſus laços
Al firme muro ſe entrega.

Sigue (le dize Naomî)
La que a ſus campos bolvio;
Mas ella. Si te dexó
No avre de dexarte a ti.

De tu voluntad verás,
Que un punto no me deſvio,
Tuyo ſerá mi alvedrio,
Ni puedo offrecerte más.

Que eſtá, con lazo tan fuerte,
Mi alma a la tuya azida,
Que ſi nos juntó la vida,
Nos puede apartar la muerte.

Ella, que ve, que ſe inclina,
Con tan firme coraçon,
De ſu error a la razon,
De humana a la ley divina.

Dize. Si no es concedido
El bolver a tierra eſtraña
Quien Iſrael acompaña,
Si no es de fuerça impelido.

Si al mundo el honor afea,
Y admite de infamia el nombre,
Que habite muger con hombre,
Que en ſanto ñudo no ſea.

Si los preceptos, y modos
De la ley, que el cielo impuſo,
Quando ſu guarda deſpuſo,
Muchos hizo, y juſtos todos.

Si es la más fiera maldad,
(Corrupto en vicios el gusto)
Admitir el hombre injusto
Dioses de gentilidad.

Si la culpa se condena,
Y el yerro con el tormento,
Si se executa al momento,
De quatro muertes la pena.

O hija, pues no lo entiendes,
Y a nueva ley te resuelves,
Mira, si al cielo te buelves,
Donde tu buelta pretendes.

Contigo, dize, andaré
En larga, o breve distancia;
Y donde hizieres la estancia
En ella, ô madre, estaré.

En esta verdad advierte,
Que siendo tu pueblo el mio,
Si en el, que adoras, confio,
Será la tuya mi muerte.

Naomî, que mira ſu buelo,
Del mundo al cielo ſubido,
Le encarga el paſſado olvido
En la memoria del cielo.

Y porque le reſtituya
Al alma el eterno bien,
Alegre buelve a Betlen
De Iudá, que es patria ſuya.

Los que la vieron alli,
Y en otro eſtado la vian,
Es eſta Naomî? (dezian)
Por dicha es eſta Naomî?

Ella reſponde. Pues oy
A tal miſeria é venido,
Otra ſoy de lo que é ſido,
Pues, la que é ſido, no ſoy.

Que en tiempos tan deſiguales,
Ni me conoſco, ni entiendo;
Llevé mis bienes ſaliendo,
Y al bolver traygo mis males.

Agora no me llameis
Naomî, porque no os assombre;
Llamad aflicion mi nombre;
Pues tan aflicta me veis.

Carros, y fuertes camellos,
Mi dueño, y hijos llevaron;
Y a mi mis males dexaron,
Para bolverme sin ellos.

Con esta pena, que ve
Mi alma, que llora en vano,
Me tocó la santa mano,
Que solo sabe el porque.

Alfin a Betlen llegadas,
En ella, humildes, habitan,
Quando en los campos visitan
Las hozes a las cevadas.

Booz entonces vivia
En Betlen, noble varon,
De cuya generacion
Elimelec procedia.

Y dize Rut a Naomî.
Andaré, con tu licencia,
Donde la humana clemencia
Se compadeſca de mi.

Donde la madura eſpiga
Para el ſuſtento ſe corta,
Que ſi el temor me reporta,
Lo neceſſario me obliga.

Porque de mi no ſe quexen,
O, como ayrados, ſe enojen,
Sin tocar lo que recojen,
Recogeré lo que dexen.

Si lo que ſuele caer,
El cielo concede al pobre,
A mi me manda que cobre
Lo que otro puede coger.

Y eſpero que ſu favor

Y quien eſte poco alcanſa
De la grandeza divina,
Sin mover los pies camina,
Sin pretenderlo deſcanſa.

En quien, humilde, veré
Que cauſo menos enojos,
Allando gracia en ſus ojos,
Lo que pretendo allaré.

Naomî, que conoce el zelo,
Que en ſu virtud exprimenta,
Anda, le dize, y contenta
Te buelva a mi viſta el cielo.

Tu cauſa el Señor defienda,
Que en ſus humildes eſcoje,
Ni la ſoberbia te enoje,
Ni voz ayrada te offenda.

Oveja del gran Paſtor,
Pues conociſte ſu nombre,
Alles piedad en el hombre,
Devida a tanto valor.

Y dize Rut a Naomî.
Andaré, con tu licencia,
Donde la humana clemencia
Se compadeſca de mi.

Donde la madura eſpiga
Para el ſuſtento ſe corta,
Que ſi el temor me reporta,
Lo neceſſario me obliga.

Porque de mi no ſe quexen,
O, como ayrados, ſe enojen,
Sin tocar lo que recojen,
Recogeré lo que dexen.

Si lo que ſuele caer,
El cielo concede al pobre,
A mi me manda que cobre
Lo que otro puede coger.

Y eſpero, que ſu favor
La pena me reſtituya;
Pues ſiendo dadiva ſuya,
No puede ſer la menor.

Y quien eſte poco alcanſa
De la grandeza divina,
Sin mover los pies camina,
Sin pretenderlo deſcanſa.

En quien, humilde, veré
Que cauſo menos enojos,
Allando gracia en ſus ojos,
Lo que pretendo allaré.

Naomî, que conoce el zelo,
Que en ſu virtud exprimenta,
Anda, le dize, y contenta
Te buelva a mi viſta el cielo.

Tu cauſa el Señor defienda,
Que en ſus humildes eſcoje,
Ni la ſoberbia te enoje,
Ni voz ayrada te offenda.

Oveja del gran Paſtor,
Pues conociſte ſu nombre,
Alles piedad en el hombre,
Devida a tanto valor.

No de consejo la voz,
No su eleccion, mas divina,
A los campos la encamina
De la heredad de Booz.

El, que llegó de Betlen,
El cielo os guarde, les dize;
Y ellos. Tu nombre eternize
Quien eterniza su bien.

Quien es, dize al mayoral,
La que en mis campos habita?
Responde. Rut Moabita,
Su zelo a su fama igual.

Y quien eſte poco alcanſa
De la grandeza divina,
Sin mover los pies camina,
Sin pretenderlo deſcanſa.

En quien, humilde, veré
Que cauſo menos enojos,
Allando gracia en ſus ojos,
Lo que pretendo allaré.

Naomî, que conoce el zelo,
Que en ſu virtud exprimenta,
Anda, le dize, y contenta
Te buelva a mi viſta el cielo.

Tu cauſa el Señor defienda,
Que en ſus humildes eſcoje,
Ni la ſoberbia te enoje,
Ni voz ayrada te offenda.

Oveja del gran Paſtor,
Pues conociſte ſu nombre,
Alles piedad en el hombre,
Devida a tanto valor.

Y dize Rut a Naomî.
Andaré, con tu licencia,
Donde la humana clemencia
Se compadeſca de mi.

Donde la madura eſpiga
Para el ſuſtento ſe corta,
Que ſi el temor me reporta,
Lo neceſſario me obliga.

Porque de mi no ſe quexen,
O, como ayrados, ſe enojen,
Sin tocar lo que recojen,
Recogeré lo que dexen.

Si lo que ſuele caer,
El cielo concede al pobre,
A mi me manda que cobre
Lo que otro puede coger.

Y eſpero, que ſu favor
La pena me reſtituya;
Pues ſiendo dadiva ſuya,
No puede ſer la menor.

Y quien eſte poco alcanſa
De la grandeza divina,
Sin mover los pies camina,
Sin pretenderlo deſcanſa.

En quien, humilde, veré
Que cauſo menos enojos,
Allando gracia en ſus ojos,
Lo que pretendo allaré.

Naomî, que conoce el zelo,
Que en ſu virtud exprimenta,
Anda, le dize, y contenta
Te buelva a mi viſta el cielo.

Tu cauſa el Señor defienda,
Que en ſus humildes eſcoje,
Ni la ſoberbia te enoje,
Ni voz ayrada te offenda.

Oveja del gran Paſtor,
Pues conociſte ſu nombre,
Alles piedad en el hombre,
Devida a tanto valor.

Pues es tu pueblo Iſrael,
Y admites, con gloria tanta,
La ſanta ley, como ſanta
Te ſea el eſcudo en el.

Quando a tus padres huyſte,
Por milagroſo miſterio,
El yugo del cautiverio
De tu ceruiz ſacudiſte.

Y pues al cielo entregaſte
Tu firme intento, te digo,
Que ade buſcarte el abrigo,
Que a tu eſperanſa buſcaſte.

Ella reſponde. Agradeſco,
Con humildad, tu favor,
Tu ſierva ſoy, mi ſeñor,
Si aun eſte nombre mereſco.

Y el. En mi pecho agradece
La voluntad, no la obra;
Lo que una falta, otra ſobra:
Lo que una mengua, otra crece.

Entre mi meza tendida,
Do alivio la pena alcanſa
Deſcanſa, que alfin deſcanſa
En ella el alma afligida.

Si el cielo ſu bien reparte
A los que a ſu meza van,
Pues el te offrece ſu pan,
Alcanſa en ella tu parte.

Ella, que eſcucha la voz,
Tan llena de ſus favores,
Recibe, entre labradores,
Lo que le offrece Booz.

Entre ellos ſus fuerças cobra,
Quando a la meza ſe aparta;
Y de las tortas ſe harta,
Y ſu abundancia le ſobra.

Bueltos de nuevo al officio,
Booz a ſu gente obliga,
Que, con induſtria, la eſpiga
Le dexe en ſu beneficio.

Ella, que eſtima ſu abrigo,
Y el conſejo, al campo va,
Y coge, aſta ver que eſtá
Del todo ſegado el trigo.

Naomî le dize hija mia,
Si en ti mi cuydado veo,
Eſpera de mi deſeo,
De mis intentos confia.

Y como tu bien procuro,
Y tu deſcanſo imagino:
Lo que pienſo es el camino
A tu virtud más ſeguro.

Deſpues, que admitiendo el baño,
El olio offreſca ſu olor,
Viſte tu paño mejor,
Que alfin adorno es el paño.

Vete al campo, al campo, alfin,
Llega, ſin ſer conocida;
Y eſpera, que a la comida
Se vea, ſin verte, el fin.

El lugar, donde le inclina
El ſueño a Booz, ſabras,
Quando a ſus pies eſtaras,
Llega ſu ropa, y reclina.

Y viendo tanta humildad
A tus acciones propicio,
Su lengua ſerá el indicio
De tu miſma voluntad.

Ella, que ſigue el preceto,
Nacido del juſto intento,
Qual formó ſu penſamiento
Mira, advertida, el efeto.

Ella, eſcuchando, obedece;
Y en el punto ſe levanta,
Que la luz, que ſe adelanta,
Perfeta forma no offrece.

Con el ſecreto le encarga,
Que ſu jornada no diga,
Y entre ſu paño, la eſpiga
De ſeis medidas, le carga.

Buelve a Betlen, y refiere
A Naomî quanto paſſó,
Como piedoſo la habló,
Y como ampararla quiere.

Reſponde. Si al alma mia
Conforme el ſuceſſo va,
La obra no paſſará
Del plazo de aqueſte dia.

Booz, cuyo ſanto intento
Lo juſto a todo propone,
Sube al Conſejo, y diſpone
En acto ſu penſamiento.

Si ver al hombre deſea,
Que es el primero en lugar,
Le mira, y ruega, al paſſar,
Que en ſu preſencia le vea.

Juntando dies, les refiere.
No es nuevo que eſte varon
Tan ſolo en la poſſeſſion
De Elimelec me prefiere.

Parte del campo vendio
Naomî, que en Moab vivia,
Y ſu redempcion no es mia,
No ſiendo el primero yo.

Pues ſé, que compete a ti
El precepto en Iſrael,
O ſigue el derecho en el,
O dexa ſeguirlo a mi.

Si niega tu voluntad,
O tu poder ſe limîta,
De Naomî, y Rut Moabita
Alcanſaré la heredad.

Mas el a ſu cauſa ingrato,
O lo que eſcucha no puede,
Su libertad le concede
Siendo el ſeñal el çapato.

Booz les dize. Eſcuchad
O junta de honrados viejos,
En cuyos ſantos conſejos
Vive el temor, y verdad.

Teſtigos ſereis aqui,
Que de Maalon, y Chilon
Los campos oy miós ſon,
Pues los compré de Naomî.

Todos, oyendo ſu intento,
Dixeron. Como Rachel,
Y Lia, que en Iſrael
Fueron dichoſo cimiento:

Te ſea Rut, y el Señor
Te dé tan ancho el lugar,
Como a Pharés, que Tamar
Pario del tribo mayor.

Y del fruto deſte bien,
Que en tu virtud ſe dilata,
Sea el exemplo en Ephrata,
Memoria eterna en Betlen.

Recibe el yugo, y deſcanſa
Con Rut Booz, y de todos
Alcanſa, por varios modos,
El guſto deſta eſperanſa.

Brota flor, y fruto crece
En eſtos arboles, donde
El tierno aſpecto no eſconde
Quantos triumphos offrece.

Nace Obed, del Yſaî,
De quien David procedio,
Que ſu coraçon llamó
El Señor igual a ſi.

CANCION, APLICANDO *misericordias divinas, y defetos proprios a la ſalida de Egipto aſta la tierra ſanta.*

EN eſte fiero Egito
De mi peccado, donde el alma mia
Padece la tyrana ſervidumbre;
Del teſoro infinito
De tu divina lumbre,
A mi noche, Señor, un rayo embia.
Sea tu ſanta inſpiracion mi guia;
Que, entre la luz del amoroſo fuego,
Me llame en el deſierto, no curſado
De mundana memoria:
Alli deſnudo, por tu cauſa, el ciego
Velo de error, el habito paſſado,
Dichoſo ſuba a contemplar tu gloria:
Donde mi ſer, por milagroſo efeto,
En ſi transforme el ſoberano objeto.

MI obſtinado deſeo,
Que Pharaon detiene mi alvedrio
En la elecion del alto ſacrificio,
Pues tan ſoberbio veo,
Que en uno, y otro indicio,
Deſprecia tu admirable ſeñorio;
Sienta tu braço, deſatando el mio
De la fiera priſion de mis engaños,
Que mis eſpaldas humillando al peſo,
Siervo de error me hizieron;
Entonces prodigioſos deſengaños,
Contra ſus culpas formen el proceſo;
Que para tu loor ſe engrandecieron:
Y ſi los Magos fueron mis ſentidos,
Queda tu vencedor, y ellos vencidos.

EN mar deficultoſo,
Donde levanta de ſoberbia el viento
Olas, que ſuben, necias vanidades;
Tu braço glorioſo
Rompa deficuldades;
Aſta juzgarme de ſu furia eſſento;
Mis appetitos, que con fiero intento,
Para mi muerte, con armada mano,
Solicitando el preſuroſo buelo,
Se juzgan vencedores;
De tu poder el braço ſoberano
Cierre en las aguas, admirando el ſuelo,
Quando en ſu muerte cante tus loores;
Lexos del mal, que é viſto en mi enemigo,
Cerca del bien, pues eſtaré contigo.

Diſpueſta el alma, como en tabla, eſ
Tu dedo eterno tu precepto ſanto;
Donde aquel ſon divino
De tu admirable canto
Me enſeñe el paſſo, en que, muriédo, v
Mis penſamientos, que tu gloria alt
Deſprecian ſiempre, idolatrando el
Con dulce aplauſo, en apparencia va
A morir condenados;
Mi zelo offenda, y tu piedad, mi llor
Que no deſcanſe tarde, ni mañana,
Bueltos ceniza, olvide mis peccados;
Y aſta, que el fin tu voluntad limîte,
Cerca del ara de tu Templo habite.

QVando mi alma hambrienta,
Con la paſſion intrinſeca anhelando,
Clamâre a ti, cómo a refugio eterno;
Del maná la ſuſtenta;
Cuyo ſecreto interno
Deleita el guſto, el guſto variando.
Quando le inflame a mi deſeo, o quando
Culpe mi error la ſed de tu palabra,
Iuſta venganſa de un injuſto olvido
De ley tan juſta, y ſanta;
De tu poder, dulces arroyos abra
La vara en mi, que en piedra convertido,
Aſta a mi miſmo mi rigor me eſpanta;
Y el ſeco tronco, ſin humor enjuto,
En flor eterna offreſca eterno fruto.

Que traças buſca, con que tu reba
Se atreva a maldezir lengua blasfem
Con tu alivio ordinario,
El tu verdad, ella tu eſpada tema:
Y aun muda voz hable el prodigio e
Quando en ſu idea eſté formádo el d
Que aun, atrevida, articular deſea,
Loor refiera, ſi pretende agrabio,
Para más gloria tuya:
Loco el cruel, quando ſu afrenta ve:
La ceja enarque, y deſpedace el labi
Sin eſperanſa en la eſperanſa ſuya:
Y quando s'arme de atractiva offen
Yo, qual Phineas, zele mi defenſa.

LA tierra prometida,
Do mi temor, porque mi vida aſsóbre,
Gigantes finge, en fuerças deſiguales,
A mi fee concedida,
Trayga della ſeñales,
Que manifieſten tu poder al hombre:
Colunas alce a tu glorioſo Nombre,
Donde tu ley, para memoria eterna,
Vltra del tiempo ſu verdad refiera,
Que lo humano deshaze;
Veré tus montes, donde no ſe alterna
La edad del mundo, y dulce primavera,
Alegre ſiempre, ſiempre ſatisfaze;
Salve a mis ojos nueva maravilla,
Salve mil vezes ô ſagrada ſilla.

CAncion, mientras no puedo
La voz formar, que el tiempo no cor-
Ni tocar con el dedo, (rompa,
Que no ſe canſe, ni las cuerdas rompa,
El Arpa ſanta, el ſon, ſi diferente,
Siempre al oydo me ſerá preſente.

A LA SABIDURIA.

TV, que con libres plantas,
Piſando el cielo, humillas las eſtre-
Y el coraçon levantas (llas,
A ver la luz del, que domîna en ellas:
Guiame en eſte oſcuro
Chaos, pues ſeguir procuro
Vn deficil camino,
Tocando el arpa del cantor divino.

SAbiduria inmenſa,
Que los terminos inches de la tierra,
Y eres luz, que diſpenſa
El Sol ſupremo, que el horror deſtierra;
Inſpira nuevo aliento
A mi atrevido intento,
Y con tu luz divina,
Para tratar de ti, tu me encamina.

ANtes, que el mar, y el cielo
La poderoſa mano fabricaſſe,
Y el firme, y fertil ſuelo
De matizadas flores ſe adornaſſe;
En el aſſiento eterno,
Formando tu govierno;
En ti eſtava traçado
El ſer, que tuvo todo lo criado.

ERes reſplandor claro,
De la inmenſa virtud vapor, y fuente,
Sin mancha eſpejo raro,
Pura imagen del Ser omnipotente;
Maná, que el cielo llueve
Al alma, porque prueve
Ya de ſu gloria el juſto,
Que en ſu deſeo ſatisfaze al guſto.

LOs que fueron llevados
Del Autor de la vida al alto aſſiento
Por ti fueron guiados;
Que procediendo del tu fundamento,

Quien tu amparo recive
Cerca del cielo vive,
Y el hombre, que, en el ſuelo,
Lexos te mira, lexos mira el cielo.

EL metal, que ſe eſtima,
Tu lo compáras a la humilde arena:
Que el alma en ti ſe anîma,
Y el vil ſujeto de otro amor condena:
Viendo, que al alta nube
Siempre tu fuego ſube,
Siendo farol al puerto,
Norte en la mar, coluna en el deſierto.

PAſſando el golfo ayrado (ciones
Del mundo, en mil tormentas de afli
Quien te tendra a ſu lado,
Que no vença los mares de paſſiones?
Que quando más ſe aflije,
Por ti el timon ſe rije;
Si al ayre, ſi al profundo,
Al puerto llegarás, del mar, del mundo

MAs clara eres, que el dia (ra;
Más pura, que del ſol es tu hermoſu-
Que en continua porfia
Se alterna el velo de la noche eſcura;
Y alfin, porque no pueda
(Aunque a la noche exceda)
La maldad offenderte,
Abres lo oſcuro, rompes lo más fuerte.

EN el cuerpo no habitas, (dos;
Que opprime el vicio, atando los ſenti-
Y al juſto facilitas
El alta cumbre, y montes más ſubidos,
Aſta gozar la vida,
Del tiempo no vencida;
Y entre perpetuas flores
Cantando ſiempre alegres ruyſeñores.

COntra la muerte ayrada
Vibras ſiẽpre las armas del deſprecio,
Y en la guerra aplazada,
Conſiſte en ti de la vitoria el precio;

COmo ſi al ayre vano
Quitaſſen las pintadas aves bellas,
La viſta al cuerpo humano,
Flores al campo, al cielo las eſtrellas;
Tal el alma ſe ſiente,
De quien eſtás auſente;
Y en el centro confuſo
La razon deſpreciada pierde el uſo.

QVales, por ſu jactantia,
Se an buelto de Nembrot los atr
Aſſi tal repugnancia (c
Tienen en ſi diverſos los ſentidos;

A La fortuna varia
(En ſus regalos, y entre ſus rigores)
Como oppueſta, y contraria,
Ni te mueven ſus penas, ni favores;
Que como todo miras,
A lo infalible aſpiras:
Y el claro deſengaño,
Deſeſtimando el bien, no teme el daño.

PVes en la vida, o muerte
Va contigo contenta, mano a mano
El alma, y al perderte
Pierde el lugar del Mundo ſoberano:
A mis canſados años
(Blanco de tantos daños)
Mueſtra tu luz ſerena,
Serás mi gloria, y vencerás mi pena.

CANTICO A LA SALIDA DE EGIPTO.

Vando en liquido muro,
Que el centro offrece, el agua ſe re-
Quando Iſrael ſeguro (tira,
Muerto en ſus ondas el Egipcio mira;
El milagro provoca
La mano al inſtrumento, al ſon la boca.

Dize. Al Señor cantemos,
Pues reſplandece, como el ſol, ſu gloria
Del mundo en los eſtremos;
Firmando eterna al tiempo la memoria
El cielo, que recita
De infinito poder fama infinita.

El cavallo, que el brio
Mueve animoſo, y con ſoberbia carga
Piſa en lo ſeco el rio,
Y confiado en el ſu paſſo alarga;
Del incauto deſeo
Queda ſu muerte al agua por tropheo.

Mi ſanta fortaleza
Es el Señor, el fin de mis loores;
El buelve mi triſteza
En los efetos de mi bien mayores;
Salvándome, piedoſo,
En mi priſion del lazo riguroſo.

El mi refugio ſanto,
A cuyo Ser fabricaré morada,
Do, con eterno canto,
Será ſu fama de mi fee cantada;
Pues fue ſu amparo, y guia
Gloria a mis padres, como fue la mia.

Qual el varon, que adorna
El pecho de ſu arnez, ſu eſpada vibra,
Y golpe a golpe torna,
Que ſi al uno le offende al otro libra;
Tal el Señor ſe arrea
Del ſanto arnez, quando en la mar pelea.

Si ſu honor reſtituye,
Pharaon, con ſu exercito, deſtruye.

Los nobles, los valientes,
Furor del mundo, aſſombro de la gue
Terror de varias gentes,
Dentro en ſus ondas el mar roxo enc
De más deſpojos llenas,
Que en ſus orillas cuenta ſus arenas.

Su boca, los abiſmos,

Dexó tu dieſtra fuerte
De ſu valor al mundo por teſtigo,
Quando provó la muerte
(Fiado en ſu ſoberbia) tu enemigo;
Que tu divino efeto
Inutil buelve todo humano objeto.

Con tanta loçania
Humillas a tus pies los eſquadrones,
Que ſu debil porfia
Miran, en ſu arrogancia, los varones;
Si ſoberbios, vencidos,
Buelcos en tierra, ſi en la mar caidos.

Abrazólos tu ira,
Qual fuego, que abrazó las ſecas ojas,
Que a tierra las retira
El viento, ſi en el arbol tiemblan flojas:
Que al hombre injuſto, y ciego
Su culpa miſma le miniſtra el fuego.

Bolviendoſe el abiſmo,
Qual duro yelo, en medio de ſi miſm

Mirando el enemigo
En mi ſu mal, en ſu plazer mi enojo,
Dize. Agora le ſigo,
Agora alcanſo, agora le deſpojo;
Deſnudo agora el hierro,
Agora offendo, agora le deſtierro.

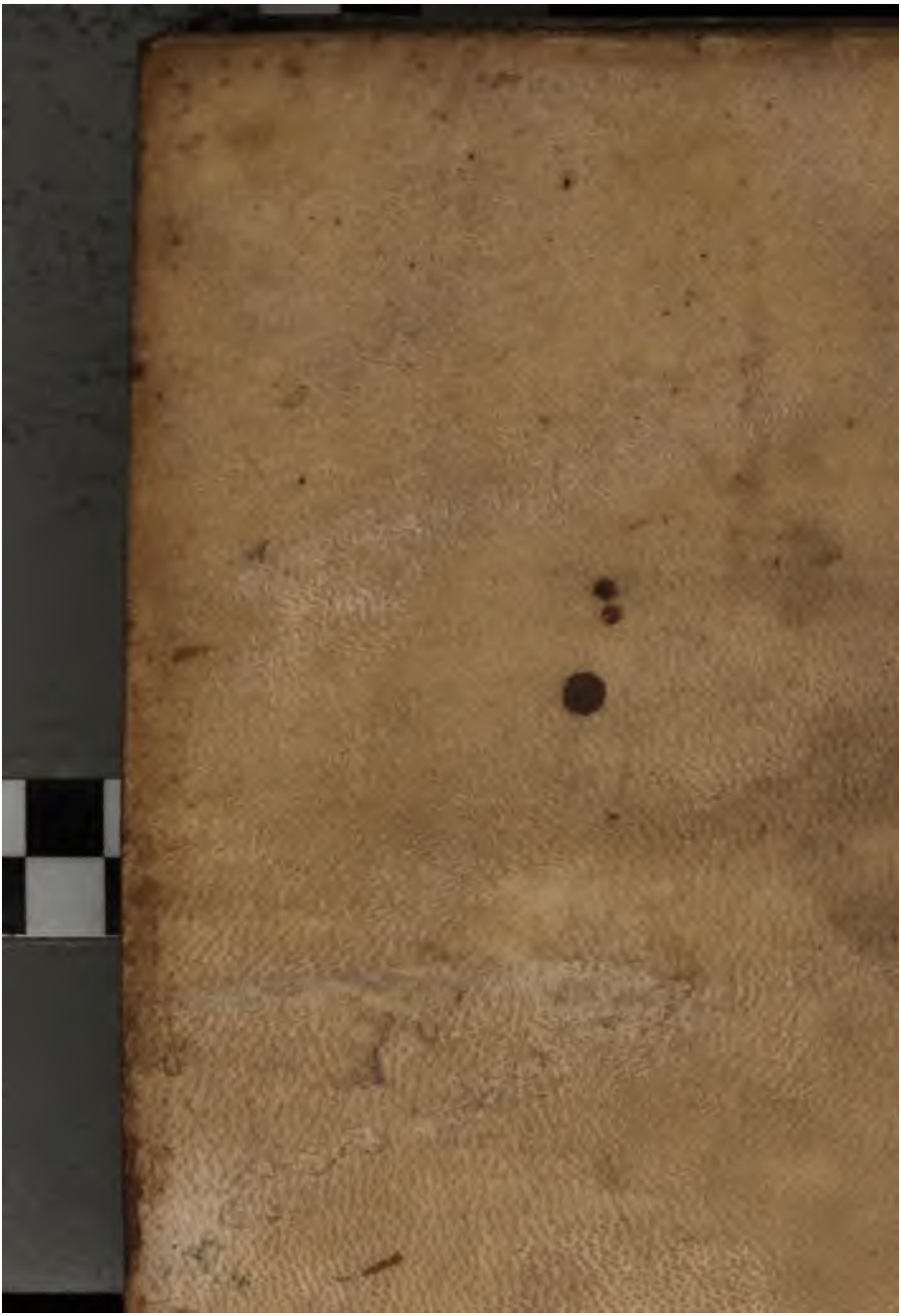
De tu boca el aliento,
Moviendo el ayre, ſacudio la nube.

El tronco inanimado,
(Vencida el alma de la fuerça mucha)
Como el plomo pezado,
Ni acude al mal, ni con las ondas lucha:
Mas en trance poſtrero
Confieſſa el yerro, que negó primero.

Qual grandeza a la tuya,
O qual poder a tu poder ſe iguala?
Aunque el gentil arguya
Del vano dios las obras, que ſenala?
Si alfin tu maravilla
Alça el humilde, y el más alto humilla.

Tragó la tierra aquellos,
Por quien tu dieſtra con furor tendiſte,
Y libres nueſtros cuellos
Del yugo, con tu amor nos redemiſte:
Siendo, entre gloria tanta,
Piedoſa guia a tu morada ſanta.

Temblando el Idumeo
Paleſtina, Moab, y el Cananeo.

Con priſiones de nieve
El elado temor ſus miembros ata,
Y tal eſpanto prueve,
Que en ſus venas ſu efero ſe dilate;
Entanto que no aſſiſte
En ſu heredad el pueblo, que eſcogiſte

A tu monte ſagrado
Lo llevarás con mano poderoſa.